

Fr. Ignacio Beaufays, O.F.M.

Historia de San Pascual Bailón

Fundación Gratis Date

Pamplona 2001

El libro presente reproduce, abreviándola, la obra del P. Fr. Ignacio Beaufays, O. F. M., *Historia de San Pascual Bailón, de la Orden de Frailes Menores, Patrono de las Asociaciones Eucarísticas*, traducido de la segunda edición francesa por Fr. Samuel Eiján, O. F. M., en Barcelona, TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, nº 5, 1906, 265 páginas.

Esta edición de 1906 fue publicada con Licencias de la Orden, dadas por Fr. Cælestinus Fraga, *Miss. Apost. et Discretus Terræ Sanctæ Censor deputatus*, y por Fr. Robertus Razzoli, *Custos Terræ Sanctæ*. La Licencia del Ordinario era del *Vicario General de la Diócesis de Barcelona*, +Ricardo, *Obispo de Eudoxia*, actuando de *Secret. Sust.* Lic. Manuel Fernández.

Venía la obra precedida por una Carta dirigida al autor por el Cardenal Rampolla, Secretario de Estado de S.S. León XIII (Roma, 24 de junio de 1903); por otra Carta, también dirigida al autor, de Mons. Tomás-Luis Heylen, Obispo de Namur y Presidente perpetuo de los Congresos Eucarísticos (Namur, 22 de marzo de 1903); y por un Prólogo del Traductor, Fr. Samuel Eiján, O. F. M. (Jerusalén, 17 de mayo de 1906).

Introducción

Debemos tener para con Dios corazón de hijo; para con el prójimo, de madre; y para con nosotros mismos, de juez (San Pascual).

En ciertos lugares se legisla hoy para decretar la muerte de una religión que se califica de contraria a las leyes del progreso... y a los instintos del placer.

Sus «obras», se dice, vienen a ser una especulación ruinosa para la sociedad. Sus «predicaciones» no hacen sino fomentar la superstición popular. Su «enseñanza» implica una competencia desleal a la enseñanza del Estado preceptor. Su «contemplación» es el desgaste de toda energía, la paralización de toda actividad.

¿De estas diatribas llegará a librarse esa «caridad» que ejerce su benéfica influencia al lado de los pobres enfermos, desamparados por el mundo?... Tal vez, pero a condición de que se haga laica y de que trate a los individuos como seres privados de razón.

Tanto el hombre como la mujer son considerados como un capital perdido cuando se consagran a «la vida religiosa»; y no faltan tampoco legisladores que se propongan evitar esta pérdida. Como consecuencia de ello, las vírgenes deben continuar en medio de su familia y los clérigos alistarse en el ejército.

A una tal teoría, que se empeñan en llamar *progresista*, nosotros responderemos

con los hechos, mostrándoles a un hombre consagrado a Dios y transformado por tanto en bienhechor de la humanidad, es a saber, a un verdadero «progresista», alguien que se esforzó para perfeccionar la condición humana.

La vida de Pascual viene a resumirse en estas tres frases: él tuvo para Dios un corazón de hijo; para consigo mismo, un corazón de juez; para la humanidad, un corazón de madre.

Pascual practicaba ese desprecio de sí mismo que sacrifica sin miramiento el egoísmo, fuente de todos los males sociales. Él estaba animado de ese amor que conduce junto a la humanidad doliente, que la consuela, que la alivia, que no permanece insensible ante la menor de sus desgracias.

Dios, al tomar dominio de su corazón, no lo confisca sino para que de él redunden beneficios para los hombres, abriéndole a toda bondad y a toda grandeza e inclinándole ante todos los infortunios.

Pascual nos muestra por medio de los hechos, en referencia sobre todo a la Eucaristía, «su centro y su foco», lo que es realmente la religión cristiana bien comprendida y fielmente practicada.

El adorable Misterio no es para nuestro Santo un rito realizado maquinalmente, ni un medio para una utilidad vulgar. Pascual acepta el Misterio y sus consecuencias sin rebelarse contra un dogma que está sobre él, que le habla en nombre de Dios. Él sabe que su fe debe inspirar toda su vida, debe regular todas sus acciones e informar todas sus energías. Él sabe ver a Dios en todo y no ver en todo sino a Dios, y así emprende una ascensión sublime hacia la perfección, elevando la naturaleza sobre sí misma, sin rebajar nunca lo sobrenatural hasta el nivel de la razón.

La Eucaristía, Jesucristo Dios y hombre, presente en medio de nosotros para ense-

ñarnos, para conducirnos, para aliviarnos, ése es el principio del que fluyen todas las acciones de su vida.

Pascual ha vivido de su Dios, presente y oculto en este adorable Sacramento. Ha vivido para su Dios, presente y oculto en la Hostia santa, y se ha convertido así el mismo en hostia para sus hermanos, por cuyo bien trabajó siempre.

Ya he escrito en otra ocasión la vida del Santo. Ahora lo hago de nuevo apoyándome en los documentos originales, en los Procesos de canonización, en los testimonios de sus contemporáneos, con frecuencia conmovedores, siempre veraces y garantizados por el juramento de los testigos.

Las Actas del Proceso forman ocho volúmenes *in folio*, manuscritos todos y de unas mil páginas cada uno. Las declaraciones están escritas casi todas en español, con un extracto de las mismas en latín. En latín están los análisis de los milagros y las fórmulas de juramento. En italiano se leen algunas partes del Proceso apostólico.

Las *Actas del Proceso* se guardan en los archivos de la Procuración de los Franciscanos españoles, en el Convento de *Santi Quaranta*, Roma (Transtevere).

Yo me he esmerado en seguir con la mayor cuidado el orden cronológico tal como se deduce de los testimonios mismos, de la naturaleza de los hechos y de las indicaciones que nos suministran los dos más antiguos biógrafos del Santo, que son los siguientes:

1º.— *Juan Ximénez*, amigo y superior del Santo. Su obra se dedica en parte a consignar sus recuerdos personales, en parte a referir las actas del Proceso, y, por último, a transcribir el testimonio de los religiosos amigos del Bienaventurado.

El autor es fiel bajo el punto de vista histórico, si bien no deja de rendir tributo al gusto literario de su época, abusando con frecuencia de la retórica y del estilo. Su relato, en vez de mostrarnos al Santo, nos

muestra a veces a su panegirista.

La obrita, escrita en 1598, seis años después de la muerte de San Pascual, está dedicada a Felipe III, rey de España, y fue impresa en Valencia el año 1600. Forma parte de la *Crónica* de Ximénez, y está redactada en lengua española.

Los Bolandistas nos dan la traducción latina de la misma en el tomo IV del *Acta Sanctorum maji*; los continuadores de Wadingo, en *Annales minorum*, tomos XIX y XX; y los autores de las *Croniche di S. Francesco*, en esta obra suya, comenzada por Marcos de Lisboa.

El mérito principal del libro de Ximénez es el de habernos conservado los mejores fragmentos de los *escritos del Santo*. Dichos *escritos* no vienen a ser otra cosa que dos modestos libritos, con sentencias recogidas en diversas fuentes, y sazoadas con reflexiones y plegarias personales. Se conservaban, como preciosas reliquias, en el archivo del convento franciscano de Elche, pero no pudieron sobrevivir a la tormenta revolucionaria de 1835, que destruyó o dispersó asimismo tantos otros preciosos manuscritos.

A pesar de lo dicho, lo que de ellos ha llegado hasta nosotros basta y sobra para reconstruir la doctrina espiritual del Santo, en lo que ésta tiene de original.

2º.— *Cristóbal de Arta*, religioso español, escribió una nueva vida, más completa que la anterior, singularmente por lo que respecta a los milagros. Sus fuentes de información fueron las Actas del Proceso. Tiene un estilo más sencillo que la de Ximénez. Compilador escrupuloso, incluye todos los sucesos y los refiere con exactitud, aunque sin poner empeño en hacer revivir su héroe. La lectura de esta obra facilita la consulta de las *Actas del Proceso*.

Los Bolandistas atribuyen además a este autor un *Supplementum* biográfico y la relación de numerosos milagros, que figuran a continuación de la traducción de la vida de Ximénez.

La obrita de Arta fue vertida al italiano e

impresa en Venecia por los años de 1673 y 1691 con el título: *Vita, virtù e miracoli di S. Pasquale Baylon*. También se han hecho más tarde otras ediciones de la misma.

El Geestelickem Palmboom, de Frémant, reimpresso en el *Seraphicusche Palmboom*, sigue las vidas escritas por Ximénez y Arta.

La *Auréole séraphique* hace un hermoso resumen de estas mismas vidas, como también lo hacen Antonio del Lys en su trabajo reciente: *Vie de Saint Pascal*, editada en Vanves en 1898 y en 1900; el P. Juan-Capistrano Schoof, en el no menos reciente: *Geschiedenis van den H. Paschalis Baylon*, Turnhout, 1899; y la traducción alemana de Antonio del Lys: *Leben des U. Paschalis Baylon*, 1902.

Por último, el P. Luis-Antonio de Porrentruy ha publicado en París, en la editorial Plon, el año 1899, con el título: *Saint Pascal Baylon, patron des ouvres eucharistiques*, una historia escrita según los originales del proceso y enriquecida con muchos artísticos grabados.

Los documentos diplomáticos, tales como la *Bula de canonización* y los diversos *Decretos* que la precedieron, me han sido también muy útiles bajo el punto de vista de la interpretación que se debe dar a ciertos detalles de la vida del Santo.

La presente obrita es, pues, una recomposición de la que hace años he editado, ya agotada. Me ha parecido indispensable reescribirla, toda vez que, estudiados los documentos originales, es decir, las Actas del Proceso, he podido apreciar la vida y hechos de nuestro Santo con mayor exactitud que en sus antiguos biógrafos, únicas fuentes de mi primer estudio.

9 de Marzo de 1903

1

Los primeros años de San Pascual Bailón

España, a mediados del siglo XVI, acaba de poner término a su larga cruzada contra los musulmanes; y enriquecida con un nuevo mundo, toca al apogeo de su grandeza. «Cuando ella se mueve, solía decirse, Europa tiembla».

Sus monarcas, dueños de Estados sobre los cuales «no se pone el sol», tienden a introducir en ella el centralismo. Y para ello es preciso acabar con *los fueros*, que eran un legado de las costumbres antiguas, sagradas e inviolables. Provincias entonces, que antes habían sido reinos, deseosas de conservar su autonomía, luchan repetidas veces, y no siempre sin éxito, por esta causa.

Con todo, en ninguna parte fue tan viva la lucha como en el Norte, en Vizcaya, Navarra y Aragón. Los aragoneses llegaron a insultar a los comisarios e inquisidores madrileños al pie de la ciudadela de Zaragoza, que fue residencia de éstos y les sirvió más de una vez de lugar de refugio. Les recordaban la fórmula dirigida por los nobles de antaño al que era constituido como nuevo jefe: «Cada uno de nosotros vale tanto como vos, y reunidos todos valemos más que vos».

El estilo de vida que entre ellos se observaba contribuía no poco a vigorizar este amor a la independencia y esta constancia en defenderla. Los niños, por ejemplo, eran destinados a conducir los rebaños desde su tierna infancia, y erraban a la ventura, sin

disfrutar apenas de la dulzura del hogar paterno. Más tarde, emprendían largas peregrinaciones, y recorrían con sus *merinos*, a semejanza de los árabes, las llanuras de Castilla y de Extre-madura. Pasaban los años del crecimiento en sus estepas inmensas de desairados horizontes, perdidos en medio de una naturaleza austera y silvestre, y llegaban así a adquirir un carácter firme como el suelo que pisaban, y áspero como la brisa que sopla en las montañas.

Aún en la actualidad los campesinos aragoneses, sobrios y enérgicos, prefieren la caza a la agricultura, y la existencia nómada a la vida sedentaria. Insensibles a la fatiga y contentos con lo necesario, inclinados a la violencia y fogosos por temperamento, nadie como ellos para llevar a cabo la realización de grandes proyectos y para desempeñarlos con constancia rayana en el heroísmo.

Tal es el pueblo en medio del cual tuvo la cuna nuestro Santo. Torre Hermosa, su patria, es una pequeña población reclinada al pie de los montes Ilirianos, que dependía, a la sazón, en lo temporal de Aragón, y en lo espiritual de la diócesis de Sigüenza, aneja a Castilla.

«Diríase, observa el antiguo Cronista, que el Señor quería que nuestro Bienaventurado llegase a ser un sujeto con el que pudieran, a un propio tiempo, vanagloriarse dos reinos».

Sus padres, que eran unos modestos inquilinos del monasterio cisterciense de Puerto-Regio, se enorgullecían, no obstante, de la nobleza de su sangre, ya que no figuraban en la lista de sus antepasados «ni moros, ni judíos, ni herejes».

Martín Bailón, creyente de buena cepa e íntegro hasta el rigor, habíase unido en segundas nupcias con una dulce y piadosa criatura, llamada Isabel Jubera. El sentimiento cristiano que informaba su alma, le movía a profesar una veneración sin límites hacia el augusto Sacramento de nuestros altares.

Por eso, antes de emprender el viaje de la eternidad, quiso recibir de rodillas el santo Viático.

Isabel, por su parte, amaba a los pobres. Y no faltó quien más de una vez dijera a Martín, refiriéndose a ella:

—Concluirá por arruinaros con sus limosnas. Pensad, pues, en el porvenir de vuestros hijos.

—No importa, replicaba el buen esposo, la medida de trigo que ella dé por amor de Dios nos será por Dios devuelta más colmada aún y llena hasta los bordes. Y dejaba a su mujer en el ejercicio de su obra caritativa.

Siguiendo esta norma, Bailón y Jubera, no por no ser ricos, llegaron nunca a conocer la indigencia. Dios bendijo sus trabajos e hizo fructificar su unión. Gracias a su hijo, su nombre está destinado a perpetuarse en la posteridad.

Este hijo, que es su mayor gloria, vió la luz del mundo el 16 de mayo de 1540, día de Pentecostés. Y había de morir también en un día de Pentecostés, el 17 de mayo de 1592.

Pues bien, en España, al día de Pentecostés se le solía llamar «Pascua florida» o «Pascua de Pentecostés». Y todo niño nacido en Pascua debía llamarse Pascual: tal era entonces la costumbre.

Pascual tuvo por madrina a su propia hermana Juana, primer fruto del primer matrimonio de Martín Bailón. Y son pocas las noticias que han llegado hasta nosotros acerca de los primeros años de la vida de nuestro santo. Sí sabemos que el niño creció al lado de sus hermanitas Ana y Lucía y de su pequeño hermano Juan, vástagos del segundo matrimonio.

Pascual prefiere, ya desde un principio, la compañía de su madre a toda diversión infantil. Puesto sobre las rodillas de ésta, o bien sentado junto a ella, se complace en escuchar de sus labios las conmovedoras historias de Jesús, de María, de los santos

mártires y de los espíritus angélicos. Este mundo de la fe tiene para él un especial atractivo y se ofrece a su imaginación de niño con los más brillantes colores. Sus entretenimientos infantiles los constituyen piadosas imágenes, más bien que los juegos bulliciosos de su tierna edad.

«Poned atención, solía decir Isabel, en lo bien que hace mi pequeñuelo la señal de la cruz y en la devoción con que recita sus oraciones».

Una vez llevado nuestro niño al templo, toda su atención se reconcentra en seguir con ojo atento el curso de las sagradas ceremonias de los ministros del Señor. ¿Cuáles fueron entonces sus relaciones para con el Dios de la Eucaristía? He aquí una cosa imposible de averiguar.

Lo que sí resulta indudable es que, a partir de aquella época, Pascual se siente atraído irresistiblemente hacia la iglesia. ¡Cuántas veces, en que le dejaban solo en su casa, huía Pascual, y, volando más bien que corriendo, se encaminaba al pie del sagrado Tabernáculo, permaneciendo allí como abismado en oración ferviente!... Su madre, inquieta por la fuga del niño, le buscaba por todas partes, lo descubría al fin junto al altar, y le obligaba a regresar a casa.

Y en vano Isabel, al igual del padre, se esforzaba por retenerle dentro de casa, echando mano ya de las caricias, ya de las amenazas, pues no había medio alguno de conseguirlo.

Hubo, no obstante, un día en que Pascual puso término a estas escenas.... el día en que, habiendo llegado a la edad de la razón, se dió cuenta de la obligación que tenía de obedecer a sus padres.

«Profundamente respetuoso para con ellos, se dice, jamás resistió sus órdenes, ni dejó de presartles obediencia».

No tiene nada de extraño, pues, que un niño como Pascual sintiera deseos de abra-

zar la vida religiosa. Estos deseos se patentizan claramente ya a sus siete años de edad. Un testigo ocular refiere esta anécdota, entre otros sucesos relativos a su infancia:

«Mis padres, que eran muy devotos de San Francisco de Asís, me habían consagrado a él. Siendo yo como de ocho años de edad, ostentaba ya sobre mi cuerpo el hábito, la capilla y el cordón franciscano. Era un fraile en miniatura.

«En ocasión en que me hallaba postrado por la enfermedad en el lecho del dolor, vino a visitarme mi pequeño primo Pascual.

«No bien éste penetró en la habitación vió sobre una silla la religiosa librea, corrió a cogerla y se la puso en un abrir y cerrar de ojos. Una vez vestido, nuestro improvisado fraile principió a contemplarse a sí propio con admiración y a parodiar todas las acciones y actitudes de los reverendos Padres.

«Llegó, luego, el momento de despojarse de su nueva vestimenta. Entonces asaltóle una inmensa tristeza, prorrumpió en lágrimas y gemidos, y opuso una resistencia desesperada... Fué preciso que Isabel interviniese en el litigio. El niño se sometió a la voz de su madre, y llorando como un sinventura y sollozando amargamente fue dejando una a una todas las piezas de su uniforme, no sin dirigirles antes una mirada llena de lágrimas y de una santa envidia.

—No importa, exclamó al fin Pascual, cuando yo sea grande me haré Religioso. Quiero vestir el hábito de Francisco.

«Estas palabras las repetía desde entonces con mucha frecuencia; así que su hermana Juana le designó, a partir de aquel día, con el calificativo de frailecito, cosa que hacía sonreír al Santo,

Más tarde, cuando ésta lo vió convertido en Religioso franciscano:

«Pascual, mi ahijado, exclamó con muestras de regocijo, se ha portado como hombre de palabra. ¡Ah! ¡cuán orgullosa estoy de ello!»

Y no le faltaba, en verdad, razón para enorgullecerse, ya que estaba persuadida, quizás no sin motivo, de haber contri-buído en parte a formar su vocación.

2

El pastorcillo

A los siete años comienza la enseñanza de la vida.

«Hijo mío, dice a Pascual su padre Martín Bailón, es preciso que de hoy en adelante te dediques al trabajo, según lo hacen también tus hermanos y compañeros. Tú quedas encargado de guardar los rebaños».

Y con aquella voz firme, que hacía temblar al niño, el hombre íntegro le inculca el cuidado con que debe procurar que sus rebaños no ocasionen destrozos en las heredades ajenas.

«Pon grande atención en que tus bestias no causen daño en los campos vecinos. A ti te toca vigilar sobre este punto con suma diligencia».

El muchacho escucha estas palabras y se aleja. Días después vuelve deshecho en lágrimas al lado de su madre y exclama:

«Os pido por favor que no me obliguéis a guardar juntamente las cabras y las ovejas; pues aquellas son tan tercas, que todos mis esfuerzos resultan inútiles al objeto de evitar que vayan a pastar en los campos de los vecinos».

Isabel entonces le quita las cabras, y el niño queda únicamente pastoreando las ovejas.

Éstas eran mucho más dóciles. «¡San Pedro y San Juan nos asistan!» decía Pascual en ademán de castigarlas. Esto solo bastaba para mantenerlas a raya. Los desperfectos por ellas causados resultaban rarísimos, y el pastor podía así vivir más tranquilo.

Con todo, en la vida del pastor no hay mucho de apacible. ¡Tenía el Santo unos compañeros tan poco cuidadosos en sus conversaciones, tan propensos a jurar y

perjurar y tan dados a diversiones de mal gusto!... Pascual vivía contrariado en medio de ellos. «Yo no quiero ir al infierno», decía, abandonando su compañía.

En vano se burlan éstos de sus escrúpulos y le tratan de excéntrico y aun quieren obligarle a tomar parte en sus poco laudables diversiones. A despecho de todas sus exigencias el niño permanece inflexible. Su obstinación queda al fin victoriosa y los compañeros le dejan.

Desde entonces Pascual se encamina todos los días hacia una pequeña iglesia, muy venerada en toda la comarca, que estaba dedicada a la Virgen de la montaña, a *Nuestra Señora de la Sierra*. Y una vez a la sombra del amado Santuario, su turbación se desvanece como el humo.

«Mis rebaños, piensa, están mucho mejor viviendo yo aislado».

Con frecuencia se le ve en el campo dobladas las rodillas, juntas las manos y con los ojos fijos en la venerada capilla, ocupado en la oración o bien en cantar unos gozos, hermosos cantos populares, en honor de Jesús y de María.

Llega, no obstante, un momento en que hasta sus mismas ovejas se rebelan contra sus buenos deseos. La hierba escasea en aquel sitio, y es preciso alejarse e ir a otras partes en busca de pasto. Nuestro pastorcillo no por eso abandona del todo las cercanías, y prosigue, frente a la capilla, en el ejercicio de sus piadosas prácticas.

A pesar de ello el rebaño no se muestra satisfecho, y le es necesario alejarse más y más, ya bordeando con él los flancos de las montañas en donde entre las rocas crece la retama, ya descendiendo por los verdeantes declives en cuyo fondo serpean los arroyos o los torrentes espumosos, que se precipitan ruidosos en la época del deshielo y de las lluvias.

¿Qué hacer entonces, una vez perdido de vista el modesto Santuario?... Pascual diseña sobre su cayado una cruz, y cuelga bajo la cruz una imagen de la Virgen María, que es en adelante para él un objeto sagrado, digno de respeto y de amor. Postrado de rodillas ante él, prosigue nuevamente sus devotos ejercicios. Para señalar el tiempo fabricase un diminuto cuadrante solar, y logra así regular para su servicio las horas del día.

Cruza, en esta época, por su mente la idea de instruirse.

«Si yo supiera leer, dice, podría rezar el Oficio de la Santísima Virgen y entregarme a la lectura de bellas historias».

Pero ¿de qué medio valerse a este fin? Ciertamente que estaba próximo el convento en donde los monjes enseñaban a leer; con todo no había que pensar en semejante cosa. Su padre había hablado; no tenía, pues, otro remedio que ganarse la vida y guardar el rebaño.

El niño no por eso renuncia a su proyecto: consigue hacerse con un devocionario, y valiéndose ya del auxilio de un compañero menos ignorante, ya de alguna otra persona de buena voluntad, procura le sean explicadas algunas líneas, las graba en su memoria y las rumia a solas.

Este sistema era el que observaban los niños judíos del tiempo de Jesús. Se les enseñaban las palabras, conocidas por el rezo ordinario; y por la pronunciación familiar iban uniendo unos a otros los caracteres. La costumbre y la adivinación más o menos perspicaz de cada uno completaban la enseñanza de la lectura.

Y después de la lectura, la escritura. Nuestro escolar logra reunir algunos trozos de papel y formarse con ellos un cuaderno. Hace las veces de pluma una caña y se provee además de un tintero rudimentario, obteniendo así una escribanía que ofre-

ce muchos puntos de contacto con la de los escritores árabes.

Ayudado así de estos conocimientos y más aún de las luces de la divina gracia, emplea Pascual una buena parte del tiempo en leer libros piadosos, sobre todo vidas de santos, y en escribir para su uso los pasajes que más le agradan.

Para descansar de sus lecturas y de sus plegarias, se entretiene en hacer rosarios. Abundaban en los terrenos arenosos y en los bordes de los estanques los juncos de tallos deteriorados y flexibles. Las ovejas no los comían, y de ellos se servía el Santo para hacer los *Ave*, formando pequeños nudos; con otros nudos más gruesos formaba los *Pater*; luego los sujetaba en forma de corona, y así se proveía de rosarios destinados a sus compañeros.

Siempre que encontraba a alguno de éstos más piadoso y bueno que los demás, le ofrecía uno de aquellos rosarios, y le exhortaba a rezarlo diariamente, diciéndole con la convicción más profunda: «esto atraerá sobre ti la felicidad».

Y no dejaba de haber muchos que se dejaban persuadir de ello. Uno de éstos refiere que «todos se creían seguros cuando estaban cerca del *Beato*». Y añade:

«Cierta día que nos hallábamos en los alrededores de Alconchel, sentados junto a dos árboles, sobrevino de improviso una ráfaga de viento huracanado que, pasando como una tromba, arrancó de cuajo ambos árboles. Éstos cayeron al suelo, pero a un lado y a otro de la dirección en que nosotros, asustados, emprendíamos la huida. Casi por milagro conseguimos en tal ocasión librarnos de una muerte inminente».

No faltan tampoco en la vida pastoril daños y privaciones. Para evitar los primeros, se debe estar alerta a despecho de los fríos vendavales que azotan el rostro, y de los rayos de un sol de fuego que marchitan la hierba y que abrasan como una hoguera.

Estas incomodidades no tenían eficacia alguna contra la firmeza de voluntad de nuestro pastorcillo, quien ardía en deseos de imitar a los santos y de testimoniar, por medio del sufrimiento, el amor que profesaba a Jesucristo.

Así que, no contento aún con estas penalidades, se despoja de su calzado y camina con los pies desnudos por caminos pedregosos, para mortificarse a sí mismo con las heridas que le producen las piedras y las espinas.

Y cuando alguno le pregunta la causa de tales rigores, responde: «yo quiero ganar el cielo y satisfacer por mis pecados». «Su corazón, observa el antiguo biógrafo del santo, estaba ya entonces esclavizado por el amor a Jesús paciente».

Buscaba al amado de su alma, siguiendo las huellas de los rebaños. Aun durante la noche, cuando el frío reunía a los pastores en torno a una gran hoguera, Pascual corría a ocultarse y a orar a la entrada de una caverna, malamente cerrada con algunas ramas. La débil llama de un fuego, pobremente alimentado por sarmientos recogidos, le servía con sus rojos destellos, no tanto para calentar sus ateridos miembros, sino para leer en su libro del Oficio. ¿Acaso el amor divino no es un fuego que se alimenta con el ser mismo de aquel a quien inflama?

3

Entre jóvenes

Pascual, ocupado en pastorear las ovejas de sus padres, ha vivido hasta ahora en una cierta independencia, y de ella se ha aprovechado para dar libre curso a sus aspiraciones de retiro y de oración.

Ahora, llegado a la adolescencia, cambia para él la situación, y en vez de guardar sus propios rebaños, se ve bajo ajena tutela y encargado de guardar los rebaños ajenos. A partir de esta circunstancia, entra de lleno en la corporación de los pastores, y por lo mismo debe adaptarse a sus leyes.

Al mayoral, su jefe, le toca reglamentar el empleo del tiempo y asociarle a las tareas de uno o más compañeros. Pascual se somete, pero no sin hacer interiormente un doloroso sacrificio.

La ley de Dios es la única que señala límites a su sumisión. Cierta día el mayoral quiere obligarle a robar uvas.

—No me es lícito robar los bienes ajenos, responde el Bienaventurado.

El jefe, no obstante, insiste en su pretensión, y el niño le dice de nuevo:

—Prefiero verme hecho trizas.

El patrón amenaza, pero Pascual no por eso vuelve atrás en su resolución. Viendo aquél, finalmente, que el Santo no da su brazo a torcer, penetra él mismo en la viña y coge del codiciado fruto; luego ofrece parte al Santo, y quiere obligarle a que lo coma en su compañía.

—Jamás, repuso Pascual, el bien mal adquirido no puede ser de provecho.

Otras veces había de presenciar los altercados que entre sí o con su patrón sostenían los pastores. La dureza nativa de éstos, reforzada por un sentimiento de honor mal entendido, era causa de que los tales se mostrasen implacables en la venganza, al propio tiempo que su desconfiada susceptibilidad servía de germen funesto para multiplicar las ocasiones. Apenas pasaba día en que no hubiera entre ellos graves reyertas, que por su crueldad llegaban con frecuencia a los límites del salvajismo.

Tales espectáculos helaban de terror al tímido muchacho, quien no se sentía dispuesto por su parte a manejar el estoque o a habérselas a puñetazos con sus rivales.

—Oye, hermano, decía a Juan Aparicio, compañero suyo de mayor edad a quien quería por sus cualidades como a un hermano,; este oficio de pastor no tiene nada de bueno, pues es propenso a originar continuas reyertas. Yo no quiero pasar la vida de este modo, y pienso hacerme religioso.

—Hazte, pues, en el monasterio de Huerto, respondió Aparicio, que está consagrado a la Santísima Virgen, posee recursos abundantes y tiene además la ventaja de estar en tu país.

—No, repuso Pascual, ese monasterio no me agrada; yo quiero otra cosa...

Y en conversaciones como ésta solía entretenerse muchas veces el Santo con su amigo, descubriéndole sus proyectos y haciéndole participante de sus vacilaciones.

Otras veces buscaba distracción en el canto, acompañándolo a los acordes de su rabel, y repitiendo sus *gozos* predilectos. Pero con todo, su principal agrado consistía en retirarse a solas lo más posible y rogar a Dios con gran fervor que le hiciera conocer su voluntad.

Un día refirió a su amigo, por quien sabemos nosotros todos estos detalles, que se le habían aparecido un religioso y una religiosa, a los que él no conocía, y cuyos hábitos eran distintos de los de los monjes

del Huerto. Tenían ambos una apariencia de gran bondad y le habían dicho mirándole fijamente y con gran ternura:

—Pascual, la vida religiosa es muy agradable a Dios.

Esta aparición le había confortado mucho, pero al mismo tiempo le había sumergido en un mar de confusiones. ¿Cómo dar con dichos religiosos, de los que parecía valerle el cielo para indicarle la Voluntad divina?

Poco después le sobrevino una nueva visita. También esta vez se presentaba ante él un monje, vestido con toso sayal y ceñido por una cuerda, casi igual al anterior, y que también le aseguraba que la vida religiosa era muy agradable a Dios.

Indeciso Pascual resolvió, por último, tomar como modelos a los santos cuyas vidas leía, y cubrir su cuerpo con un hábito semejante al que había visto en las dos apariciones.

Desde entonces se le ve siempre vestido con túnica cenicienta, ajustada a la cintura por una gruesa cuerda, y oculta por la capa que lleva de ordinario, y por un sombrero de anchas alas, uniforme típico de los pastores españoles.

Sus penitencias eran muy frecuentes, deseoso, decía, de expiar así los pecados que cometía a cada paso. Cierta día fue sorprendido con las disciplinas en la mano por uno de sus compañeros.

—¿Para qué son esas nudosas cuerdas?

—Éstas, repuso el Santo, para rezar mi rosario; aquéllas para castigarme por mis pecados.

—¿Pecados, tú? ¿Cuáles pueden ser? Dímelos, te lo ruego.

—¡Vaya una pregunta! exclama Pascual fuera de sí; ¿acaso no hay miradas indiscretas, imaginaciones peligrosas y movimientos de impaciencia?...

—¿Es que tú, repuso su interlocutor, sientes también el atractivo de las pasiones?

Pascual quedó pensativo un momento, y dijo luego con tristeza:

—Oh, ciertamente; sólo que en tales casos me arrojé sobre ramas espinosas, y allí permanezco hasta tanto que el sentimiento del dolor no vence al del placer.

Temeroso Pascual de que la fiebre del vicio llegase a arraigar en su corazón, rogaba a Dios y, en medio de sus oraciones, entreveía un lugar de refugio tanto más próximo a Jesucristo, cuanto más lejano de los peligros del mundo.

«Hay un hecho admirable, declara Aparicio, que señala el término de nuestras relaciones, no interrumpidas en el curso de casi tres años. No lo he mencionado hasta el presente, porque no sabía si podría o no ser de utilidad. Constreñido en virtud del juramento a manifestar a los jueces eclesiásticos todo cuanto recuerdo en orden a nuestras relaciones, muy lejanas ya a esta fecha [se hizo esta declaración en 1610, dieciocho años después de la muerte del Siervo de Dios], voy ahora a referirlo tal como ha pasado».

Y el buen viejo dió así principio a su relato:

«Era una ocasión en que pastaban nuestros rebaños entre Cabra-Fuentes y Cobadilla. Rendido por el cansancio y devorado por la sed, deseaba yo beber agua. Había una fuente en las cercanías, pero estaba a la sazón tan cenagosa, que su solo aspecto causaba náuseas.

—Busquemos agua en otra parte, dije a Pascual, y hartémonos de beber, pues yo no puedo resistir más tiempo.

«Pascual me miró con compasión y me dijo:

—Aguarda aquí, *hermano* (siempre me llamaba de este modo), que no te faltará agua fresca.

«Y sin esperar mi respuesta, se aparta del camino, deja a un lado su cayado y su saco de cuero, y puesto de rodillas principia a escarbar en la tierra con ambas manos. Luego golpea el suelo con su bastón, y veo manar en el fondo de la cavidad un hilo de agua limpiísima.

«Yo miré a Pascual con asombro y temblando de pies a cabeza. Pascual me invita a beber y yo obedezco lleno de respeto y admiración.

—Cuando tengas necesidad de agua, me dijo lue-

go el Santo, golpea la tierra con el cayado y la hallarás.

«Nunca me he atrevido a poner en práctica este consejo, pero volviendo mucho después por el mismo sitio, dejé colocada allí una cruz en memoria del prodigio. El manantial se secó después de nuestra marcha, pero la cruz que allí planté hace dieciséis años, está en pie todavía».

El extraordinario testigo concluye afirmando que Pascual era un santo y que debe darse crédito a las palabras en que Pascual afirmaba haber sido favorecido con apariciones.

—Yo, por mi parte, no dudé nunca que haya visto a santos religiosos que le visitaban.

Así pues, Pascual, ya no piensa sino en llegar a ser como ellos. Y al fin se aleja, cediendo en favor de sus dos hermanas y de un hermano la parte que le corresponde en la modesta herencia paterna.

—Adiós, hermano, me dijo; yo parto para servir a Dios.

Pascual tenía entonces unos dieciocho años de edad.

4

Ejemplar

Pascual dirige sus pasos hacia la alegre Murcia, el país de los jardines, de las fértiles huertas atravesadas por canales y cubiertas de una vegetación sorprendente.

Va a visitar a su hermana Juana, que vive en Peñas de San Pedro. ¿No es ella su *madrina* para él, como él es para ella desde

hace ya tiempo su *frailecito*?

Una tarde, pues, al decir de Juana y de su compañera, criada de la casa, ven éstas llegar a Pascual. Está extenuado por el cansancio, a causa del largo camino recorrido. Juana pone todo su empeño en obligarle a reparar sus fuerzas, y ordena a Ana que prepare para él el mejor lecho en la mejor habitación

¡Juzgábase tan feliz con la llegada de su «pequeño Pascual,» muy desarrollado ahora, pero siempre tan modesto y tan bondadoso! ¡Ah! ¡qué de cosas iba a decirle! Acababa de abandonar el país de Torre Hermosa para ir en busca de un misterioso desconocido... Juana, sin pararse en cumplimientos, le habla con amable familiaridad.

Una primera sorpresa viene a aguar su satisfacción. Pascual se niega a gustar todo otro alimento que no sea pan y agua. La pobre muchacha, hondamente conmovida, atribuye la negativa al extremado cansancio de Pascual... Luego le conduce a su habitación. Con sumo gusto hubiera pasado toda la noche conversando con él, pero Pascual le dice que ya hablarán largo y tendido en la mañana del siguiente día.

Una vez solo cierra la habitación y echa mano de las disciplinas. Juana, confusa e inquieta como está, no quiere retirarse a descansar con el corazón oprimido por la incertidumbre. Pocos momentos después se acerca de nuevo a la habitación... La luz está aún encendida. Guiada la joven por su curiosidad, mira hacia dentro a través de las rendijas de la puerta, y ve que Pascual, armado con una nudosa cuerda se azota cruelmente

A la mañana siguiente, otra nueva decepción la sorprende. Pascual se empeña en no probar alimento. Y además no hay medio de convencerle de que acepte provisiones para el viaje.

«No, Juanita, dice el Santo, basta con que me-

tas en mi calabaza alguna agua fresca. Si siento hambre en el camino, nadie me impide demandar por limosna un pedazo de pan».

Juana le ve marchar, al fin, con el rostro iluminado por inefable sonrisa. La joven, hondamente conmovida, retorna sollozando a su casa. Allí le esperaba una nueva sorpresa: el lecho preparado para Pascual estaba aún en la misma forma en que lo habían dejado el día anterior.

«¡Es un santo!», exclama la joven, y como ella piensan todos los de la casa.

Pascual, entonces, procura emplearse como pastor, bajo las órdenes de un propietario del reino de Valencia. Albaterra, Orihuela y Monforte le han de ver, durante muchos años, recorrer sus campiñas al frente de los rebaños de su señor.

El joven extranjero se captó desde un principio la estima de todos. Y lo que más admiraba a las gentes era su extrema probidad. Pascual ponía todo cuidado en mantener a raya a sus ovejas, a fin de que no causasen desperfectos en las propiedades particulares. Cuando éstas alguna vez se desmandaban, en seguida reconocía: «la culpa es mía». Y al momento escribía el nombre del propietario, evaluaba los destrozos causados, y a costa de la paga que recibía entregaba al damnificado la cantidad que, a su juicio, le era debida a título de compensación.

En vano se le decía: «Pascual, tú te arruinas de ese modo. ¿No ves que, en resumidas cuentas, llegarás a soltar más dinero del que vale todo el rebaño?»

Pero el Santo replicaba: «Muchos robos pequeños forman uno grande, y llegan al fin a sumar una cantidad respetable que hace a uno merecedor del infierno».

Una vez, en la estación de primavera, invaden sus ovejas un plantío de trigo. Pascual las arroja de allí al instante, pero no se cree en condiciones de apreciar por sí mismo el daño ocasionado. Recurre, pues, a los *arbitradores*, que eran como los conseje-

ros de la corporación, y se somete a su fallo. Éstos estimaron que debía esperarse, para fallar, el tiempo de la mies. Llegó el tiempo de la mies, y en ninguna parte de aquel campo eran tan hermosas y tan llenas las espigas como en el sitio en donde habían pastado las ovejas del santo pastor. Tal es el testimonio de los testigos oculares.

A pesar de todo Pascual no estaba tranquilo. De aquí que, aprovechando sus horas libres, acostumbra por aquel entonces acudir al lado de los segadores para ayudarles gratuitamente en sus faenas, y satisfacer así por el daño que pretendía haber causado. Durante este tiempo, se alimentaba por su cuenta, negándose a comer de lo que se traía para los trabajadores. «No tengo, decía, derecho alguno para ello». También era en extremo escrupuloso en orden al empleo de los víveres que le enviaban sus amos, hasta el punto de no osar distribuirlos a los pobres. A éstos los favorecía, pero siempre a cuenta de su peculio.

Como es de suponer, tanta probidad fue calificada por muchos de exagerada. Pero Pascual obraba llanamente siempre que se trataba de bienes ajenos, y no concebía siquiera que estas cosas pudieran ser tenidas como escrúpulos. No hacía, pues, caso alguno de tales críticas. «Más vale pagar aquí que en el infierno», replicaba invariablemente a sus censores. Y éstos, al fin, enmudecieron.

Pero no se crea por lo dicho que nuestro Santo llegara a observar para con los demás el rigor con que se trataba a sí mismo. Cuando alguna que otra vez hablaba a otros de sus deberes, lo hacía con tal bondad y dulzura, que nadie podría darse justamente por ofendido.

«Me hablaba con frecuencia, dice López, su mayoral, sobre los intereses de mi alma, y me excitaba instantemente a arreglar mi conciencia». «Debemos estar preparados, decía, porque la muerte puede sorprendernos cuando menos lo pensemos».

Su candoroso acento tenía una fuerza persuasiva tan eficaz, que uno se sentía emocionado al escucharle. «Verdaderamente, pensaba yo, Pascual podría llegar a ser un buen predicador».

«Sólo en una cosa, añade otro de sus compañeros, se mostraba intratable: en lo relativo a las costumbres».

Si alguno pronunciaba en su presencia palabras menos honestas, lo miraba con vista tan amenazadora, con brillo tan feroz en los ojos, con tal contracción en los labios, con los puños tan nerviosamente alterados y, en suma, con actitud tan terrible, que nadie hubiera osado proseguir con un tal lenguaje.

Cierto día, un pastor de Albaterra tuvo la desvergüenza de presentar al Santo una ramera. Pascual retrocedió espantado al verla, y rugió con energía:

«¡Atrás! ¡si te acercas a mí, os rompo a los dos la crisma a pedradas!...»

Y sabido era que cuando Pascual decía una cosa, no se retractaba nunca. «Cuando digo sí, sí; y cuando digo no, no. Sábe-te desde ahora para siempre que yo ni chanceo, ni miento». Tal era su divisa, y no fue necesario que la dijera más veces para que todos la conociesen.

El seductor no volvió a insistir. Y en ello obró cuerdamente, pues se tenía en grande aprecio la virtud del Santo, y hasta sus propios compañeros admiraban en el fondo del alma su varonil entereza.

Por otra parte, nuestro joven poseía sobre los otros cierto predominio, y más de una vez se hizo caso de sus palabras cuando, consultando su pequeño calendario, les anunciaba la proximidad de una fiesta de precepto o de un día de vigilia obligatoria.

Hubo ocasiones, particularmente cuando hablaba de las verdades eternas, en que las lágrimas llegaban a bañar su rostro quemado por el sol. Se reconocía que sus palabras eran el reflejo de una convicción pro-

funda, y que él no consideraba como algo vago la figura de aquel Jesús cuya atracción y doctrina se esforzaba en describir a los otros.

Pascual estaba, sin duda, en relaciones con algún ser misterioso al cual trataba con intimidad y confianza. Y esto impresionaba a sus compañeros, tanto más cuanto que, austero consigo mismo y enemigo de bebidas y diversiones, no por eso dejaba de acomodarse en lo demás a sus costumbres.

«Siempre que llegaba algún día de fiesta, nos felicitaba alegremente y nos estimulaba a entretenernos durante las horas libres en recreaciones animadas... “pero honestas; ¿no os parece?”, añadía mirándonos con seriedad y al propio tiempo con benevolencia».

Por otra parte, Pascual siempre que veía a uno afligido, se apresuraba a acercarse a él. Y los consuelos con que procuraba animarle le salían de lo íntimo de su alma.

«Pobre hermano mío, exclamaba,; vamos, ánimo. Ten valor y paciencia, vence sin desmayos esta prueba, que la Virgen Santísima no dejará de venir en nuestra ayuda».

No es, pues, nada extraño que todos le considerasen como a un ángel de Dios.

5

Tierra de Promisión a la vista

El ambiente de la época en que vivió Pascual tendía a la conquista de la perfección cristiana. Es un tiempo en que Ignacio de Loyola lanza a sus soldados a las

aventuras y a las conquistas de todo cuanto podía redundar en la mayor gloria de Dios. Es entonces cuando Teresa de Ávila, enamorada de Dios, sabe que tiene al mundo subyugado a sus pies, y funda aquí y allá conventos del Carmelo. Es el tiempo que en Pedro de Alcántara, extremadamente penitente y dedicado a la contemplación, emprende la fundación de sus conventos, futuros planteles de mártires y de santos.

Los franciscanos discípulos de este último fueron recibidos con admiración en la región por donde vagaba Pascual al frente de su rebaño. Iban ellos con los pies descalzos y con el cuerpo vestido de humildísimo sayal, se sustentaban con el pan que recogían mendigando de puerta en puerta, y pasaban largas horas prosternados ante el altar.

Cerca de Monforte se alzaba un modesto santuario dedicado a Nuestra Señora de Loreto, donde la Reina del cielo se complacía en prodigar sus favores. El pueblo suplicó a los religiosos recién llegados que establecieran allí su residencia, para sostener el culto. Quería verse ayudado por la compañía de unos hombres tenidos por santos.

También Juana de Portugal, marquesa de Elche, los deseaba en sus dominios, y proyectaba fundar un convento para aquellos varones apostólicos al lado de unos admirables palmerales.

Pedro de Alcántara, que por aquel entonces habitaba en el Pedroso, tiene noticias de estos piadosos proyectos, y envía allá a varios de sus discípulos, entre ellos a José de Cardeneto, modelo de paciencia y de austeridad, cuyo último suspiro había de ser un cántico de alegría; Bartolomé de Santa Ana, delante del cual no tenía reparo Santa Teresa de Jesús en quitarse el velo y mostrar el rostro al descubierto, pues lo estimaba «un ángel»; Alfonso de Lirena, hom-

bre tan intrépido como prudente, que en las fundaciones de conventos parecía «realizar lo imposible», y Antonio de Segura, famoso por su altísimo espíritu de oración.

Una vez llegados éstos a su destino, construyeron con la ayuda del pueblo el convento de Loreto, cuyos planos habían sido personalmente trazados por fray Pedro de Alcántara. Para entrar en las pequeñas celdas era preciso bajarse, pues el pavimento de las mismas era la desnuda tierra.

Esta fundación fue para Pascual un descubrimiento, de tal modo que comenzó a frecuentar la iglesia y a darse a conocer a los religiosos por medio de sus limosnas, y también en el confesonario.

Cada día se veía el pastor más irresistiblemente atraído hacia el santuario. En él comulgaba con frecuencia, sintiéndose entonces más feliz que nunca. Cuando allí se entregaba a la oración, le parecía que su alma gozaba, mejor que en parte alguna, de una íntima unión con Jesucristo. García, su patrón entonces, nos dice:

«Yo le sorprendía diariamente antes del amanecer, puesto de rodillas en la pradera, con el rostro vuelto hacia la capilla de Loreto».

«En esta actitud, añade otro testigo, solía permanecer inmóvil e insensible lo mismo al viento que a la lluvia. Muchas veces era preciso que lo sacudiéramos con violencia para hacerlo volver a las realidades de la vida.

«Dios mismo parecía velar especialmente sobre su rebaño, porque nunca los lobos, que nos obligaban a nosotros a estar alerta toda la noche, le arrebataron a él oveja alguna.

«Éstas, a su vez, pastando en los mismos parajes que las nuestras, engrosaban a maravilla y crecían sensiblemente».

«Por lo que a mí toca, añade Navarro, su mayoral, le permitía a veces asistir a Misa durante la semana. No podía proporcionarle cosa alguna que fuese tan de su agrado. Pascual se multiplicaba a fin de no faltar por ello a ninguna de sus ocupaciones, y una vez obtenida la licencia deseada, parecía quedar transfigurado en otro hombre.

«Hay una montaña próxima a Elche, desde la cual se divisa toda la población. A esta montaña solía conducir el Santo su rebaño siempre que no podía proporcionarle pasto en los alrededores de la capilla de Loreto.

«En dicha montaña se le veía permanecer como en éxtasis durante largas horas, mirando alternativamente a Elche y a Loreto.

«Se alejaba con tristeza del templo, y siempre que desde el campo sentía la señal de la campana, anunciando el momento en que el Santo Sacrificio llegaba al acto de la consagración, se reconcentraba en sí mismo para no pensar sino en Dios.

«El Santo se hallaba cierto día a alguna distancia de nosotros: la naturaleza comenzaba a animarse y el sol cubría con su manto de luz la pradera, humedecida aún por el rocío.

«Pascual oraba puesto de rodillas y con las manos juntas. Se oye en este momento el sonido de la campana, y el joven exhala un grito: “¡Mirad! ¡Allá, allá!”, dice, indicando con el dedo el cielo. Sus ojos ven una estrella en el firmamento... Luego la nube se rasga y Pascual contempla, como si estuviera delante del altar, una hostia puesta sobre un cáliz, y circuida por un coro de ángeles que la adoran.

«Aunque lleno el joven de temor en un principio, no tarda mucho en dejarse llevar de sus transportes de alegría: “Jesús, Jesús se encuentra allí!” exclama hondamente conmovido.

«Nuestros ojos buscan entonces la dirección que él indica, pero no descubren otra cosa que la azul inmensidad de los cielos. Y sin embargo *el Beato* tenía razón. Para él todo era visible, porque era puro y santo... en tanto que nuestra vista, cegada por los pecados, no alcanzaba a ver cosa alguna.

«¡Ah! termina Navarro, me portaría como cristiano pérfido, si no diera fe al testimonio de Pascual. Estoy segurísimo que veía el Santísimo Sacramento. Pero ¿qué tiene esto de extraño? ¡Lo amaba tanto!»

Oigamos ahora la propuesta que Martín García, su patrono, hizo cierto día al santo pastor:

«Hijo mío, ya ves que Dios no me ha dado hijos; pero yo te quiero mucho y mi esposa te ama con no menor ternura... Pascual, ¿consiente en ser tenido por hijo nuestro! Desde hoy vivirás a nuestro

lado, y nosotros te buscaremos una compañera digna de tu virtud.

«Rico y sin trabajo, vivirás bajo nuestro techo y podrás dedicarte a la oración en la medida de tus deseos y frecuentar cuanto gustes la iglesia».

Martín acariciaba este proyecto de mucho tiempo atrás; pero el Padre San Francisco, dice la antigua Crónica, se había anticipado a él en adoptarle por hijo.

«Mi amo, replicó Pascual todo confuso, ¡qué bueno sois! Ciertamente que yo no soy digno de un tal favor... Aparte de esto, me es imposible aceptarlo, porque estoy resuelto a hacerme religioso... Si yo tuviera riquezas, las abandonaría. ¡Tan lejos estoy de buscarlas! ¡Oh, sí! Desde ahora prometo entrar en el convento».

Y dichas estas palabras, el joven se dio prisa en llamar a las puertas del convento de Loreto.

6

El ideal de San Francisco de Asís

Jesucristo, hermanos míos, quiere que yo venza al mundo por la abnegación y la pobreza, a fin de que pueda así conquistar para Él las almas (S. Francisco de Asís).

El 2 de febrero de 1564, fiesta de la Purificación de María, recibe nuestro Santo el hábito religioso, y con él el nombre de Fray Pascual.

Los superiores, que conocían de mucho tiempo atrás al piadoso pastor y apreciaban en alto grado sus virtudes, no hubieran tenido inconveniente en prepararle para el

sacerdocio. Pero la humildad de Pascual, a ejemplo de la de San Francisco de Asís, le hace retroceder ante la sola idea de ser sacerdote. Su única ambición es ser «la escoba de la casa de Dios».

Los superiores no se atreven a insistir en sus pretensiones, y el Santo ingresa en la humilde condición de hermano lego, condición que ya no cambiará hasta la muerte.

Libre, entretanto, del cuidado de las cosas temporales, pone todo su empeño en consagrarse enteramente a las de Dios. Su solicitud por adquirir un pleno conocimiento de las obligaciones de su estado, y su admirable puntualidad en la observancia de todas las reglas, hacen de él desde un principio en un religioso modelo. Nada para él más agradable que las rígidas leyes impuestas por San Pedro de Alcántara a sus discípulos.

Por lo demás, ¿no eran para él menos severas la mayor parte de estas leyes que las que él a sí mismo se había impuesto y que había cumplido durante muchos años? ¿Qué tenía de extraordinario para nuestro Santo andar descalzo, dormir sobre el duro suelo y ayunar y disciplinarse con frecuencia?

Y además, ¿cómo no sentirse dichoso con la posesión de esa estricta pobreza, que no admite más que lo necesario, y con esa dependencia inmediata de los bienhechores y del síndico, es decir, de la persona secular encargada de disponer de las limosnas hechas a los religiosos? ¡Ah! ¡Ésta era, sin duda alguna, la vida religiosa con que Pascual había soñado!

Cuantos tuvieron la dicha de conocer a nuestro Santo están acordes en testimoniar la asiduidad con que éste estudiaba, meditaba y se esforzaba por descubrir el alto significado de la pobreza, fijándose en todas las explicaciones que de ella le hacían, y distinguiéndola con su predilección duran-

te toda la vida.

¡Le parecía tan bella esta pobreza que San Francisco de Asís había aprendido del Hijo de Dios y dado por consigna a su Orden! Pascual descubría en esta virtud el elemento inspirador que informa la mayor parte de los preceptos de la Regla.

La Orden de *Frailles Menores*, diversa de la de los *Capuchinos* que, con otras constituciones, observaban la misma Regla, y de la de los *Conventuales*, que obtuvieron de los Papas la dispensa de muchos preceptos, comprendía, bajo la obediencia de un mismo General (anteriormente a la bula de León XIII *Felicitate quadam*, del 4 de Octubre de 1897), las ramas siguientes:

los *Observantes*, que constituían, según León X, el tronco de la Orden y tenían el derecho de elegir, de acuerdo con las otras ramas, al sucesor de San Francisco;

los *Alcantarinos o Descalzos*, establecidos principalmente en España e Italia;

los *Reformados*, reconocidos en 1532 por Clemente VII,

y los *Recolectos*, que formaban, a partir de 1590, una custodia especial y que florecieron sobre todo en nuestras regiones.

Estas reformas, según Clemente VII (*In suprema*) «querían observar la Regla con más rigor aún», pero sin pretender en manera alguna separarse del cuerpo de la Observancia, en la cual la Orden entera guarda la práctica de la Regla, que en ella se observaba fielmente, según testimonio de Inocencio XI (*Sollicitudo pastoralis*). Su género de vida era, en general, más riguroso y contemplativo que el de los primeros.

Los Observantes en el siglo XV habían «vivificado en todo el mundo el cuerpo de la Orden, languideciente y casi muerto» (León X, *Ite et vos*) a causa de las muchas mitigaciones, solicitadas por gran parte de los religiosos e introducidas poco a poco en el organismo de la Orden.

Actualmente León XIII, suprimiendo estas ramas que ya no tenían razón de ser, ha unificado en mayor grado la *Orden de los Frailles Menores*, que cuenta casi siete siglos de existencia y que no ha dejado de dar a la Iglesia multitud de Santos y de varones eminentes.

En un principio, guiado el *Poverello* del amor a la pobreza, imponía el despego de los bienes terrenos, obligaba a los novicios a repartir su fortuna entre los pobres, prohibía a la Orden inmiscuirse en el reparto de la misma, prescribía el uso de hábitos viles y remendados, vedaba el uso de las cosas superfluas, del dinero y del calzado, e inculcaba el trabajo, como medio de subsistencia, y en caso de necesidad el «recurso a la mesa del Señor», por medio de una humilde mendicidad.

Las exhortaciones y consejos que da San Francisco no sólo en la Regla, sino también en su Testamento, que viene a ser como un elocuente comentario de la anterior, se representaban a los ojos de Pascual como otras tantas consecuencias lógicas del género de vida impuesto.

Despreciarse a sí mismo y no juzgar mal de los otros «vestidos con hábitos lujosos», considerarse en la condición de «peregrinos y exiliados en este mundo», tratar a todos con cortesía, mansedumbre y caridad; no irritarse en vista de las miserias y pecados ajenos; huir de todo orgullo y de toda ostentación; ser paciente en los infortunios y en las enfermedades; no andar buscando privilegios y exenciones... todo esto se desprendía con claridad patente de los principios antes expuestos.

Pascual no tarda en entenderlo, gracias al buen sentido práctico y a la perspicacia profunda que lo caracterizan. Este plan de perfección resplandece a sus ojos en toda su maravillosa unidad, y su maestro de novicios no puede menos de describir con admiración el modo como nuestro Santo manifiesta, ya desde un principio, en sus acciones, una asombrosa constancia y una normalidad de carácter que no sufrían jamás ningún eclipse.

El fervor constituye su estado habitual: los ejercicios más penosos le parecen los más propios para él. En efecto, Pascual, si-

guiendo a San Pedro de Alcántara y a sus discípulos, está firmemente resuelto a imitar a San Francisco. Y como San Francisco, él ante todo quiere tener «el espíritu del Señor y su santa actividad, orar siempre con corazón puro». A este ideal, es decir, a amar a Jesucristo, debía subordinarse todo lo demás.

Y puesto que Jesucristo habita entre nosotros en la Eucaristía, amar la Eucaristía viene a ser para Pascual el centro de la perfección. ¿Acaso San Francisco no solía pasar largas horas de meditación ante este Misterio de amor y lo recibía en su pecho con la piedad de un ángel?

Francisco se había reservado para sí la predicación en Francia, porque en Francia «se veneraban los Santos Misterios». Y en una carta dirigida al clero de todo el mundo, había recomendado se hiciese con suma reverencia la celebración y administración de la Eucaristía.

Tendido sobre su lecho de muerte había confesado que veneraba a los sacerdotes, aun a los que eran malos, «porque ellos consagran el Cuerpo del Señor». Escribiendo una circular seráfica, estimulaba sus religiosos a que profesaran un amor tiernísimo a este agosto Sacramento.

A Santa Clara y a sus hijas les animaba a que confeccionasen manteles para los altares; y pedía limosnas a los ricos para adornar las iglesias pobres. Hacía por sí mismo las hostias y preparaba con sus manos el pan del Sacrificio. Iba, con una escoba al hombro, a barrer las iglesias, supliendo así la negligencia de los que tenían el deber de hacerlo. A sus exhortaciones se debe la introducción del uso de los sagrarios, que sustituyeron a las palomas suspendidas en las que se conservaba antes el Santísimo.

En fin, su última voluntad había sido que sus religiosos venerasen la Eucaristía y la custodiasen en «sitios preciosos». ¡Tal fue el deseo supremo de aquel enamorado de la pobreza!

San Francisco, en una palabra, había elegido al Santísimo Sacramento, según frase de uno de sus contemporáneos, «por alma de su Orden e inspirador de la heroica pobreza de los Menores».

Pascual, reflexionando sobre las palabras y los hechos del santo Fundador, llegó a adquirir el pleno conocimiento de esta verdad ya en los inicios de su vida monástica. Su mayor gloria consiste principalmente en haberla comprendido y en haberla observado prácticamente.

Desde este momento él encontrará en la Eucaristía un estímulo irresistible a la práctica de las más admirables virtudes, olvidándose completamente de sí mismo en obsequio de su Amado. Y, como merecida compensación, él hallará en la Eucaristía el premio de sus incesantes sacrificios y la suprema felicidad de su vida.

He aquí cómo nos describe con entusiasmo esta última Ximénez, el que fue su novicio, amigo y superior:

«Nunca pensaba en satisfacer el menor capricho. Siempre ponía estudio en mortificarse a sí mismo. Yo he visto brillar en él la humildad, la obediencia, la mortificación, la castidad, la piedad, la dulzura, la modestia y, en suma, todas las virtudes; y no puedo decir a ciencia cierta en cual de ellas llevaba la ventaja a las demás.

«Si me pongo a considerar su pobreza, la encuentro perfecta; si su caridad, la veo brillar como el sol; su humildad parecía no tener límites, su mortificación sobrepujaba a cuanto puede humanamente soportarse...»

¿Cómo explicar un tal género de vida? Ximénez nos lo explica en seguida:

«Él pasaba todo el tiempo posible en adoración ante el Santísimo Sacramento. Al pie del tabernáculo se le hallaba desde después de maitines hasta la hora de las Misas: ¡estaba armándose para la jornada! Al pie del tabernáculo se le sorprendía al anochecer: ¡estaba descansando de sus fatigas!...»

La vida religiosa

No queramos regalos, hijas. Bien estamos aquí; todo es una noche la mala posada (Santa Teresa de Ávila, *Camino* 40,9).

Fray Pascual era de mediana estatura, de buena presencia y de rostro gracioso y amable, aunque no expansivo.

Tenía en su frente algunas arrugas y un principio de calvicie. Sus ojos azules, pequeños, brillantes, estaban protegidos por pestañas y cejas negras. La nariz y la boca eran regulares. Se veía bajo sus labios y de derecha a izquierda, una cicatriz que le daba la apariencia de estar siempre sonriendo. Completaban su fisonomía su color moreno, su barba rala y sus pómulos salientes.

Un año después de la toma de hábito hace Pascual la profesión, y se une a Jesucristo por insolubles vínculos sagrados.

Los estatutos de los Alcantarinos exigían que nuestro Santo pasara *en formación*, ocho años, bajo la dependencia de un maestro de novicios, a ser posible en el mismo convento y ocupado en los oficios privados de la Comunidad. Este lapso de tiempo es el que se designaba con el nombre de años de *Bendición*. Las diversas reseñas que poseemos relativas a la vida religiosa del Santo nos permiten fijar aproximadamente su cronología exacta.

Pascual vive en Loreto hasta 1573, y al final de este período pasa algún tiempo en Elche y Villena. Hacia 1573 es destinado a Valencia, donde se estaba fundando un convento. Los cinco años siguientes los pasa

yendo de un convento a otro: Villena, Elche, Jumilla, Ayora, Valencia y Játiva. Y por último, en 1589, es destinado a Villarreal, en donde permanece hasta su muerte, en 1592.

Sus ocupaciones fueron casi idénticas en todas partes: unas veces tenía a su cargo el refectorio y la portería; otras echaba mano de su alforja y se iba a pedir limosna por los pueblos de la comarca. Y en todo caso, jamás se negaba a ayudar a a todos cuantos solicitaban el concurso de sus buenos oficios.

Así, pues, la urdimbre de su existencia se desarrolla bajo un plan monótono, que no se ve animado de ordinario con peripecias dramáticas. Su historia personal profunda es la toma de posesión de su alma por el Amor divino; una toma de posesión cada día más perfecta, hasta que, consumada la conquista, es introducida en la victoria suprema del paraíso.

El Santo va elevándose más y más hacia Dios; y al mismo tiempo y en la misma medida, va acrecentándose su acción bienhechora hacia todo lo que le rodea. A medida que su naturaleza se debilita, la gracia se transparenta más en él, y atrae más a los otros hombres hacia el Dios de la Eucaristía.

Sigamos el vuelo de esta ascensión espiritual, al menos en cuanto nos sea posible. Las acciones de Pascual pueden parecer con frecuencia insignificantes, no lo dudamos; y es posible que el mundo las desprecie. Pero, no, nada hay de vulgar en las vidas de los Santos. El amor divino todo lo ennoblece en ellos y lo dignifica.

La primera luz de la mañana sorprende a nuestro Bienaventurado en la iglesia, puesto de rodillas ante el altar: allí está el divino Maestro hablando al corazón de su hijo... Y éste, a ejemplo de la Magdalena, escucha dócil y absorto sus enseñanzas... Luego, de-

jando en suspenso por un momento su contemplación, va a despertar a sus hermanos, llama de puerta en puerta, y repite una y otra vez:

«¡Alabado sea el dulcísimo nombre del buen Jesús!

«¡A Prima, hermanos míos, a Prima! ¡A cantar alabanzas a Dios y a su Madre Santísima!»

Llega la hora de celebrar el Santo Sacrificio. Pascual ayuda a cuantas Misas le permiten sus ocupaciones. ¡Con qué devoción se dedica a servir en el altar a los ministros del Santuario! El ardor de su rostro revela las ocultas llamas de amor que le devoran por dentro.

Este amor crece y llega como a transfigurarlo en el momento de la sagrada comunión, que tiene lugar ordinariamente en la primera Misa. Sus ojos entonces despiden fuego, de su pecho brotan suspiros que no puede reprimir, sus manos unidas se alzan a la altura del rostro, y todo anhelante y como sumido en éxtasis recibe a Dios en su corazón...

Después, cual hombre que no pertenece ya a la tierra, pierde el sentimiento de cuanto le rodea y prosigue maquinalmente sus funciones, sin darse apenas cuenta de nada... Este espectáculo se repite varias veces por semana, es decir, siempre que el Santo se acerca a la sagrada comunión.

Bien pronto sus transportes misteriosos llaman la atención del pueblo, y la gente comienza a juntarse cerca del altar para presenciarlos.

«¡Es un santo!» dice la admirada multitud. Y sus hermanos agregaban: «a ese paso, no tardará en hacer milagros».

Y milagros hacía ya el Santo... milagros de paciencia y de resignación. ¡Pobre portero! Subiendo y bajando sin cesar escaleras, yendo de la calle a las celdas y de las celdas a la calle, de la iglesia al huerto y del huerto a la iglesia, así pasa todo el día

sin que, a pesar de ello, se manifieste jamás en su rostro el menor signo de impaciencia.

Cuando se encuentra con alguno al paso, le mira con amable sonrisa y le dirige por lo bajo una buena palabra, que es de ordinario una jaculatoria, una chispa que salta de la hoguera de su corazón:

«¡Qué bueno es Dios!»... «¡Todo lo que de El proviene es bueno!»... «¡Amemos mucho a Jesús!»... «¡Qué hermoso debe ser el cielo!»

Y sigue su camino, dejando a su interlocutor conmovido y edificado.

Veamos ahora cuál es su comportamiento para con los huéspedes. A veces eran éstos numerosos, llegaban a horas desusadas y se mostraban exigentes, después de los contratiempos sufridos durante el viaje. Es preciso recibirlos, atenderlos, cuidarlos, y más que todo hacerles compañía, escuchando el relato de sus fatigas o la descripción atropellada y enfática de sus peripecias, a veces poco interesantes. Pascual se avenía a ello de modo admirable y como si todo fuera para él la cosa más natural del mundo.

¿Y cuando se trataba de auxiliar a los pobres? ¡Ah, los pobres!... hubieran sido para él ocupación más que suficiente para todo el santo día, si no tuviera que atender también otras cosas.

Se hace preciso dejarlos para preparar el refectorio. No bien entraba en esta oficina, se postraba ante una pequeña imagen de María, oraba por breves instantes, y luego disponía todo lo necesario para cada uno de los religiosos. Como recuerdo de su pasada vida pastoril, observaba la costumbre de amenizar sus quehaceres con el canto. Modulaba a media voz gozos populares en honor de Jesús, de María y de los Santos. Con estas canciones adquiría nuevo ánimo para no rendirse a las fatigas de su oficio. Éste era el único entretenimiento que se permitía Pascual.

Después de haber comido malamente y servido a los pobres, se iba al huerto, sufriendo a veces el calor de la hora. Y cuando ya al fin del día el silencio dominaba los campos, iluminados por la luna, se internaba el Siervo de Dios por ellos, caminando al compás de sus cantos: «¡Benedicid a Dios, fuegos y calores!»

A veces su naturaleza desfallecía bajo la fuerza del Amor divino. Había obtenido Pascual licencia de sus superiores para irse a la iglesia en el tiempo de la recreación. Y un día de mucho frío, el padre Guardián dispone que se haga la recreación en la cocina. Llamen a Pascual para que acuda a ella. Viene al instante y se sienta junto al fuego...

Llegado allí, suspira desde lo más profundo, su mirada vaga sin fijarse en nada concreto. Un pensamiento embarga totalmente su espíritu. Se levanta de pronto, y cediendo a una fuerza irresistible, corre a postrarse ante el sagrario... Los religiosos tratan inútilmente de hacerle volver. Pero en cuanto dejan de sujetarle, se les escapa de nuevo hacia su centro de atracción.

El Guardián entonces le dice sencillamente: «Bien, fray Pascual. ¡Haz lo que quieras!». Al oír esto, el Santo obedece y cae en tierra sin sentido... Los religiosos le llevan a la celda, y una vez allí, Pascual abre los ojos, como si despertara de un sueño profundo.

Cierto religioso, que ya otras veces le había sorprendido en *flagrante delicto* de arrobamiento, le pregunta qué le sucede:

«Os pido por favor, replica el Santo, todo confuso, que no os dejéis seducir por las apariencias en cuanto habéis visto. Dios se porta conmigo a semejanza de un padre con un mal hijo: me prodiga caricias y dulzuras para obligarme así a mejor de vida...»

7

Pidiendo limosna

Sirviendo a Dios en la pobreza y en la abnegación, vayan con confianza a pedir limosna (*Regla* de San Francisco de Asís).

Las virtudes de Pascual, ocultas hasta ahora entre los muros del claustro, debían esparcir también al exterior su fragancia, y al igual que lo hicieran antes San Francisco y su compañero, marcha Pascual, siguiendo la voz de los Prelados, a predicar con la elocuencia de sus ejemplos, más bien que con la de las palabras.

El Santo se aleja cantando, con la alforja de limosnero al hombro. Va de un lugar a otro, rendido bajo el peso de las limosnas y con los pies doloridos, y camina sin descansar, indiferente a los ardores del sol o a las heladas ráfagas del viento. Aspe, Ayorte, Elda, Novelda y Alicante le vieron muchas veces atravesar sus calles.

Su primer cuidado al llegar a una parroquia era dirigirse a la iglesia, acercarse lo posible al sagrario y orar por largo tiempo. Luego entraba en el presbiterio, se arrodillaba ante el párroco o su coadjutor, y, después de besarles la mano, les pedía humildemente licencia para mendigar por la parroquia.

Los sacerdotes solían entretenerle a su lado para conversar con él, pero el Santo hablaba poco; y en lo poco que hablaba, su conversación iba siempre dirigida a Dios o

al Santísimo Sacramento.

Rarísima vez aceptaba la invitación de sentarse a la mesa de algún bienhechor. «Prefiero comer en el campo», respondía alegremente. Y siempre que querían obligarle a dormir dentro de una casa, contestaba:

–Evitaos esa molestia; yo he sido antes un pobre pastor, y tengo gusto en dormir al descubierto.

Durante la noche su mirada se perdía a través del firmamento estrellado, y contemplaba con los ojos de la fe la belleza de la patria celeste, en donde, peregrino de este mundo, era esperado por su Padre.

Los paisanos no tardaron en reconocer en él uno de los grandes servidores del Altísimo. Sus austeridades fueron muy pronto conocidas. ¿De qué se alimenta? De cortezas de pan, mojadas en agua, y de frutas inservibles. ¡Y cómo desafía el cansancio! ¡Qué manera de afrontar con paciencia los trabajos!

Sus más sencillas palabras despiden un aroma de piedad que reconforta el espíritu. A él acuden en busca de consolación y de consejo. Esperan su llegada con impaciencia. Y aun mucho tiempo después de su salida de la población, nadie se ocupa de otra cosa que del santo Hermano, sobre todo en los corrillos que se forman al anochecer.

Sus oraciones, se dice, atraen sobre nosotros las bendiciones del Altísimo. Sus consejos nos hacen felices. Y los niños agregan: también cuenta muy hermosas historias.

Escenas hay en su vida de limosnero que evocan la mente los episodios de las *Floreillas*:

«Alabemos a Dios, decía un día San Francisco a Fr. Maseo, por el gran tesoro que poseemos, y que no es otro que Dios mismo, de quien hemos de gozar».

Y ambos arrojaban sobre una piedra algunos mendrugos de pan recogidos de limosna, y bebían,

en la palma de la mano, del agua del torrente.

Uno de los compañeros de nuestro Santo en el oficio de limosnero, refiere a este propósito lo siguiente:

«Nos dirigíamos de uno a otro pueblo. Durante el trayecto Pascual se dedicaba a hablar de Dios con indecible ternura, a recitar piadosamente el Oficio de la Virgen o bien a meditar en los misterios de la vida de Jesucristo.

«Al hacer alto en cualquier lugar, su primer cuidado era rezar la estación al Santísimo Sacramento. Comíamos a la sombra de un árbol, y Pascual, previsor como él solo, buscaba en la alforja lo más apetitoso que llevaba y lo ponía en nuestras manos.

«Esto es para vos, añadía con graciosa sonrisa, comedlo, que bien merecido lo tenéis».

En lo que nunca pensaba era en su propia conveniencia. Se ingeniaba de maravilla para aliviar a su compañero lo más posible de las molestias del viaje, rodeándolo de toda clase de cuidados y tomando sobre sí la más pesada labor y el peor trabajo.

En cierta ocasión se había recogido una cuantidad de aceite, mayor que de ordinario, y el Santo volvía al convento abrumado con el peso de dos enormes recipientes. Compadecidos de él dos buenos aldeanos, le dijeron: «Pero, Fray Pascual, ¿por qué no te vales de un jumento para llevar el aceite?»

Los ojos del Santo brillaron entonces con picaresca malicia, y en sus labios se formó una sonrisa significativa: «¿Un jumento? respondió; está bien; ¿pero seréis capaces de encontrar uno mejor que yo?»

Su deseo de favorecer a los pobres le obligaba a ir recogiendo por el camino los sarmientos desechados, y cuando tenía bastantes para formar un haz con todos ellos, lo entregaba gustoso al indigente que le salía al paso.

Otras veces dejaba la leña recogida en casa del que le daba hospitalidad, diciendo alegremente: «Ésta es mi moneda».

También solía cortar de los árboles las ramas secas que encontraba casualmente,

para ofrecerlas luego a personas necesitadas que conocía. Y cuando alguno le dispensaba cualquier beneficio, su reconocimiento parecía no tener límites.

«Ten confianza, Tajarino, dice a un buen hombre que le acompañaba para las cuestaciones y que sufría de asma; ten confianza, que Dios te ayudará». Y pone luego la mano sobre el pecho del paciente, exclamando: «Ea, vayamos más aprisa». Con solo esto el enfermo se siente aliviado y en disposición de seguir adelante.

Al regresar Tajarino a su casa, ve con dolor que uno de sus hijos está a punto de exhalar el último suspiro. Ante peligro tan inminente se da prisa en llamar al Bienaventurado. La aflicción de los padres del moribundo conmueve profundamente al Santo, quien llorando, dice con voz quejosa: «¡Señor Jesús, él me ha ayudado, por amor vuestro, a hacer la cuestación. No le neguéis vos ahora vuestra ayuda en tan doloroso momento!»

No había aún terminado Pascual esta plegaria y ya la crisis estaba vencida. Los padres, dos veces felices, se apresuran a estrechar contra su corazón al hijo enfermo, y se complacen luego en publicar el poder maravilloso del santo Hermano.

Con todo, no era tan maravilloso este poder sobre los cuerpos cuanto sobre los corazones de los hombres. No había lugar por donde pasase en el que no animara al pueblo a acercarse con devoción y frecuencia a los Santos Sacramentos, a evitar las ocasiones de pecado, y sobre todo a reconciliarse con los enemigos.

Para estas cosas estaba el Santo adornado, según testimonio de cuantos le conocieron, de un don que puede muy bien calificarse de prodigioso. Sus palabras conmovían profundamente y vencían a los más obstinados pecadores. He aquí un ejemplo curioso del que nos da cuenta un rico señor de Monforte:

«Era yo niño por aquel entonces. Una tarde trajeron a nuestra casa el cadáver de mi padre que había sido asesinado a puñaladas. Todos sabían quiénes eran los culpables, pero la carencia de pruebas no permitía obrar libremente a la justicia.

«En tales circunstancias, mi madre, mi hermano mayor y yo juramos vengar el crimen. Yo consideraba como un deber sagrado dar muerte al asesino; así que pasaba un día y otro día tramando proyectos de venganza.

«Cuanto mayor era el tiempo en que me veía obligado a comprimir el fuego que me devoraba, tanto éste era más ardiente. ¡Ah! ¡qué terrible iba a ser mi venganza! Y ésta prometía ser mucho más terrible aún desde el instante en que mi madre y mi hermano, cediendo a las instancias de su confesor y de nuestros amigos, se decidieran a re-tratar su juramento... ¡Yo, yo era el único que perseveraba fiel a la memoria de mi padre!

«Un tal pensamiento redoblaba mis fuerzas. Así que a la edad de diecisiete años era yo el terror de mis enemigos. Yo sabía esto y lo sabían también cuantos me rodeaban, temiendo siempre llegara el momento. Pero yo no me daba prisa, porque estaba resuelto a llevar a cabo una venganza completa, atroz, inexorable... Los religiosos de Loreto, las personas influyentes de Mon-forte y otras más, se habían tomado a pecho mi conversión. Sin embargo, sus reflexiones no hacían otra cosa que exasperarme más y más. Hasta llegué al extremo de amenazarles también a ellos.

«Se representaba al vivo una tarde, era un Viernes Santo, la escena del *Descendimiento de la Cruz*, según acostumbraba a hacerse. El pueblo en masa asistía a la ceremonia, y yo, por no ser menos que los demás, formé parte en la procesión. Mis amigos, los monjes y otras personas fueron rodeándome disimuladamente, pero en tal modo, que en el momento del sermón me vi como aprisionado en medio de un círculo infranqueable. No tuve, pues, más remedio que prestar oídos a la elocuencia del predicador, quien puso término a su discurso con una vibrante peroración en la que me excitaba a perdonar a mi enemigo en recuerdo de la Pasión de Cristo.

«En un principio lo escuché impasible, mas al fin su retórica me puso furioso.

—¡Callad de una vez! grité. ¡Yo estoy en la resolución de antes! ¡Es inútil cuanto digáis! ¡No perdonaré nunca!

«En aquel preciso instante siento que una mano me coge por un brazo. ¿Cómo salí de aquel sitio? No lo sé... Pascual estaba delante de mí.

—Hijo mío, exclamó con un acento que no puedo olvidar, al propio tiempo que me miraba con

ojos afables y tristísimos, hijo mío; ¡se ve que no has presenciado la Pasión de Jesús!

«Y continuó, después de hacer una pausa:

—¡Perdona, hijo mío, por el amor de Jesús crucificado!...

«Estas palabras, pronunciadas con acento lastimero, aquellos ojos tan humildes como expresivos clavados en mí, aquella fisonomía luminosa, transfigurada por un reflejo celeste... me cautivaron. Subyugado, enternecido, sollozante, dije entonces con labios trémulos por la emoción:

—Sí, padre mío, yo perdono por el amor de Dios.

«... La multitud estaba atenta, muda, ansiosa, sin atreverse apenas a respirar.

—Hermanos ¡perdona!, exclamó Pascual.

«La gente respiró satisfecha al oír estas palabras. Luego prorrumpió en un clamor frenético, clamor en que se veían confundidas alabanzas, bendiciones, sollozos... Yo lloraba también. Lágrimas de fuego brotaban de mis ojos, yendo a caer sobre la mano del Santo, que continuaba estrechándome entre sus brazos... Mientras tanto el odio se derretía en mi pecho, como se derrite el hielo al ser herido por los dardos del sol.

«Al fin, me daba por vencido... y no he vuelto ya a sentirme víctima de deseos de venganza».

Tal era la obra de Pascual en sus salidas del convento: hacer bien a los demás, conducir a Jesucristo las almas extraviadas, y suspirar, como el ave por su nido, por volver cuanto antes al convento, para que así no llegaran hasta él los aplausos del mundo.

Su primer cuidado al llegar de afuera, era ir a postrarse a los pies del superior para recibir de rodillas su bendición paternal y con ella el permiso de irse a la iglesia. Una vez allí, se entregaba por largas horas al ejercicio de la oración; y el gozo que en orar experimentaba, le daba a conocer claramente qué bueno y agradable es habitar en la casa del Señor.

En estas ocasiones venía a inquietarle un pensamiento muy natural en él:

«¡Qué dichoso sería yo si pudiera no apartarme

nunca de aquí, o si me fuera dado, cuando menos, vivir lejos del mundo y de los tráfigos del siglo, consagrado enteramente al Amado de mi alma y en Él pensando de continuo!...»

Había cerca de Loreto una gruta, en la que solían pasar algunos religiosos una semana de retiro, sin dejar por eso de asistir al Oficio divino en el coro y a la Misa conventual. Esta gruta acababa entonces de ser abandonada por un religioso que se dedicaba a la predicación, en consecuencia a una dura prueba que había sufrido. Le parecía, en efecto, que los infernales espíritus trataban de destruir su morada, dejándole a él sepultado entre los escombros. Así que, en tan apurado trance, ni siquiera se había acordado de recoger sus libros. El Guardián llamó a Pascual para que fuera a buscarlos.

«Fuí contentísimo, decía el Santo hablando de esto con un novicio, pues así podría disfrutar a mi gusto de las delicias de la vida eremítica.

«Ante todo me dediqué por algún tiempo a la oración; luego me entregué al descanso con propósito de levantarme a media noche para disciplinarme y volver de nuevo a la oración. Me dormí, acariciando en la mente tan hermosos proyectos, y desperté... cuando el sol inundaba ya la gruta con sus fulgores.

«Todo confuso me levanté más que de prisa, y volví a hacer los oficios que me tenía encomendados la obediencia, toda vez que lo sucedido vino a demostrarme que mis deseos eran una ilusión y nada más».

9

Grandes penas

Sé paciente en la tribulación, porque en el fuego se prueba el oro y se purifica la plata (Ecle 11,4-5).

No falta quien estima que las mortificaciones voluntarias llevan en sí cierta gratificación, pues han sido buscadas por quien las hace. Pero esto no puede decirse de aquellas penalidades que provienen de otras causas. Así, pues, la conformidad en soportar estas últimas, es la que nos da la norma principal para apreciar la santidad de una persona.

Pascual, no menos que los otros santos, debía purificarse en este fuego, que su contemporáneo San Juan de la Cruz llama *noche oscura*. Momentos hubo en su vida en que el cielo le parecía de plomo, en que la duda se esforzaba por adquirir el dominio de su corazón, y en que su energía parecía derramarse, como se derrama el líquido al romperse el vaso que lo contiene.

Toda su vida era entonces juzgada por él como una serie de incoherencias. El recuerdo del pasado lo desanimaba, y su corazón parecía como romperse de remordimiento a la vista de crímenes hasta entonces ignorados. El porvenir se le representaba más tenebroso todavía, como si el Señor lo fuera a dejar abandonado a sus fuerzas.

El presente era también para él un enigma indescifrable. Su corazón se veía combatido por dos sentimientos opuestos. De un lado, la fiebre de la lujuria, del odio y

del orgullo estremecía su carne desgastada por los ayunos. De otro, sentíase atraído por irresistible impulso hacia ese Dios en el que pensaba encontrar el reposo. En suma, mientras el espíritu corría, como ciervo sediento, a embriagarse con la pureza de los ángeles, el cuerpo parecía revolcarse en un cenagal de torpezas y de engaños. ¿Cómo, entonces, librarse de aquel cuerpo de muerte? Porque, en realidad de verdad, Pascual preferiría a una tal situación, la destrucción y aun el aniquilamiento de su ser.

Cierto día, rendido o debilitado por la lucha, cae como caen los vencidos de la vida, arrojado como los últimos restos de un gran naufragio en una playa inhóspita... La copa de la tribulación rebasa los bordes. Pedro de Sena, su provincial, entra en ese momento en la celda del Santo.

—¡Oh Padre! gime Pascual, ¡todo es inútil! Yo no puedo más. ¡Si me fuera dado dejar de existir!... ¡He sufrido ya tanto! ...

Y su cabeza cae pesadamente sobre su pecho, como la de un hombre en el momento de expirar. Pedro se inclina sobre esta alma angustiada y le habla. Y el pobre desesperado le refiere pausadamente, con palabras entrecortadas por los sollozos, su lamentable historia.

Gracias a ello la paz renace en su alma, el dolor que atenazaba su corazón se mitiga casi insensiblemente, y se va haciendo luz entre las sombras densas de antes. Nuestro Santo es ahora un convaleciente que aspira el perfume de los campos, es como un hombre que despierta de un pesado sueño, que toca con inquietud cuanto le rodea, y que ve por fin desvanecerse sus terrores ante el testimonio elocuente de la simple realidad. Pascual renace a nueva vida, dispuesto a sostener nuevos combates.

En otra ocasión el común enemigo obtiene permiso para maltratar al Santo.

—¡Qué enfermedades! murmuran los médicos examinándolo; no hay duda de que confunden nuestras previsiones, se resisten a nuestros cálculos y burlan nuestros remedios... Cualquiera diría que ello es cosa del diablo.

También se oyen a veces en su celda ruidos extraños, o bien golpes y lamentos. Se oye de repente un grito agudísimo durante la noche. Los religiosos corren solícitos a la habitación de Pascual. El Santo confuso responde: «estaría soñando» o bien: «me he sentido víctima de extraños dolores».

Y los despide como si nada hubiera pasado; pero a la mañana siguiente, según testimonio de los testigos, vésele en el co-ro con el cuerpo magullado y maltrecho.

Lo único que de sus labios pudo saberse con respecto a tal género de tribulaciones, acerca de las cuales observaba Pascual un riguroso secreto, es lo siguiente:

—Nunca son tan terribles los asaltos... como cuando medito en la Pasión y en el amor de Jesucristo Sacramentado.

Y pronunciadas apenas estas palabras enmudece, como temeroso de haber dicho ya demasiado.

En cuanto hasta aquí llevamos dicho, servía de consuelo a Pascual la solicitud y afecto de los superiores, quienes en las luchas con el demonio le habían ayudado con sus consejos y sostenido con sus exhortaciones. Con todo llega un momento en que hasta esto va a faltarle. En efecto, en 1573 fundaron los superiores un convento de estudios en Valencia. Había necesidad de enviar a él Hermanos legos, y se ponía mucho cuidado en que éstos fuesen escogidos entre los más edificantes. En tales condiciones, eligieron a Pascual.

Estaba allí de Guardián un austero anciano, religioso de rostro marcado por el sufrimiento y de dura mirada. Ya sea por advertencia, o bien por prevención, lo cierto es que dicho superior no tarda en tomar al nuevo subordinado por blanco de su inflexi-

ble rigidez.

Un día le manda sin más ni más en pleno refectorio que salga a decir la culpa. Puesto ya el Santo de rodillas en medio de los admirados religiosos, el Guardián comienza a descargar sobre él todo un torrente de injurias:

—¡Sois un hipócrita y un presuntuoso! ¡Ah! ¡vos creéis estar en posesión de un tesoro! ¡Abrid las manos y contempladlas llenas de cieno! ¡Estad atento!...

Terminada la filípica y en medio de un gran silencio, Pascual se arrastra andando *a gatas* hasta el sitio del superior, estrecha los pies de éste entre sus manos con muestras de respeto y de ternura, y los besa luego una y otra vez...

Poco después siente tocar la campana de la portería y corre a abrir la puerta, en donde permanece bastante tiempo ocupado en atender a los que llamaban.

—¡Ah!, piensa entre tanto un religioso, el pobre fraile está a lo que parece muy confuso por lo sucedido y no tiene valor para volver al refectorio. Sin duda está haciendo tiempo para recuperarse antes de entrar de nuevo.

Y guiado por esta idea se apresura a buscar al Santo.

—Tened paciencia, Fr. Pascual, le dice con dulzura.

—¡Paciencia! ¿por qué causa? responde el Bienaventurado.

—Pues por la injusta reprimenda que recibisteis.

—Estad seguro, Hermano, replica el humilde religioso, que el Espíritu Santo es quien ha hablado por su boca.

En otra ocasión en que tuvo lugar una escena parecida, respondió a los que intentaban consolarle:

—No me han entristecido poco ni mucho las palabras del Padre Guardián. Muy al contrario, me juzgo tan feliz de este modo, que quisiera recibir cada día un tal consuelo. ¡Ojalá Dios le inspire el que así lo haga!

Dichas escenas se repetían con harta frecuencia. Hoy al Guardián le servía de pretexto un vaso roto, mañana un poco de aceite vertido, y un día después otra falta tan fútil

como las anteriores. Cualquier cosa bastaba para mortificar a Fray Pascual con reprobaciones irrazonables.

Y junto a las reprobaciones iban las culpas públicas, las penitencias de todo género, las flagelaciones crueles, las humillaciones, los reproches insultantes y todas las vejaciones posibles, que llovían sin cesar sobre nuestro Santo.

El Guardián, dicen los testimonios, se ensañaba en él con verdadera ferocidad.

No faltaron tampoco religiosos que, alentados a ello por la conducta del superior, tuvieran a gala procurar a Pascual desprecios y disgustos sin cuento. Nunca les faltaban pretextos, pues detrás de estas cosas andaba una mal velada envidia.

Con todo, Pascual nunca se daba por agraviado, y correspondía siempre a todos los desprecios con inequívocas muestras de cariño. En estos casos, alega uno de los testigos, tenía presentes las virtudes que adornaban a sus perseguidores, y con ellas hacía un manto en el que ocultaba todos sus defectos.

—Por lo que a mí toca, decía Pascual, conozco que no tengo de religioso más que el hábito. He delinquido y me he hecho digno, por tanto, de los últimos castigos. Venguen en mí las criaturas los ultrajes que yo hice al Criador, que con esto me darán una prueba más de que me aprecian.

Así como las medallas brillan tanto más cuanto más se frotan, así logra Pascual adquirir un nuevo lustre por medio de la persecución y del sufrimiento.

El Provincial, Pedro de Sena, llega al fin a tener noticias de todo lo que pasa, y en consecuencia Pascual es obligado a acudir a la presencia del superior. Éste desea saber las cosas de los propios labios del Santo; pero Fray Pascual no le da de ninguno la menor queja.

—En vista de lo que sucede, decide el Provincial, juzgo que no es conveniente para vos regresar a ese convento. Vuestra vida es allá demasia-

do incómoda. ¿Queréis que os envíe a otro convento?

—¡Ah, Padre mío! responde el Santo como avergonzado, no hay necesidad de que sepáis para ello mi voluntad; yo estoy para todo en manos de la obediencia. ¡Haga vuestra caridad lo que mejor le parezca! Para mí es igual continuar allí o ir a otra parte.

—Pero ¿y vuestro Guardián?, dice, interrumpiéndole el Provincial.

—No, responde con convicción el Bienaventurado; yo sé por experiencia que nada se gana con cambiar de superiores. A un Guardián difícil de sobrellevar sucede otro más llevadero, en tanto que si uno busca cambiar de puesto, suele ir con frecuencia de mal en peor.

Y Pascual sigue en Valencia por espacio de tres años, ocupado, como antes, en los oficios de la portería y del refectorio. Su género de vida continúa siendo el mismo de antes, de la única diferencia de que, a partir de este suceso, acostumbra pasar más largas horas en oración ante el Santísimo Sacramento.

Historia de una vocación

Era por los años de 1575. El P. Francisco Ximénez era por entonces Provincial y estaba al frente de los conventos alcantarinos del reino de Valencia.

Asuntos de familia le habían llamado a Jerez de la Frontera, donde había nacido.

Un hermano de Ximénez, residente en el Perú, no escribía de algún tiempo atrás, y su cuñada vivía cargada de muchos hijos y víctima de dificultades de todo género.

Pues bien, a raíz de la partida de Ximénez sobrevinieron en la Provincia muchos asuntos de importancia, y el superior que ocupaba accidentalmente su puesto carecía de atribuciones para resolverlas, debiendo por lo mismo atenderse en todo a las órdenes del Provincial.

En tal estado de cosas, el superior comisiona al Siervo de Dios para poner a Ximénez al corriente de todo. Pascual obedece sin poner dificultades, y hace el viaje según su costumbre, a pie y descalzo, mendigando de puerta en puerta el alimento y pasando la noche a cielo abierto.

A su regreso trae en su compañía al pequeño sobrino del Provincial, llamado Juan Ximénez, que fue después religioso franciscano y biógrafo del Santo. Los dos hicieron juntos un viaje de cien leguas, viaje del que tenemos la noticia siguiente debida al mismo Juan.

«Tenía yo, a la sazón, nos dice, como unos catorce años, y solía frecuentar el convento de Jerez. Los religiosos me trataban con tanta amabilidad, que hasta llegaban a permitirme asistir al coro y cantar con ellos.

«Cierta día en que me hallaba en el Oficio de Tercia, vi entrar en la iglesia, en el momento en que iba a darse principio a la Misa, a un hombre vestido con remendada túnica, pero tan estrecha, que más bien que túnica parecía un saco. No llevaba ni sandalias, ni manto. Después de signarse devotamente, vino a arrodillarse a un rincón del coro, besó la tierra, unió las manos y se abismó en la oración.

«Un religioso le invita a ocupar una de las sillas y él accede y se porta durante toda la ceremonia con tal piedad y recogimiento, que yo, a despecho de mi edad poco dispuesta a admirar tales espectáculos, me sentí profundamente emocionado. Era este tal el Siervo de Dios a quien yo veía entonces por vez primera. La impresión que me produjo no puede nunca borrarse en mi memoria.

«Una vez terminada la Misa, entra en el convento, habla con mi tío, y sale luego a visitar a algunos bienhechores que deseaban hablarle y que le habían sido indicados por el superior. Entre otros fue también a visitarnos a nosotros, en cuya casa se habían ya engrandecido y celebrado más de una vez sus virtudes, puesto que mi tío lo tenía en mucho aprecio y solía hacer de él grandes elogios.

«Y de hecho, él hablaba con tanta modestia y circunspección, y parecía tan bueno y tan amable, que yo, fascinado, no podía apartar de él mis ojos. De súbito el varón de Dios clava en mí una mirada escrutadora, y dice, volviéndose a mi madre:

—Entregadme este muchacho por el amor de Jesús y de San Francisco.

«Estas palabras fueron derechas a lacerar el corazón de mi pobre madre. ¡Ah! yo era su primogénito; ella tenía puestas en mí sus esperanzas para el porvenir. La familia se opondría a ello. Yo no estaba en disposición de hacer los estudios; era aún muy joven para pensar en tal cosa. Y además ¡debía marchar tan lejos!... No, mi madre no podía consentirlo en manera alguna.

«Con todo, el Bienaventurado orilla con tanta habilidad todas estas dificultades, que al fin mi madre exclama con voz entrecortada por los sollozos:

—Llevadlo, puesto que tal es la voluntad de Dios, pero que no sepa nada la familia, porque lo impediría a todo trance...

«Pascual, a su vez, promete velar siempre por mí:

—Yo le atenderé, dice, con la solicitud de una madre.

«Y esta promesa no fue en sus labios una promesa vacía de sentido. Tendido en su lecho de muerte y entre los estertores de la agonía, quiere que los presentes me atestigüen lo bien que él había satisfecho esta deuda. Por otra parte, todos los episodios desarrollados durante nuestro viaje bastan para demostrarlo bien a las claras».

Juan Ximénez, a su vez, no se mostraba disgustado por la partida. La perspectiva de un largo viaje tenía para él sus atractivos, el guía era de su agrado, y dada su edad, no se preocupaba lo más mínimo por lo que el porvenir pudiera traerle.

Montaba Ximénez una pequeña mula an-

daluz, muy robusta y briosa, que, a pesar de los esfuerzos del jinete, trotaba de continuo, formando con los cascabeles que la adornaban un sonido muy agradable para el muchacho. Así que Pascual, para no perder de vista a su protegido, no tenía más remedio que seguir la marcha del bruto; y esto muchas veces por caminos sembrados de piedrecitas y en forma de pendiente, bajo el peso del cansancio y de los ardores del sol... En resumen, el viaje era para nuestro Santo un sacrificio continuo.

Juan, adivinando la fatiga del Religioso, se empeña en hacerle subir a la cabalgadura:

—Hermano, le dice, vayamos a caballo, tú un poco y yo otro poco.

—No, no, mi pequeño, responde el Santo, déjate estar, que yo voy a pie mucho mejor.

«Todas cuantas instancias le hice, escribe Ximénez, fueron inútiles. Lo único que conseguí de él, contra mi deseo, fue que se quitara el manto, que le habían dado en Jerez, y que se sirviera de él para hacerme un asiento...

La madre de Ximenez había proporcionado a su hijo dinero y provisiones para el viaje, pero Pascual no consintió en que el niño le pagara cosa alguna. Mendigaba su pan y se resistía a gustar las provisiones de su acompañante. Hubo, sin embargo, una excepción: Juan arrojó al camino, como inservible, parte de su vianda, aquella que, gastada por el calor, se hallaba en mal estado. El Bienaventurado se apresuró a recogerla, y con ella se alimentó durante algunos días.

«Caminábamos de ordinario a un mismo paso, pero algún tanto separados. Pascual ocupaba el tiempo en rezar o en cantar gozos al Santísimo Sacramento. Sus cantos y su voz me causaban agrado, y yo le hacía repetir los que me parecían más hermosos, sin que nunca el Santo se negara a mis súplicas. De vez en cuando se aproximaba a mí, e inspeccionaba los aparejos:

—¿Vas bien así, mi querido Juan? ¿Sientes cansancio? me decía. Vamos, ten ánimo, que descan-

sarás dentro de poco. ¿No ves? Estamos ya cerca de una posada.

«¡Las posadas! Los famosos albergues. Suelen estar rodeados por un huerto, en el que crecen al pie de los árboles los dorados melones y las rojas sandías. En el centro está la noria, recuerdo del tiempo de los moros, con su vieja rueda de sacar agua, puesta en movimiento por un mulo. El albergue es un cobertizo sostenido por pilares de piedra: a lo largo de las paredes toda una hilera de caballos, jumentos y mulos; junto a la puerta carretas y fardos. En el fondo, en una sala oscura, llamea el fuego de la hospitalidad. A la luz de este fuego se cocina, se come, se fuma, se canta, se discute, se grita y, a ser posible, se duerme.

«Cada uno se acomoda por la noche lo mejor que puede. Éste se encarama sobre un carro, el otro tiende su capa y se acuesta encima de ella, y el de más allá se arrolla en una manta y se tira en un rincón a la buena de Dios. Sería demasiado pretender mayores comodidades en una posada.

«Pascual escoge un rincón para mí e improvisa una camilla, lo menos dura posible, poniendo en ello todos los recursos de su habilidad. Luego me cubre con su manto y queda de guarda a mi lado hasta que se persuade de que estoy dormido. Al oírme roncar, se aleja.

«Yo tuve curiosidad por saber qué es lo que iba a hacer a aquellas horas, y, restregándome los ojos, le vi separarse a corta distancia, arrodillarse como en el coro de Jerez y orar... ¡Dios mío, por cuanto tiempo! ... Y lo que hacía entonces, lo hacía siempre, lo mismo en las posadas que en las granjas: orar por espacio de muchas horas y dormir lo menos posible.

«A veces el exceso del calor nos obligaba a caminar de noche. Entonces Pascual no se separaba de mí un momento, me hablaba de muchas cosas buenas y desvanecía mis aprensiones.

«Cuando tropieza en el camino con algún viajero, esfuerzase por colmarlo de favores. Cierto día hallamos a un hidalgo quien nos refiere toda una historia de bandidos, que me es muy interesante y que aquél relata con gran prolijidad de detalles. El Santo tomó pie en el percance para recomendarle la devoción a la Santísima Virgen y la necesidad de vivir santamente. Y habló con tal convicción, que yo me sentí cambiado en otro hombre, y formé propósitos de hacer una confesión general de toda mi vida,

«Otro día tocó la suerte a un pobre joven quien, con los vestidos hechos girones, el rostro cubierto de lágrimas y el cuerpo lleno de mordeduras de perros, se acercó a pedirnos limosna. Su porte daba a conocer bien a las claras que no había nacido en la miseria, y después he llegado a saber que pertenecía a una de las principales familias.

«Dicho joven había abandonado, en un momento de obcecación, el hogar paterno, a fin de poder así entregarse más libremente a los placeres. Luego nos refirió sus amarguras, su miseria, su cruel infortunio... ¡toda una historia tan larga y tan triste!... Pascual lo consoló y le habló con inefable bondad, animándolo a que volviera al lado de su padre, a que le pidiera perdón por su pasada conducta, y a que se portara en adelante como buen hijo y buen cristiano. A medida que hablaba el Santo, el pobre joven sentía renacer en su ánimo la esperanza.

«Un compañero de viaje, que era Hermano coadjutor de la Compañía de Jesús, unióse entonces a nosotros y principió, a su vez, a hablar al hijo pródigo. Este, al fin, se dejó convencer y prometió regresar a la casa paterna. ¡Había sufrido ya tanto! ...

«Más tarde tuve noticia de que el joven había seguido las exhortaciones de ambos, y que su situación era ya muy diversa. Él mismo vino en persona a Valencia, para dar las gracias a sus caritativos consejeros. Pascual no habitaba ya allí: así que el joven sólo pudo hablar con el Hermano jesuita, el cual se apresuró a comunicar al Santo las buenas noticias de la conversión de su protegido.

«Así atravesamos toda Andalucía, en la que van alternando con las rientes colinas, ligeramente ondulantes y cubiertas de olivares, las polvorientas llanuras y las sedientas torrenteras.

«Granada aparece a nuestros ojos. En el horizonte se columbran los picos dorados de Sierra Nevada. Sobre un fondo que se asemeja a un mar de verdura, surge una masa compacta de torres y cúpulas deslumbrantes a la luz del sol, en medio de blancos muros, perforados por ventanas ojivales. Se dice por allá: “cuando Dios quiere bien a alguno, lo lleva a vivir a Granada”.

«A la entrada de la larga avenida de los álamos, se ve una capilla edificada por Fernando el Católico, que trae a la memoria el 2 de enero de 1492. En dicho día, el Cardenal Pedro de Mendoza, colocado al frente de los asaltantes, clavaba a las

tres de la tarde el signo de la Cruz en la más alta de las torres de la Alhambra. Con esto dábase por conquistado el último refugio de los moros, y por asegurado en España el principio de la unidad católica. Aun hoy día suele acudir a la susodicha capilla para rezar ciertas plegarias indulgenciadas y para decir por la mañana, cual lo hace todo cristiano, la oración de la cruzada.

«Nosotros pudimos hacer nuestras devociones ante el sepulcro de los mártires franciscanos Juan de Cetina y Pedro de Dueñas, martirizados tiempo hace por Mahomed-a-Bembalua, y visitar la antigua fortaleza de los sarracenos, transformada en convento de los Frailes Menores. Pascual, en esta ocasión, me dijo que procurara hacerme con un libro escrito por fray Luis de Granada, que se llama: *La Guía de Pecadores*.

—Léelo, mi pequeño, agregé, pues es muy hermoso y te será de provecho.

«No bien salimos del convento, nos hallamos con un alguacil, que interceptándonos el paso y tomando al Santo por un vagabundo, lo colma de insultos y hace ademán de arrestarlo.

—Pero, si es un religioso... ¡un religioso tan bueno!, grité yo entonces. Examina, al menos, sus papeles.

«El desconfiado oficial lee detenidamente la obediencia de los superiores de la Orden, que era el pasaporte del Santo, se la devuelve sin decir palabra y se aleja al momento. A todo esto Pascual continuaba sonriendo con dulzura, sin que dejara salir de sus labios una sola queja o injuria. Esta actitud me impresionó vivamente.

«En otra ocasión, luego que salimos de Huéscar, se halló el Santo tan violentamente indispuesto, que se creyó a punto de irse al otro mundo. Pero implacable siempre consigo mismo, prosiguió a pesar de ello caminando y haciendo esfuerzos por disimular sus dolores... ¡De qué diverso modo obra-ba yo cuando era yo el que sufría!

«Nos hallábamos una vez distantes de Calasparra como unas cuatro leguas. Hacía un calor tórrido; las hojas se desprendían marchitas de las ramas; los pájaros volaban a flor de tierra y se agazapaban, con la cabeza bajo el ala, en los huecos de los árboles y de las rocas, y el terrible solazo nos hería de lado. Alrededor de nosotros dilatábase la llanura desierta y gris barrida con furia por el huracán. Yo creía que me asfixiaba: mi garganta parecía de fuego. Entonces exclamé:

—¡Agua, agua! ¡Me muero!...

«El buen Hermano, sin cuidarse para nada de su propio cansancio, corre a derecha e izquierda, en busca de un poco de agua... ¡Todo inútil!

—Animo, muchacho, me dice, que yo daré con ella. Ten paciencia, que pronto será tu sed satisfecha...

«Al fin logra descubrir algunos juncos.

—Másticalos, me dice; de este modo desaparecerá tu sed.

«Yo obedecí. Ayudado y sostenido por él, pude llegar junto a un arroyuelo.

—Come antes un bocado de pan, y después beberás, porque si no, puede hacerte daño.

«Poco después llegábamos a la población. Al día siguiente por la mañana nos dirigimos hacia Jumilla. Desgraciadamente nos desorientamos en la marcha, y nos encontramos de pronto frente a un foso muy largo y lleno de agua enlodada. Pascual tuvo que pasar el foso por encima de un tronco medio podrido. En el momento en que llegaba al medio, el tronco y él se cayeron al foso, dando volteretas. Tan cómica fue esta escena, que yo solté una estrepitosa carcajada... El Santo entonces, sin acordarse de reñirme, se limpia y enjuga lo mejor que puede, y celebra en tanto con chistes su poca suerte.

«Algún tiempo más tarde subíamos a pie por la cuesta que conduce al convento. Esta cuesta era tan pendiente que parecía estar cortada a pico, y yo no tenía ya fuerzas para proseguir adelante.

—Vamos, mi pequeño, yo te llevaré sobre mis espaldas, exclamó Pascual de improviso.

. «Pero yo tuve vergüenza de mí mismo y respondí:

—No, no, iré por mis pies.

«Y cogido al brazo del Santo llegué a la cumbre.

«Así, pues, Pascual se portó conmigo como una verdadera madre, pensando a todo, rodeándome de cuantas facilidades pueden imaginarse, y favoreciéndome con su cariñoso trato. Se comprende, desde luego, que no es posible lleguen nunca a borrarse de mi memoria tan gratos recuerdos. A él debo yo la gracia de haber llegado a ser religioso».

11

A través de Francia

El Capítulo de la Orden celebrado en Roma en 1571 había elegido para el cargo de Ministro General al P. Cristóbal de Cheffontaines. En ese tiempo Francia estaba en situación de revuelta, y el nuevo General consigue llegar a París en 1576.

El Provincial de Valencia, por su parte, necesitaba enviar al P. Cristóbal cartas de importancia. Pero ¿cómo hacerlo, en el estado en que se hallaba Francia? El país, sobre todo en el centro y en el norte, era víctima de las guerras de religión. Habían sido violados los sepulcros, destruidas las iglesias, dispersadas las reliquias, profanadas las Hostias, y asesinados muchos sacerdotes y seglares. Más de doscientos franciscanos habían perecido en las revueltas. Así, pues, un religioso que atravesara Francia se exponía a una muerte probable.

Con todo, el envío de las cartas no podía retardarse. Ante un tal estado de cosas, Juan de Moya, guardián del convento de Almansa, llama a su presencia al Bienaventurado.

—Fray Pascual, le dice, es necesario que estas cartas lleguen a manos de nuestro Padre General, que se encuentra en París. Pero para llevárselas hay que atravesar un país infestado por los hugonotes. Muchos de nuestros Hermanos han sucumbido ya víctimas de su furor... ¿Os encontráis con fuerzas para abordar esta empresa?

El Santo oye con recogimiento la voz del superior y con toda alegría responde:

—Iré, con el mérito de la santa obediencia.

Pascual acaba de entrever allá, a lo lejos, la corona del martirio. Y como anteriormente había salido para Jerez, sale de nuevo ahora sin otro equipaje, al decir de los antiguos relatos, que «su abnegación y su pobreza».

Larga es la ruta que ha de andar Pascual hasta llegar a los Pirineos; pero no importa, pues aún camina por país amigo. La rica y fértil Cataluña no niega al pobre de Dios un pedazo de pan con que alimentarse cada día. Pero a medida que sale de España, el aspecto del país va siendo diverso. Se suceden las grandes montañas, y se abren a sus pies las negras gargantas y el sordo murmullo de los torrentes. El Santo debió pasar por el puerto del Oo que faldea el Monte Maldito, y luego se dirige por el sur de Bagnères de Luchon para llegar a Tolosa. Extenuado por el cansancio, llama a la puerta del gran convento franciscano de Tolosa y solicita se le conceda hospitalidad. Allí se le recibe como a un hermano. El Santo declara el objeto de su viaje, y los religiosos se quedan asustados.

—¿Pero es que no conoce vuestro superior los peligros del viaje?... Aquí mismo, dentro de la ciudad, los calvinistas han saqueado muchas casas. Millares de hombres han sucumbido combatiendo con los herejes. Partidas armadas recorren el país, llevándolo todo a sangre y fuego. Predicadores y sínodos legalizan estas violencias, y la autoridad real concede amnistía a los culpables. Todo el territorio, desde aquí hasta París, arde en el fuego de la hostilidad y de la persecución.

Los franciscanos de Tolosa deliberan largo tiempo sobre si les será lícito consentir que el Santo prosiga su viaje. Los pareceres son contrarios y nada se resuelve. Al fin, se halla una solución: Pascual irá a París, puesto que así lo quiere a toda costa, pero a condición de que vaya disfrazado. Pascual rechaza una tal propuesta, y prosigue su viaje en la misma forma en que lo ha principiado. Piensa conseguir la palma del martirio, y cree que así llegará a ver realizado más fácilmente su ideal.

Cruza las pequeñas poblaciones y atrae sobre sí las miradas curiosas de los habitantes. Los muchachos le hacen escolta, y no faltan quienes le toman por un pobre demente al ver su porte afable y resignado, su vestido humilde y sus pies desnudos. En otras partes es recibido a gritos y saludado con salvas de pedradas. En algunas se vocifera contra el *papista*, que logra evadirse, no sin dificultad, a las iras del populacho.

Pascual, al llegar a Orleans, se ve rodeado por una turba de hugonotes:

—¿Crees tú, le gritan, que Cristo se halla realmente en la Hostia de los sacerdotes papistas?

—Sí, lo creo con toda mi alma.

—¡Insensato! le gritan.

Y arrojan sobre él toda la granizada de objeciones sofisticas que estaban entonces de moda contra de la presencia real de Jesús en el Sacramento. El Santo, iluminado por el Altísimo y valiéndose del poco francés que había aprendido durante el viaje, responde a sus sarcasmos con una vigorosa profesión de fe.

¿No había dicho el Salvador a sus discípulos: «cuando os halléis en presencia de vuestros verdugos, el Espíritu Santo hablará por vuestra boca y Yo os daré una sabiduría a la cual nadie podrá contradecir?»... Los reformados se vieron confundidos con el discurso del pobre fraile. Pero no por eso desisten de sus propósitos y se arrojan contra Pascual.

—¡Ah, canalla de español, que quieres darnos lecciones, ahora vas a morir a pedradas como un perro!

En medio de brutales blasfemias, lanzan sobre él una lluvia de piedras. El Santo, acometido por todas partes, se desploma en tierra bañado en su propia sangre. Su caída es celebrada con carcajadas de odio y gritos estruendosos de victoria:

—¡He ahí uno que enmudece para siempre!

Y, dándole por muerto, los asesinos se

alejan. Poco después vuelve en sí el Santo. El dolor atenaza y tortura todos los miembros de su cuerpo. Sus espaldas, sobre todo, están destrozadas, y la herida que se ve en ellas no dejará ya de proporcionarle dolores durante el resto de su vida. «Es una fineza que recibí en Orleans», solía decir después alegremente.

En estado tan lastimoso, el pobre fraile se arrastra como puede hasta una próxima vivienda. Llama a la puerta y ve comparecer ante sí a una buena mujer.

—¡Ah, mi Reverendo, cómo os han puesto! gimíó ésta, apresurándose a atenderle con esmero y a mitigar sus dolores.

—¡Ah, qué buenos católicos hay en aquel país! ¡Qué corazones tan generosos! exclamaba el Santo al describir de regreso a la patria su viaje por Francia.

Por lo demás era Pascual extremadamente reservado, y ni aun hoy conoceríamos los pocos datos que sabemos de este viaje, si el Santo no se hubiera visto obligado a manifestarlos, cediendo a las reiteradas instancias de Juan de Moya.

Otro día, obligado el Siervo de Dios por el hambre, se decide a llamar a las puertas de un vecino palacio, coronado por torrecillas y enclavado en el centro de un espléndido parque. Los domésticos le permiten la entrada y avisan a su señor. Dicho señor, que era calvinista y enemigo jurado de los católicos, se hallaba entonces comiendo con los suyos. Cuando vió a Pascual, pálido y maltrecho, y puso los ojos en su miserable sayal, le gritó:

—¡Vive Dios, bien se ve que eres un espía español; así que pagarás cara tu audacia! ¡Verás qué limosna vamos a darte! ¡Ten un poco de paciencia! ... Ante todo debo atender a mi salud. Pero luego, añadió con brutal regocijo, atenderé a la tuya. Después de comer serás ahorcado.

Pascual se reconcentra en sí mismo, pone su suerte en manos de Dios y se dispone a morir... El calvinista, por su parte,

no acaba nunca de concluir la comida, deseoso de prolongar la agonía del pobre fraile, que sigue mudo e inmóvil en presencia del malvado.

Mientras tanto, la señora de la casa, de corazón compasivo, no puede ver por más tiempo este juego bárbaro. Y aprovechándose del estado de embriaguez de su marido, se ingenia para poner a Pascual fuera del alcance de sus iras. Los criados, obedeciendo sus órdenes, lo conducen afuera. Se ve privado así, una vez más, de la corona del martirio.

En otra ocasión fue rodeado por el revuelto populacho. Trataba éste de jugarle una mala partida, cuando aparece de improviso un hombre y lo libra de manos de sus agresores. Su libertador lo encierra en una cuadra de cerdos, coreado por los aplausos de la multitud. Abandonado así en prisión tan infecta, Pascual espera la muerte de un momento a otro... Llega con esto el alba y al propio tiempo su extraño libertador, quien le entrega un pedazo de pan y le dice con tono áspero:

—Huid cuanto antes y no volváis a aparecer por estas tierras.

En otra ocasión, una mujer de calidad se esfuerza por convertirle. Para ello echa mano ante todo de los favores; luego desciende a las lisonjas, y dice al Santo:

—Creedme, no hay mejor cosa que el que os hagáis reformado como yo me he hecho.

Al oír esto el Siervo de Dios estalla en indignación:

—¡Reformado yo! Pero ¿no veis que soy religioso de San Francisco de Asís?...»

Y dichas estas palabras se da a la fuga.

Añadamos a estos relatos un último episodio que agrega Ximénez, como referido por el mismo Santo.

Caminaba Pascual con su acostumbrada recogimiento en la oración, cuando cierto

caballero se detiene delante de él, con la lanza colocada en actitud de acometerle.

—¡Monje! le dice, ¿Dios está en el cielo?»

El fraile responde sin vacilaciones:

—Sí, está en el cielo».

El caballero, al oír esta respuesta, vuelve grupas y parte al galope.

Pascual, desconcertado, queda envuelto en confusiones... Luego se siente iluminado por una idea:

—¡Ay! lamenta, ¡ahora comprendo! Yo debiera de haber añadido: “y en el Santísimo Sacramento del altar”. ¡Entonces me hubiera atravesado con su lanza y yo sería mártir, por haber muerto en defensa del Sacramento del amor! ... ¡Infeliz de mí, que no me he hecho digno de una tal gracia!

Y se pone a llorar abundantes lágrimas...

Pascual, a su salida para París, tenía los cabellos negros, y cuando regresa al convento los tiene ya blancos. ¡Ha envejecido en pocos meses!

12

Prolongado martirio

Cuando uno se busca a sí mismo, por eso solo se aparta de la senda del amor divino (*Imitación de Cristo*)

Ya que los hombres no han proporcionado a Pascual el martirio, él mismo se ingeniara en dárselo a sí mismo. Convirtiendo su corazón en juez, se dedicará a mortificar su cuerpo, ya subyugado, con crueldad implacable.

La observancia de la vida común podrá hacerle sufrir, pero él sujetará a ella todas

sus acciones, a fin de no quebrantarla, negándose al alivio de toda dispensa.

Pascual se veía obligado a cada instante a salir de la meditación para acudir a la portería, reclamado por su oficio. En atención a esto, el Guardián llama a nuestro Santo, y le dice:

—Hermano, os dispense de hacer la meditación en el coro. De hoy en adelante oraréis en la portería; esto basta.

Pascual se postra a los pies del superior, y le dice:

—¡Tenga vuestra caridad compasión de mí! Mientras permanezco en la portería no estoy en comunidad. Os ruego que no me privéis de orar con los demás frailes.

El Guardián no insiste, y nuestro Santo, siempre que llaman a la puerta, sale del coro sobre las puntas de los pies y entra luego del mismo modo, a fin de no turbar el recogimiento de los otros. No bien se arrodilla suena otra vez la campanilla. Pascual vuelve a bajar de nuevo, interrumpiendo así sus diálogos con el Señor.

La enfermedad arruinaba su organismo, la fiebre lo consumía, grandes dolores atormentaban su cuerpo. A pesar de todo, el Santo iba a los actos de comunidad, vacilante, apoyándose en las paredes, deteniéndose a cada paso para tomar aliento o incluso a gatas, cuando de otro modo no le era posible. Y si algunos, compadeciéndose de él, intentaban prestarle ayuda, les decía:

—¡Ah, no, hermanos míos! Permitidme por gracia que sufra algo por mi Dios.

Pero era realmente tan lastimoso el espectáculo que ofrecía el Siervo del Señor al arrastrarse hacia el coro... Se le conduce, por fin, a la enfermería; y enfermo y todo como está, observa en lo que le es dado el horario de la vida común, y aun desde su lecho asiste en espíritu a todos los ejercicios de comunidad.

Su celda era la peor de todas. Durante mucho tiempo no tuvo otra que una cavidad del campanario de Almansa, cavidad estrecha en la que no había ni puerta ni ventana. Tenía una tabla por lecho, por coberturas unos trapos despreciables, y junto a esa pobreza solamente un crucifijo, una pequeña imagen de la Santísima Virgen, un tinte-ro, una pluma y algún trozo de papel. Tales eran los objetos que adornaban su habitación.

—La superfluidad de cosas en la celda, solía decir, sirve de impedimento al espíritu para dirigirse hacia Dios.

Su sayal era un saco estrecho, cubierto de remiendos diferentes, cosidos al efecto con pedazos de hilo. Si se le hacía alguna observación sobre el corte poco gracioso de esta indumentaria de arlequín, replicaba sonriendo:

—¿Qué le vamos a hacer? ¡Tengo una configuración tan poco garbosa!

—Sigamos la moda de la pobreza, respondió cierto día a su Guardián, el cual se empeñaba en darle un nuevo hábito. Estoy muy contento con el viejo.

Sus vestidos interiores habían cambiado enteramente de aspecto gracias a sus muchos remiendos, que les daban variedad y consistencia. Venían a hacer de ellos una verdadera armadura. Los lavaba semanalmente muy de mañana y los recogía inmediatamente, para no arriesgarse a perder el mérito de su mortificación, dejando que se secasen en lugar público.

Habiendo sufrido una herida en uno de los pies, fue obligado por el superior a llevar sandalias. El Santo se limitó a ponerse una en el pie enfermo.

—Pero ¿y el otro?

—El otro goza de buena salud, y no conviene medir por un mismo nivel a los sanos y a los enfermos.

Tal era su extrema pobreza, en la que solo admitía una excepción, y ésta era cuando

se preparaba la iglesia para la exposición solemne del Santísimo.

—Hay que hermosearla lo mejor posible, repetía Pascual.

—No tenemos velas, objeta el Guardián, y el Hermano cuestador califica de exagerada toda providencia a este objeto, porque, a su juicio, está en oposición con la pobreza.

—Pues dejadme obrar a mí, insiste el Santo. Yo iré a pedir limosna y diré: “Dadme alguna cosa: es para honrar a Jesús Sacramentado”. Veréis como nadie me niega su óbolo.

Pero qué diversa es su conducta cuando se trata de mendigar para sí mismo. Estando de viaje se contenta con poquísimo. Y dentro del convento juzga cosa exquisita lo que los otros ni hubieran querido probar. El pan duro, las frutas averiadas, los restos sobrantes de la víspera, o bien lo que dejaban de comer los pobres, eran de ordinario su alimento. Se sirve de una servilleta vieja, a la que acompaña un cubierto roto y un vasito inservible.

Un día el Guardián obsequia a este incansable ayunador con un plato de pescado fresco. Los religiosos que están en el refectorio se avisan sonriendo unos a otros, y se vuelven hacia el Santo todas las miradas. Llega, en tanto, el servidor con el obsequio, y le dice ceremoniosamente:

—Fray Pascual, de parte del Padre Guardián.

El Santo se pone a comerlo con muestras de regocijo.

—Pero ¿y vuestro ayuno?, objeta el servidor.

—Mi devoción privada, responde Pascual, no pone límites a la obediencia. Y prosigue comiendo el pescado.

El Santo, por lo demás, se valía de mil ingeniosidades para hacer pasar inadvertidas sus mortificaciones. Cuando estaba a la mesa dejaba que las legumbres se enfriasen antes de gustarlas. Si por orden de los superiores se veía constreñido a tomar la vianda, empleaba el tiempo en partirla

con toda pausa, y poniendo aparte los huesos, hacía creer que se había comido lo demás. En realidad la parte mejor y más considerable iba siempre destinada a los pobres.

En cuanto al ayuno, ni los trabajos más rudos ni las más grandes molestias del viaje, no parecieron nunca a sus ojos motivo suficiente para dispensarse de él. Y si alguien osaba hacerle alusiones sobre el particular, el Santo se contentaba con responderle:

—Observad la Regla, que ella os salvará.

Oculto bajo la túnica y disimulándolo lo más posible, llevaba siempre sobre la piel algún instrumento de penitencia, que solía consistir en una gruesa cadena ajustada a la cintura, o en un áspero cilicio, o en una especie de camisa de tela grosera, erizada de puntas de agujas y de clavos, o bien en dos placas de hierro unidas entre sí por juncos espinosos, en forma de escapulario. Tampoco en ciertas ocasiones se privaba de brazaletes mortificantes o de cadenas y disciplinas.

Después de la muerte del Santo se descubrió en su celda todo un arsenal de estos objetos, que podrían servir muy bien para comprobar la exactitud de aquellas palabras de la Bula de Inocencio XII, *Rationi congruit*:

«Ha marchado durante todo el tiempo de su vida por el áspero y penoso camino de la penitencia, y se ha esforzado en arrebatar con santa violencia el reino de los cielos».

Su cuerpo, verdaderamente, estaba reducido a servidumbre. A este extremo había venido llevado por la violencia del amor divino, que aumentaba en su corazón a medida que iban pasando los días de su existencia.

Y es que mal puede vivirse con vida de amor, sin vivir al propio tiempo con vida de dolor.

El corazón de un Santo

El prójimo es el medio que Dios nos ha dado para poder apreciar el amor que a Dios tenemos (Santa Catalina de Sena).

Nadie puede amar tanto a los hombres como los santos, porque nadie hay que ame a Dios en la medida en que ellos lo aman. Y no deja de ser realmente maravilloso el que los santos, no obstante tratarse con tanto rigor a sí mismos, agoten los recursos de su inmensa caridad siempre que se trata de servir a los prójimos.

San Pascual, que amaba a Dios como a Padre suyo, no podía tener para con sus semejantes otro corazón que el de una madre.

«Siempre que lo veíamos triste, alega Ximénez, nos decíamos a nosotros mismos: no hay duda que Pascual acaba de oír de labios de cualquier infeliz la relación de las desdichas de que es víctima».

¡Y son tantos los infortunios que nos afligen en este valle de lágrimas! ¡Hay en él tantas penas que combatir, tantas heridas que curar, tantos obstáculos que remover!

«¡Pobres hermanos míos!, se lamentaba Pascual al verse ante algunos religiosos enfermos—el régimen conventual es demasiado penoso para ellos». Y en seguida: «venid, les decía al oído, acompañando sus palabras con una sonrisa, venid al refectorio», y les indicaba luego una hora a propósito.

Aun en tiempo de ayuno riguroso llevaba su afecto por los frailes enfermos hasta el extremo de prepararles discretamente en

algún rincón de la cocina una ligera colación. Luego, pretextando alguna ocupación urgente, los dejaba solos sin en-tretenerse a cerrar la puerta del refectorio... Porque ¿qué ganaba con hacerles salir los colores al rostro, publicando así su debilidad corpórea, como si ésta no les hiciera ya sufrir bastante por sí misma?

«Predicaba yo la Cuaresma, nos dice Ximénez, en tiempo en que Pascual era refitolero. Cierta día en que me vió pasar cerca del refectorio llegóse a mí y me estuvo cariñosamente. “¡Cuánto os fatigáis!” exclamó, “es preciso atenderos; se-guidme, que tengo reservado algo para vos”; y me ofrece un panecillo blanco, diciéndome insistentemente y casi con voz suplicante: “Tomadlo, que bien merecido lo tenéis por vuestros trabajos”».

Si veía a cualquier religioso atareado con alguna penosa ocupación, le decía sonriendo: «permitidme que os ayude»; y quitándole la azada de las manos se ponía a trabajar con ahínco en tanto sus deberes no le llamaban a otra parte.

Estando en medio de los pobres parecía hallarse como en su elemento. «Ellos, aseguraba, me recuerdan la vida de otro tiempo». Diríase que no podía vivir sin su compañía. En cierta ocasión, hablaba el Santo con un amigo suyo, al cual exponía la pena que sentía a causa de haber sido cambiado de convento:

«Hacéos cargo que, estando aquí nosotros muy separados del camino ordinario, apenas si nos es dado recibir visitas de pobres. ¡Vienen aquí tan pocas veces!»

Pero no tardó felizmente el Santo en hallarse otra vez en medio de estos sus amigos. Entonces, desde muy de mañana no parecía preocuparse más que por ellos. Era preciso alimentarlos a todos, y su número, por lo demás, iba aumentando de día en día. Les pasaba aviso cuando los encontraba en los caminos, así que nunca le faltaban clientes.

«¡Vamos, Fr. Juan, apresurémonos a preparar la sopa, y que Dios nos ayude! Ya lo veis, nada ha

sobrado hoy de la comida. ¡Ah! tal vez no ha bastado a los religiosos lo que les hemos guisado, porque la limosna de ayer fue muy escasa... Pongamos pronto la marmita al fuego».

Y a medida que hierva el agua, va el Santo arrojando dentro de la marmita migas de pan, un puñado de sal, un tantico de aceite... «¿Para qué sirve tan poca cosa?», le dice confuso el cocinero.

«¿No hemos hecho cuanto estaba de nuestra parte?», replica Pascual. Ahora toca a Dios hacer el resto». Y la sopa, al decir de un testigo, resultó aquel día sumamente apetitosa.

Tal era Pascual cuando estaban de por medio los pobres, aun siendo tan riguroso para consigo mismo. A ellos iba a dar siempre cuanto caía en sus manos. Un día el Santo se dirigió al limosnero, y le dijo:

«Tened la bondad de ir al pueblo a mendigar pan con destino a los religiosos, pues no hay bastante para el mediodía».

Causaron extrañeza al interlocutor estas palabras, ya que el día anterior había traído provisión abundante. Así que respondió:

«Tal vez sea cierto que habéis distribuido cuanto teníais. Con todo, bueno será que vayamos a mirar antes».

Y llevando tras de sí al Santo, registra por todas partes y da al fin con un canasto lleno de panes y puesto aparte para los pobres. Lleno entonces de indignación carga con el cesto, lleva a remolque al Siervo de Dios, y se dirige a la presencia del Superior.

«Ved, le dijo fuera de sí, ved lo que está haciendo Pascual. Cuanto nosotros mendigamos con tanto trabajo, lo distribuye luego él sin miramiento alguno. ¿Está esto bien hecho? ¿Es justo que él desempeñe, a cuenta de nuestros sudores, el papel de caritativo? ¿Y qué opinión formarán los bienhechores si tienen noticia de tan locas prodigalidades?»

El Guardián escucha con calma y casi sonriente. Pascual, por su parte, guarda la actitud de un culpable cogido en flagrante delito: sus labios permanecen mudos. Luego que el acusador termina su discurso, el Guardián le aconseja que modere su impaciencia. Y añade con acento irónico:

«Y bien, ¿qué queréis que haga? Fray Pascual es un santo, y con tales sujetos no siempre puede uno obrar a medida de sus deseos».

Aterrado con una tal respuesta, el Siervo de Dios echa mano del cesto y huye apresuradamente.

«Yo le seguí confuso, agitado, lleno de ansiedad, dice el testigo, y vi que Pascual ponía a cada religioso su porción, después de lo cual aun tuvo pan en abundancia para sus pobres».

Otro fraile quiso reprenderlo por las buenas.

«Os pido por gracia, Fr. Pascual, le dijo, que moderéis vuestras generosidades, pues con no poco trabajo podemos hallar lo bastante para nosotros mismos. [Era en tiempo de carestía].

—Confía en Dios, respondió el Santo, que yo te aseguro que cada pedazo de pan que sale de aquí, nos franqueará a la vez dos puertas por las cuales entrarán las limosnas en esta casa».

Y de hecho, nunca permitió el Señor que se sufriera hambre en los conventos en que habitaba Pascual.

Por otra parte, nuestro Santo era un provisor tan solícito, como sumamente delicado. El atendía a todo, lo mismo al alma que al cuerpo, y aun puede decirse que no se descuidaba de satisfacer hasta las mismas susceptibilidades del amor propio.

Su primer cuidado lo ponía en hacer orar a los pobres. Rezaba él mismo de rodillas y en voz alta en medio de ellos algunas oraciones, a las que los pobres solían responder en coro. Luego les servía la comida, llenando sus escudillas, llamando por su propio nombre a cada uno de los que iban de ordinario, y dirigiéndoles siempre alguna palabra cariñosa relativa a los modestos negocios en que se ocupaban. Nunca se molestaba con sus groserías ni con sus caprichos, y ni aun sus propios vicios le servían de óbice para que aminorase su caridad para con ellos.

«Hermano, le dijo una vez el Superior, veo que se abusa de vuestra bondad. Algunos hay entre

vuestros pobres que no trabajan y que se aprovechan de vuestros favores para poder entregarse a la ociosidad. Y no faltan tampoco varios que mejor harían en irse al hospital que en arrastrarse de continuo por las calles. Estos abusos son culpa vuestra, así que os aconsejo que antes de dar miréis a quien dais.

—Padre mío, respondió el Santo, las limosnas que hago las hago por Dios. ¡Si yo rehusara dar a alguno lo que pide, me expondría a tratar de este modo a Jesucristo!...»

¿Cómo replicar a tales razonamientos?

A pesar de todo, Pascual tenía también sus predilectos. A este número pertenecían los estudiantes pobres que cursaban en los colegios y en las universidades.

«Debemos interesarnos tanto más por sus estudios, alegaba el Santo, cuanto que la mayor parte de ellos cursan la carrera eclesiástica. Desean ser sacerdotes de Jesucristo y es preciso ayudarlos».

Después de los estudiantes, prefería a los pobres vergonzantes, a quienes trataba con todo género de atenciones.

—Para ellos, decía, es la pobreza mucho más dolorosa que para ningún otro.

De aquí el que Pascual se desvelara en ayudar a un anciano que había decaído de su brillante posición. Para él reservaba parte de la comida que le pasaban en el refectorio, le hablaba con respeto y le obedecía como pudiera hacerlo un criado. El anciano noble, en medio de su infortunio, se hacía, siquiera fuese por un instante, la ilusión de ser todavía un gran señor. Y Pascual sentía complacencia en ver que su protegido llegaba por este medio a experimentar algún consuelo...

A los vergonzantes sucedían los lisiados, los cojos y los deformes de toda clase. ¿Por ventura no eran éstos los miembros pacientes de Jesucristo? ¿Y no eran tanto más dignos de compasión cuanto que unían a estos males el de la indignancia?

Y así por este estilo solía nuestro Santo

hallar siempre una razón que justificara sus preferencias y sus atenciones, que a veces eran calificadas por los otros como «faltas imperdonables». Dios Nuestro Señor se complacía, a su vez, en mostrar con hechos prodigiosos qué agradable le era esta inagotable caridad de su fiel siervo.

Cultivaba Pascual un plantío de hierbas medicinales con destino a los enfermos. Y también tenía otro de legumbres, que reservaba para la ayuda de sus pobres. Un día, había distribuido muchas hojas de bledo. Al anoecer, volviendo el síndico al convento, tropezó con una caterva de muchachos que solicitaban se les diese también a ellos de aquellas hojas. El buen Santo, todo inquieto, no sabía qué resolución adoptar. «Veremos», concluyó por último.

Marcha luego al jardín, en compañía del síndico, y logra recoger algunas hojas que por casualidad había allí todavía. Hace con ellas un ramillete y corre a entregarlo a los pequeños solicitantes. El huerto quedaba con esto completamente despojado.

«A la mañana siguiente, agrega el síndico, me hallé a la puerta del convento, en el momento de entrar en él, con otro nuevo grupo. “Es inútil, dije, que pidáis más hojas, porque se han concluido. Ayer recogió las últimas estando yo presente”

«Entretanto llega Pascual a abrir la puerta, presta oídos a la súplica y se encamina al huerto. Yo sigo tras él. ¡Cosa extraña! El huerto había cambiado de aspecto. Los tallos de los bledos estaban de nuevo florecientes, deleitando la vista con su frondosa vegetación. “¡Ved qué bueno es nuestro Dios!, me dice Pascual sonriendo. Él ha hecho nacer más durante la noche, movido sin duda a compasión hacia los pobres enfermos”.

El síndico apenas daba crédito al testimonio de sus ojos: “¡Ah, hermano!, exclama. Yo creo que vos habéis pasado en oración toda la noche, a fin de obtener un tal prodigio”».

El humilde Santo no responde a esta pregunta, pretextando que tiene prisa por llevar las hojas.

Había, sin embargo, ocasiones en que no le era dado satisfacer las demandas que se le dirigían. ¿Cómo salir entonces del paso? Pues... yendo al jardín y reuniendo algunas flores, con las que formaba un ramillete que entregaba luego con amabilidad al solicitante. Lo mismo hacía Santa Catalina de Sena, a la que el Santo profesaba gran devoción: enviaba flores a algunas personas en señal de afecto.

Verdaderamente, cuando reina en un alma el amor de Dios, purifica y ennoblece el amor del hombre, hasta hacerle dar pruebas del mismo por medio de signos tan expresivos.

Con todo, este amor hacia los pobres no estaba exento de molestias. Habiéndose sabido en el pueblo que había dentro del convento un pozo de agua muy fresca, no faltaron muchas personas que comenzaron a solicitar se les diera de aquella agua. A partir de este momento se inició una procesión continua de mujeres y niños que acudían con cántaros y jarros a las puertas del convento. Y entonces comenzó también para Pascual el trabajo de recibirlos y de hacer el oficio de aguador, oficio al que se dedicaba con su acostumbrada benevolencia. Y esto exigía un continuo ir y venir, y depósitos de agua preparados de antemano, al objeto de satisfacer todas las demandas.

—A Jesús es a quien hago esta caridad, pensaba Pascual, y Jesús ha prometido recompensarla. Así que en esta obra ponía todo su empeño.

El Siervo de Dios amaba también a los niños, como Jesús los había amado.

«Lo recuerdo como si hubiera sucedido hace un momento, alega a este propósito uno de los testigos. Tales y tantas cosas se decían de Fr. Pascual, que me entraron ganas de conocerle. Tenía yo por aquel entonces como unos siete años. Nuestra casa estaba a respetable distancia del convento. Un día convine en ir a verle juntamente con otros tres compañeros de mi edad, y nos pusimos por fin en camino.

«¡Está muy bien!», exclamó Fr. Pascual, quien parecía esperar nuestra llegada. Y nos hizo luego caricias tan afectuosas y nos contó tan hermosas historias, que nos alejamos admirados, no sin llevarnos para el camino una modesta merienda.

—«¿Volveremos de nuevo ¿no os parece?» Y en efecto, desde aquel día acudimos con frecuencia a visitarlo».

El Santo gozaba de gran reputación en el mundo infantil; así que jamás escaseaban las visitas de los niños. Pascual tenía para todos y cada uno de ellos una sonrisa, una fruta, una flor o cualquier otra fruslería. Tampoco faltaba nunca para ellos una preciosa historia, que no olvidarían nunca, y cuya conclusión le inculcaba la necesidad de ser buenos cristianos para ser felices.

—«¿Por qué os entretenéis tanto tiempo con los pequeños?», preguntó a Pascual el religioso de cuyo testimonio nos valemos en este caso. «Nada más sencillo, respondió el Santo,; porque veo en los pequeños al Niño Jesús, y en las pequeñas a la niña María».

14

De un convento a otro

Pascual veía a Dios por todas partes y en todas partes lo tenía presente. Bien pudiera llamarse a sí mismo, como antiguamente Ignacio de Antioquía, *Teóforo*, que significa, *portador de Dios*.

Dulce cautivo de Jesucristo, caminaba por todas partes animando a los hombres a amar a su Dueño soberano, y atrayendo sobre ellos las divinas bendiciones.

Fué su vida un verdadero apostolado. Uno

tras otro recorrió todos los conventos de la provincia, antes de llegar a convertirse en apóstol y bienhechor de Villa-real, término de su peregrinación por el mundo.

Almansa, convento de noviciado, lo reclama para maestro de novicios, después de admirarle por largo tiempo como modelo de todas las virtudes. ¿Quién, mejor que él, para iniciar a los novicios en los secretos de la perfección franciscana? Pascual se ve obligado por la obediencia a aceptar el cargo. Y confundido entre «sus discípulos», cualquiera hubiera podido tomarle por uno de ellos. Con éstos se ve tanto en el trabajo como en la oración, en el tiempo de la prueba igual que en el de la alegría.

Enemigo decidido de la tristeza, busca la raíz de donde ésta proviene para arrancarla en seguida.

—Son los escrúpulos, decía, lo que pudiera llamarse los gusanos de la conciencia; pues turban, enervan, apartan de Dios y originan toda clase de desórdenes.

A un novicio que para mayor seguridad de conciencia solía repetir a solas las horas del Oficio canónico le dice severamente:

—Guardaos de continuar haciéndolo, porque con tal procedimiento, lejos de honrar a Dios, os lanzáis entre las redes del demonio.

A otro que se figuraba que conseguiría la perfección practicando penitencias inmoderadas le ordena:

—Cesad en vuestras penitencias, pues arruinarán vuestra salud sin provecho para vuestra alma. Día llegará en que seréis, por culpa vuestra, una carga para la comunidad: entonces tendréis necesidad de dispensas, y las buscaréis, no tanto por necesidad como por costumbre.

«¿Es esto portarse como pobre?», le dice a un novicio que ha vertido en el suelo el aceite por falta de cuidado.

«¡He ahí un verdadero hijo de San Francisco!», exclama señalando a otro que re-

mienda cuidadosamente su miserable hábito.

La confianza que Pascual inspiraba era ilimitada, y todos le hablaban sin rodeos. Nadie para él tenía secretos. El Santo, por su parte, se valía de ella para dar a cada uno los consejos que más le convenían, conforme a su estado de ánimo.

—Vosotros debéis ser las madres de vuestros padres, decía a los Hermanos legos. Debéis servirlos con amor y respeto, pues son sacerdotes del Señor.

—Vosotros, clérigos, estáis obligados a estudiar vuestra Regla con toda diligencia y a conocer la legislación que nos rige, la jurisprudencia que nos guía y el espíritu que nos informa.

No contento con esto, él mismo había escrito de su propio puño la Regla y aquellos comentarios de la misma que gozaban de una mayor autoridad, como los de San Buenaventura y de San Bernardino de Siena, así como también las bulas pontificias de Nicolás III y de Clemente V.

—Haced vosotros lo mismo, solía repetirles, y estudiad las tradiciones de nuestra Orden.

Comenzaban en esos años a extenderse por España los Capuchinos, rama vigorosa del árbol de la Orden Seráfica, atrayendo a su seno una multitud de almas sedientas de perfección.

—Vosotros, discípulos míos, exclamaba a este propósito el Santo, observad vuestra Regla, pero no de cualquier modo, sino en toda su integridad, tal como ella es en sí; que haciéndolo de este modo podéis estar tranquilos, pues tendréis un lugar encumbrado en el paraíso.

—¡Que ruegue por vosotros!... Pues bien, sí, roguemos diciendo de rodillas: “Señor, concededles la gracia de observar bien su Regla”.

Tal era la plegaria que solía hacer asimismo por todos los religiosos que se encomendaban a sus oraciones.

—Cuando pedís a Dios alguna cosa, no sois vosotros, sino que es Dios quien os mueve a hacerlo: sin su gracia vosotros no podríais pedirla. Y cuando Dios os inspira que se la pidáis, señal es que

quiere oíros. Siempre que oréis, pues, apartad los ojos de vuestra miseria y tened solo presente la bondad de Dios. Acudid a los pies de Jesús Sacramentado con la confianza con que acude un hijo a su padre, y pedidle todo, sí, todo, en la seguridad de que todo os será concedido.

Tales son sus doctrinas en el noviciado. De los novicios que él forma se ha dicho después: «Todas las provincias de la Orden tienen puestos en ellos sus ojos y los consideran como modelos».

Del convento de Almansa fue destinado Pascual al de Villena.

—Es muy justo que me hagan salir de aquí, comentó Pascual al abandonar Almansa, porque demasiado larga ha sido ya esta permanencia para un miserable como yo.

«¡Qué tesoro tenemos!, decía en Villena Fr. Pastor. Yo llegué hondamente afligido al convento después de haber visitado a mi familia. El Santo vino a mi presencia: leyó como en un libro los secretos de mi corazón, y antes de que yo despegara los labios, me descubrió la causa de mi tristeza. Todo lo sabía, hasta en sus detalles más insignificantes. Después de haber sondeado la dolencia, esparció sobre mis heridas un bálsamo refrigerante. Yo salí de su presencia inundado de dulce consolación».

Los Superiores habían agotado la eficacia de sus recursos sobre Fr. Olarto; pero sin poder en modo alguno disipar su tristeza. Llegó entonces Pascual, y la melancolía del religioso se deshizo, a la manera que se deshacen las neblinas del campo cuando sale el sol.

Al abrir un día la puerta se encontró Pascual de manos a boca con una pobre mujer, muy devota de la Orden, que era víctima de agudas dolencias. El Santo puso las manos sobre su cabeza, diciendo:

—Id a pedir a Nuestro Señor que os conceda la salud.

La mujer entra en el templo, y apenas se postra para adorar al Santísimo Sacramento, se siente libre de la enfermedad que la aquejaba.

Esta solicitud y esta generosidad eran, digámoslo así, las notas características del médico del convento, como se llamaba a San Pascual. Los elogios de que se le hacía objeto crecían a medida de los favores que dispensaba. Pero el Santo respondía a los religiosos que le alababan por el beneficio otorgado a aquella bienhechora:

—Dios la recompensará y le dará un hijo, que llegará a ser un santo religioso de nuestra Orden.

Y tal como lo dijo, así sucedió en efecto.

Había en aquella comunidad un Padre que no podía predicar sin hacer grandes esfuerzos. Tanto empeño ponía en preparar sus sermones, que apenas si le quedaba tiempo para asistir a los divinos Oficios. A pesar de ello el éxito no correspondía a sus empeños, contra todo lo que él deseaba. Le faltaba el entusiasmo oratorio. Descorazonado por sus fracasos, decidió abandonar el ministerio de la palabra: «No vuelvo a predicar».

—No digáis eso, replica el Santo. Lo que sí debéis hacer es anteponer la oración al estudio. No tengáis por fin de vuestras predicaciones el de luciros, sino el de convertir las almas, y veréis como las cosas cambian de aspecto.

El predicador siguió el consejo al pie de la letra, y llegó a ser bien pronto reputado por apóstol.

Del convento de Villena fue Pascual al de Elche. ¡Qué satisfacción la de sus antiguos compañeros al volver a verle! Antonio Fuentes, uno de ellos, nos habla así de sus relaciones con el Santo, al que confiaba todos sus secretos:

«Estaba yo ligado por antigua amistad con un compañero, el cual no tardó, al fin, en romper conmigo: el pobre hombre no podía ver a los religiosos, y temiendo hallarlos en mi compañía, no quería volver a poner los pies en mi casa.

—Tranquilizaos, Antonio, me respondió el Santo, que no os faltará la amistad de vuestro antiguo compañero, el cual no tardará, a su vez, en ser

también amigo nuestro».

Pocos días después los hechos vinieron a confirmar la profecía de Pascual. Pero lo que más le agradaba a Antonio era conversar con el Santo sobre temas espirituales. Sus diálogos con Pascual causaban gran provecho a su alma, y las horas que pasaba a su lado transcurrían para él como si fueran momentos.

Cuando se predicaba en la iglesia, Antonio, después de asistir al sermón, iba en busca de Pascual, y hacía que le hablase sobre el mismo tema desarrollado por el predicador. Y el Santo le hablaba de lo mismo, pero mucho mejor que el propio predicador.

Desgraciadamente la dicha de Antonio fue de corta duración. Pascual cayó enfermo, y hubo de ser enviado al convento de Jumilla. En el tiempo en que él llegó, los religiosos se veían sumidos en lamentable penuria.

—Hermano, dijo el Guardián al Santo, a vos toca escribir al Provincial, poniéndole al corriente de nuestra apurada situación. Es preciso que él tome cartas en el asunto.

El Santo se retira a su celda, llevando un pliego de papel... pero el tiempo pasa y él no concluye nunca de escribir. El Guardián, al fin, se decide a ir en su busca, y lo encuentra de rodillas en su celda, con el crucifijo en las manos y el papel delante. Estaba pidiendo a Dios que le inspirase lo que debía hacer. Y muy bien debió de inspirarle entonces el Señor, a juzgar por los efectos, pues el Guardián no se vió ya obligado por segunda vez a recomendarle los intereses temporales de la Comunidad.

El convento, edificado sobre una altura, estaba rodeado de un bosque, que confinaba con otros de los alrededores. Era un sitio delicioso, un verdadero paraíso. Pascual se encaminaba a este bosque con frecuencia, a fin de vigorizar entre sus árboles sus

fuerzas, que iban lentamente disminuyendo.

Cuando le parecía hallarse solo, daba libre curso al ardor de su alma, cada día más abrasada por el fuego del amor divino. Sus brazos se agitaban como intentando sustraerle a alguna dulce violencia: su rostro despedía una claridad sobrenatural, y los que medio ocultos le observaban, percibían claramente palabras de suavidad inefable.

—¡Qué bueno eres para mí, mi amor crucificado! ¡Ah! ¡yo te amo! ¡te amo!...

Los religiosos, admirados de su vida, pensaron con justicia que hombre tan unido con Dios como Pascual no podría menos de ser, en caso de verse elegido para ello, un superior excelente. Y tanto trabajaron a este objeto, que al fin consiguieron fuese nombrado para ocupar dicho puesto.

Pascual, tan extremadamente riguroso para consigo mismo, fue todo amor para con sus súbditos. Era el primero en acudir a todos los ejercicios y el último en descansar de ellos. Advertía, sí, los defectos que notaba en los otros, pero con tacto y delicadeza tan exquisitos, que los obligaba amigablemente a enmendarse.

—Padre mío, dijo en cierta ocasión al Maestro de estudiantes, no es en los demás en quienes debemos ejercer las prácticas de un santo rigor. Sed más humano y más paternal para con esos hijos. No les hagáis odiosa la vida del claustro con vuestras intempestivas reprensiones y con vuestros rigores exagerados.

No tardaron las molestias de su oficio y su celo sin límites en quebrantar su salud lastimosamente. Así que, pasados algunos meses, fue enviado a Ayora con el fin de restablecerse. Allí estuvo un tiempo muy breve, pues poco después lo hallamos ya en Valencia.

15

Sabiduría espiritual

Yo te alabo, Padre, porque ocultaste estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a los pequeños (Lc 10,21)

Estaba escrito que Valencia debía ser para Pascual un lugar de prueba. La primera vez había hallado allí un superior intratable; y ahora se encuentra con un antiguo conocido, con Juan Ximénez.

Pero ¡qué cambiado!... No era ya Juan el muchacho que catorce años antes había traído de Andalucía, y a quien tenía entonces que atender con una solicitud de madre. No; ahora es ya un sacerdote joven, lleno de vigor y energía, de corazón generoso y de alma de fuego, sobre el que se abrigan grandes esperanzas.

Se ha afiliado a la Orden seráfica después de algunos años de preparación, ha sido luego uno de los novicios formados en Almansa por nuestro Santo, y desempeña hoy día el cargo de brillante profesor. Juan ha estudiado en las obras de los grandes maestros de teología, ha asimilado sus Sumas, y es actualmente a su vez un maestro prestigioso. Sus jóvenes hermanos en religión se inspiran en sus doctas enseñanzas, y su colega, el P. Rodríguez, rivaliza con él en celo por los estudios.

Nuestro buen Pascual se encuentra, pues, en medio de un círculo de vida intelectual. Bien pronto el mismo Santo llega a advertirlo. Todos, es cierto, y Ximénez el primero, le quieren mucho; pero el amor hace

exigentes a los que aman.

En efecto, era sabido, por los elogios que se le prodigaban, que Pascual gozaba del don de oración y de la intimidad con Dios, y que estaba adornado con luz de conocimientos sobrenaturales. El P. Adán, antiguo profesor de la Provincia y defínido, esto es, consejero del Provincial, le propuso a Pascual cuestiones difícilísimas sobre ciertos textos oscuros de la Biblia. A todas ellas había respondido el Santo con maravillosa lucidez de espíritu. De aquí el que se le tuviese como adornado con el don de ciencia infusa. De este modo, lo que hasta entonces era una sospecha, no tardó en verse confirmado por la realidad.

Pascual había vuelto a desempeñar los oficios de portero y refitolero. Ximénez iba a buscarlo a la oficina y se ponía a conversar con él sobre asuntos propios de la cátedra. El Santo respondía a las cuestiones y manifestaba su opinión con el mayor aplomo. Ignoraba, es cierto, las fórmulas y sutilezas escolásticas, pero para todo daba con alguna expresión adecuada y acorde siempre con el buen sentido. Su interlocutor quiso dar un paso más y le propuso objeciones.

«Yo, refiere, le argüí con sofismas de doble sentido, vestidos con apariencias de silogismos sólidos y que procuraba, además, vigorizar por medio de explicaciones saturadas de erudición.

«Con todo, Pascual descubrió tan acertadamente el artificio, y desvaneció con respuestas tan certeras la futilidad de mis razones, que me dejó asombrado... Mis discípulos me llamaban maestro, y sin embargo, yo hubiera podido ser discípulo del Santo, en la seguridad de que con esto ganaría mucho en ciencia».

También el P. Manuel Rodríguez se propuso, a su vez, sondear los tesoros de saber que adornaban a Pascual. Hallándose ambos cierto día en presencia del Guardián, hizo girar insensiblemente la conversación sobre Dios y sus perfecciones, sobre la Santísima Trinidad y sobre la Encarnación

del Verbo, tocando de paso con suma habilidad los puntos más oscuros del dogma cristiano, los problemas más arduos de la teología.

Pascual sigue sin esfuerzo el hilo de la argumentación y responde, en pocas palabras, a sus preguntas. El P. Rodríguez, como asombrado de sus réplicas, dice inclinándose hacia el Guardián:

—Este hombre tiene la ciencia infusa: sabe mucho más y mejor que nosotros... No tendría necesidad de hacer nuevos estudios para que pudiera ser ordenado de sacerdote y encargado de la predicación. Estoy seguro que haría prodigios.

Otras veces versaba el examen sobre la teología mística y sobre la naturaleza de las comunicaciones íntimas entre Dios y las almas. En un tal asunto era la palabra del Santo de grande autoridad, toda vez que, hablando por propia experiencia, dejaba muy atrás todo cuanto puede decirse en los libros.

También, en ocasiones dadas, se le propusieron dudas en orden a algunos textos oscuros del Antiguo y del Nuevo Testamento. En tales casos y siempre que la ocasión era propicia, aducía nuestro Santo, como si conociese sus obras de muy antiguo, a los Padres de la Iglesia y a los grandes doctores católicos, concluyendo siempre por dar una explicación plenamente convincente.

¿Por qué la Escritura, le preguntan, llama insensatos a los herejes, no obstante que se cuentan entre éstos muchos sabios? Y el Santo responde:

—Porque su falta de fe arguye en ellos una profunda ignorancia. Ellos creen que la razón puede enseñar lo contrario a la revelación, y que Dios puede decir que sí por medio de la fe, y que no por medio de la naturaleza. Y los que de tal modo piensan no merecen otro nombre que el de insensatos.

La respuesta, como se ve, no está fuera de propósito. Por otra parte, sus escritos, o sea los apuntes que ha ido haciendo du-

rante el curso de su vida religiosa, atestiguan más de una vez que a una admirable sencillez de expresión unía Pascual una gran profundidad de conceptos. Y es que nuestro Bienaventurado pertenecía al número de aquellos hombres que ven a Dios porque tienen pura la conciencia.

La unción del Espíritu Santo le había puesto en íntimo contacto con la verdad. De aquí que realizase con tal éxito sus pruebas académicas, que dejaba confundidos a sus propios examinadores. Inocencio XIII, resumiendo el examen de los teólogos consultores de la causa de canonización de San Pascual y las declaraciones de los numerosos testigos, dice:

«No puede, en efecto, desconocerse que el Altísimo ha revelado al Bienaventurado los tesoros del conocimiento y sabiduría divinas en una tal abundancia, que obligan a uno a reconocerle como adornado con el don de la ciencia infusa».

Lo que los profesores hacían con respecto a la sabiduría del Siervo de Dios, lo hacían, a su vez, los estudiantes en orden a sus acciones, aun las más insignificantes, convirtiéndole así en blanco de un espionaje casi continuo. Si Pascual se dedicaba a repartir la comida a los pobres, allí estaban los estudiantes, ocultos, para no ser vistos, detrás de las persianas, a fin de observarle y de edificarse ante el espectáculo de su caridad inagotable. Si estaba ocupado en el refectorio, inventaban pretextos para entrar y saber qué es lo que hacía, yendo luego a analizar las acciones del Santo con sus comentarios.

En una ocasión le vieron a través de las rendijas de la puerta mientras ejecutaba ante la imagen de la Santísima Virgen la danza de los gitanos. Tal era el medio que le sugería su candorosa simplicidad para recrear las miradas de su Reina Soberana. De este modo imitaba a Santa Teresa, que se entretenía los días de fiesta en tocar la flauta y el tamboril, y a San Francisco de Asís, que

echaba mano, a guisa de violín, de dos trozos de madera para hacer sonar así la idea musical de su imaginación exuberante. La gracia, en efecto, no anula en los Santos los impulsos de la naturaleza, sino tan solo aquello que es obstáculo para perfeccionarla.

Mucho más que hubieran podido aún descubrir en fray Pascual los religiosos de Valencia, si éste no hubiera recibido por aquel entonces la orden de marchar a Játiva. Allí se encaminó en cuanto fue destinado, pero no pudo habituarse al clima. Casi todo el tiempo que allí pasó estuvo aquejado por fiebres intermitentes, que debilitaban en extremo su robusta complexión.

Hallándose ya el Santo muy desmejorado de salud, acertó a pasar por allí el P. Ximénez, que se dirigía a Villarreal. El joven profesor aprovechaba el tiempo de vacaciones para ir a predicar en dicha villa la Cuaresma. ¡Qué satisfacción la de los dos amigos al volver a encontrarse de nuevo! Y qué pena sintió Ximénez al darse cuenta de las dolencias de Pascual. Poco después Ximénez solicita al Provincial que obligue a cambiar de convento a su querido enfermo. Accede el Provincial a sus ruegos, pero el Guardián, en cambio, se resiste a desprenderse de su tesoro. El profesor ha de poner en juego toda su dialéctica y a agotar los recursos de su elocuencia para obligarlo, y le dice entre otras cosas:

—Bien conocido os es el amor que inflama a Pascual por la Virgen Inmaculada. Estando, pues, el convento de Villarreal dedicado a María, es indudable que Pascual tendrá sumo gusto en vivir en él. No hay remedio: es preciso que venga conmigo.

En efecto, Dios quería que Pascual se encaminase a Villarreal, al monasterio dedicado a Nuestra Señora del Rosario, a fin de que, como la había comenzado, pusiera también término a su carrera gloriosa en una casa consagrada a la Madre de Cristo. Al fin Ximénez consiguió ganar la causa, y tuvo

la satisfacción de llevarse en su compañía a su santo amigo.

Éste, a despecho de todas las súplicas, no consintió en hacer el camino a caballo, no obstante que, enfermo como estaba y siendo malísima la ruta que conducía a Villarreal, no pudiera escudar su repulsa ni con los preceptos de la Regla, ni con el ejemplo de San Francisco... El Guardián, por su parte, no se sentía con valor para imponer su voluntad al Santo, y éste, insensible a las instancias de sus hermanos, se dispone a hacer a pie el camino.

«Luego que nos pusimos en marcha, agrega Ximénez, y en ocasión en que subíamos por la colina de Enovas, vimos a un religioso de otra Orden, que iba delante de nosotros con una alforja al hombro.

«Pascual, no bien lo divisó echóse a correr, y quitándole la alforja cargó con ella sobre sus espaldas. Pero yo intervine y le quité la carga. Entonces el Santo se dirigió al religioso para que se la devolviese, y tantas fueron sus súplicas, que obtuvo al fin su consentimiento para aliviarle, por lo menos, del peso de su manta de viaje».

Nada era para él tan agradable como servir al prójimo. Saliendo de Alcira vieron los dos caminantes a un borrico que estaba atollado en un pantano. El muchacho que lo guiaba hacía supremos esfuerzos por sacarlo de allí, y lloraba a más no poder ante la inutilidad de sus intentos. El Santo, al punto, consideró como de su incumbencia ayudar al muchacho. Se acercó al enfangado animal, lo alivió de su carga y de sus arreos, y tirando luego por la brida e imponiéndose a fuerza de gritos, no tardó en sacarlo del lodazal. Seguidamente puso los aparejos y la carga, y siguió camino adelante muy contento por la buena obra que acababa de hacer.

Poco después descubrían ya el panorama de Villarreal, villa verdaderamente regia, con su palacio magnífico, con sus sus baluartes y grandes calles, y con el panorama azulado del Mediterráneo. El convento

franciscano de Nuestra Señora del Rosario surgía en el lado de la población que mira hacia Barcelona.

La vista del convento hizo saltar de gozo el corazón de Pascual. Se consideraba dichoso, como antiguamente en Loreto, con sola la idea de habitar en un convento dedicado a María. En este convento pondrá fin el Siervo de Dios al curso de su peregrinación por este valle de lágrimas.

16

Apóstol y bienhechor de Villarreal

—Ya llegamos al convento de Nuestra Señora del Rosario!, decía Pascual a su compañero... ¿Sabéis qué cosa es el Rosario? Los *Ave* son rosas blancas ofrecidas a María Inmaculada; los *Pater* son rosas purpuradas con la sangre de Jesús. Sí, el Rosario es una corona de rosas; es el salterio de María; son cincuenta cánticos en su honor, un memorial de los misterios de Jesús y de la Virgen, y un medio de ganar muchas indulgencias en sufragio de las almas del purgatorio.

—Cuando no podáis disponer de tiempo suficiente para rezar el Rosario, decid en vez de los *Ave*: ¡Bendito seáis, amabilísimo y dulcísimo Jesús! y en vez de los *Pater*, la salutación angélica. Creedme, nada agrada tanto a Dios y a su Santísima Madre como el ejercicio de esta hermosa práctica».

Y decía estas palabras entusiasmado. El Santo amaba a Jesucristo y no hallaba felicidad sino al pie del sagrario, y amaba, además, con amor ferviente a María y a las almas del purgatorio.

Pascual recurría a la Santísima Virgen a fin de obtener por su mediación la gracia de prepararse dignamente para recibirla sagrada comunión. Tenía compuesta en honor de este misterio una plegaria con propósito de rezarla en su lecho de muerte, y no pasaba nunca por delante de su imagen, sin hacerle una profunda reverencia. Sus fiestas, sobre todo, eran para él objeto de extraordinaria alegría, una alegría que se hacía máxima en el día en que la Orden, fiel a sus tradiciones, solemnizaba el misterio de la Inmaculada Concepción de María.

—Venid, decía a los que encontraba en el claustro. ¿No es cierto que creéis en Dios? Repetid, pues, conmigo: ¡Bendita, alabada y glorificada sea la Inmaculada Concepción de esta amabilísima e infantil María!

Cuando pronunciaba el nombre de la Virgen sentíase embargado de una dulzura inefable. Nadie pudo olvidar por mucho tiempo su sermón de Navidad, predicado en presencia de los religiosos y de algunas personas de confianza. Era éste como un cuadro de escenas vivientes descritas en éxtasis. Diríase que el mundo sobrenatural, descorriendo a sus ojos el velo del misterio, se mostraba a sus ojos animado y tangible en toda su inefable realidad.

Por lo que hace a las almas del purgatorio, el Santo avisó en más de una ocasión a las familias de algunas de ellas para que las auxiliasen con sus oraciones. Hubo casos incluso en que se apresuró a consolar a los que lloraban la muerte de una persona querida con la noticia cierta de la felicidad de que gozaba ya ésta en el eterno descanso de los justos.

El alma de Pascual iba apartándose progresivamente de la tierra a medida que adelantaban los años. El consideraba a Cristo como su vida, y a la muerte como una ganancia. Enseñaba en cierta ocasión el Guardián de Villarreal a sus religiosos un método de hacer oración, diciéndoles:

—Considerad, por ejemplo, en el primer Pater las heridas causadas por la corona de espinas; pasad luego al segundo, representándoos otra llaga del Salvador, y recorred así todos los demás.

—¡Imposible! interrumpe Pascual fuera de sí. ¡No puede salirse de una llaga de Jesús después de haber entrado una vez en ella! ...

Yo moraré para siempre en la llaga del Sagrado Corazón, había dicho San Buenaventura. San Francisco de Asís, según refiere Gregorio IX en uno de sus sermones, fue visto como habitando también en tan dulce retiro (*Analecta Franciscana, Quaracchi*, t.I, p.251). Así, pues, el Bienaventurado, al pronunciar aquellas palabras aludidas, estaba de lleno en el espíritu de la tradición seráfica, cuyo glorioso Fundador había de ser dado como guía celestial a la Santa Margarita María de Alacoque por el mismo Jesucristo, el 4 de octubre de 1688.

Unido así Pascual a Jesucristo, participa al propio tiempo de su acción bienhechora; y hace, como El, milagros, ya sanando los cuerpos, ya convirtiendo las almas. Los últimos años de su vida vienen a resumirse en esta sola frase: Pascual es el bienhechor y apóstol de Villarreal.

Los necesitados acuden siempre a él. Cuando ellos no vienen, el Santo va en su busca. Asedian los pobres el convento demandando pan, y el Siervo de Dios se lo reparte con largueza.

—Esto va siendo demasiado, Hermano, le había dicho el Guardián. Los bienhechores no se privan del alimento por satisfacer vuestras prodigalidades. Dad a la hora de comer y basta».

El Bienaventurado se echa a llorar:

—¡Oh, Padre mío!, exclama, no me mandéis eso. Mi corazón se parte de angustia cuando tengo que despedirlos con las manos vacías. Yo mismo iré, si lo consentís, a pedir de puerta en puerta para ellos. Padre mío, ellos, a cambio de la limosna que les damos, nos traen el cielo en recompensa.

—Bien, Hermano, concluye el Guardián conmovido, ¡dadlo todo! ¡dad siempre que queráis!

Hubo, no obstante, algunos, lo mismo entre los que frecuentaban la capilla que entre los bienhechores, que estuvieron a punto de retirar a los religiosos sus limosnas. Isabel Xea, muy devota y muy generosa, sentía especial predilección por «su predicador», el P. Pedro, a causa de la elocuencia que lo distinguía y del gran fruto que producía en las almas. El P. Pedro se puso enfermo, y todos los cuidados que se le dispensaron no fueron bastantemente poderosos para evitar que su enfermedad se fuera agravando de manera alarmante. Se rezaban novenas y no-venas, se ofrecían Misas y Misas, a fin de obligar al cielo a que le devolviese la salud. La pobre Isabel no se daba, a este objeto, un punto de reposo.

—A pesar de todo, le dijo Pascual, el P. Pedro no volverá a subir al púlpito.

—¡Ay! ¿qué desgracia pronosticáis? Pero no, vos habláis por hablar, y nada más.

Pascual no insistió. Con todo, ya antes de esto había advertido al predicador que dentro de cuatro meses moriría en Valencia.

—Ahora, le dijo, es tiempo de que os preparéis lo mejor posible para subir derecho al paraíso.

Pero no siempre viene sola una desgracia. Isabel que había lamentado la pérdida de «su predicador», tuvo que lamentar al mismo tiempo otra muy sensible también para ella: la del resultado del capítulo... Cada capítulo que se celebra trae cambios inesperados.

—Está una acostumbrada, decía nuestra Isabel, al modo de ser de las cosas, cuando llega el capítulo y lo pone todo en danza: confesores, predicadores, superiores... ¡Todo desaparece! En cambio se nos mandan otros nuevos personajes, algunos de los cuales no tienen nada de simpáticos, como por ejemplo este nuevo Padre Guardián.

Y cediendo al peso de estas impresiones, la buena mujer había tomado una *gran resolución*:

—La de no volver a pisar la capilla de Nuestra Señora del Rosario, ni dar limosna alguna al cuestador. Así aprenderán, pensaba, a no estar siempre jugando con los bienhechores.

Iba Isabel revolviendo en su magín estos proyectos, que a nadie aun había confiado, cuando se encuentra casualmente con Pascual.

—Sin duda, mi buena hermana, le dice el Santo, observaréis para el porvenir la misma conducta que hasta ahora, ¿no es verdad?

Formulada así, sin preámbulos, la pregunta, no obtiene Pascual respuesta alguna. Isabel pasa adelante, llena de confusión al ver descubierto su secreto. Se apacigua pronto la tormenta, y con la tormenta desaparece también la resolución de la piadosa bienhechora.

—Estos frailes nos arruinan con tantas cuestaciones, decía otra mujer apellidada Pallares. Yo nunca les doy nada, porque su sola presencia me enfurece. Pascual, sobre todo, me es sumamente antipático.

Pascual, sin embargo, llama repetidas veces a la puerta de su casa. ¿Qué le importa a él oír denuestos, con tal de recoger limosnas para sus pobres? De este modo, al propio tiempo que limosnas para ellos, lograba ganar méritos para su alma.

Cierto día que por allí pasaba, notó que la casa de Pallares estaba puesta en movimiento. El niño de Isabel Pallares, aprovechándose de la ausencia de su madre, se había puesto a andar para ir a jugar afuera con otros muchachos. Pero lo hizo con tan poca suerte que, cayendo por la escalera, se había hendido el cráneo, y gemía agonizante sobre su blanca cuna manchada de sangre.

—Hermano, exclamó la mujer al ver a Pascual, haz que sane y que viva al menos por un año, porque si no mi marido se pondrá furioso y me castigará con la muerte como a mujer abandonada e imprudente...

El Santo se prostra de rodillas al pie del enfermo, en cuyo rostro se nota ya la pali-

dez cadavérica, y se abisma en la oración... Apenas el Siervo de Dios comienza su plegaria, el niño abre los ojos, sonrío a su madre y se levanta sano y salvo.

El niño murió un año después, pero Isabel se contaba ya en el número de los bienhechores de los pobres en favor de los cuales mendigaba Pascual. Y éste, a su vez, le estaba agradecido, y más de una vez libró a los miembros de su familia de agudas dolencias.

El corazón del Bienaventurado daba también acogida favorable a los ecos de angustia de los enfermos.

«¡Cuántas veces no le he sorprendido llorando a la cabecera de su lecho de dolor!, nos dice su compañero Fr. Camacho. Y es que la vista de los sufrimientos ajenos hacía saltar las lágrimas de sus ojos».

Unas veces animaba a los enfermos a que orasen con él, diciéndoles:

—Tengamos confianza y roguemos: Dios es nuestro Padre.

Estas palabras, según todos sabían ya, eran como el anuncio de la curación. Otras los exhortaba a la paciencia, a la conformidad con la voluntad divina, y a pensar en el cielo y en la eternidad.

—No hay remedio, decías en tales casos, hemos perdido el último resquicio de esperanza. Y los preparaba a bien morir.

—¿Qué es lo que tiene vuestra pobre niña?, interrogaba el Santo, a una excelente paisana de la afueras de la población. La madre, por toda respuesta, se acerca a la enfermita, tendida de manera lastimosa en un ángulo de la habitación, le quita los vendajes que le rodeaban el cuello y muestra al Santo sus horribles úlceras.

—Y en el mismo estado que su cuello, agrega, tiene desde hace años todo el cuerpo.

Pascual, hondamente emocionado, toca con sus manos el cuello de la niña, diciendo:

—Verdaderamente, es preciso pedir al buen Dios que le devuelva la salud.

La inocente niña se siente al punto aliviada de improviso. Tres días después ni aun las señales le

quedaban ya de un mal calificado por todos como incurable.

En otra ocasión hizo desaparecer la gangrena por medio de la señal de la cruz y de la invocación de los nombres de Jesús y de María.

«No morirá vuestro hijo», declara a unos afligidos padres que, deshechos en lágrimas, le describen la enfermedad de su pequeño, desahuciado por la ciencia. Pocos días más tarde, restablecimiento completo.

—Hermano, pedid por mi desgraciado hijo. Miradlo, está a punto de exhalar el último suspiro, suplica una madre desolada.

—Confianza, hermana mía, yo rogaré por vos. Y la madre no tarda en ver satisfechos sus deseos.

—Ayudadme, pues podéis hacerlo, le dice una madre al tiempo de presentarle una hija suya. Va perdiendo la vista y no hay medio de impedirlo.

El buen Santo atrae hacia sí a la enfermita: «Haced, exclama, la señal de la cruz sobre vuestros ojos, pronunciando los nombres de Jesús y de María». La niña obedece y se encuentra sana al punto, sin necesidad de médico.

Uno de los Religiosos le suplica que le haga sobre su boca enferma el signo de nuestra Redención.

—Hacedlo vos mismo, pero con fe, responde confuso el Santo.

Y el dolor de muelas desaparece al instante

También había ocasiones en que Pascual daba a conocer a algunos la proximidad de su muerte. Un día aconseja a uno de sus amigos, que se creía en período de franca convalecencia, que reciba sin dilación los últimos Sacramentos. El enfermo no quiere darle crédito. La mujer de éste y la cuñada recriminan vivamente al Santo por ser «un profeta de mal augurio y un villano ignorante educado en medio de las cabras».

Luego desátanse en un torrente de injurias. Pascual se retira humildemente. Pero las dos mujeres, no satisfechas aún con sus

insultos, acuden a acusarlo ante el Guardián del convento. Éste, después de prestar oído a sus lamentos, les aconseja que no echen en saco roto la amonestación del Siervo de Dios. Y apenas vuelven a casa, ven que el enfermo solicita por sí mismo le sea administrada la Ex-tremaunción. Entonces y sólo entonces se resolvieron éstas a acudir en busca de un sacerdote. El pobre enfermo murió aquella misma tarde.

Pascual había asegurado a su alma las dichas del eterno reposo. Y esto era, sin duda, lo que ante todo y sobre todo procuraba Pascual: la salvación de las almas.

Trabajaban cerca del convento unos obreros franceses, y Pascual tomó a pechos su instrucción religiosa con gran paciencia y con celo sin límites.

El hacía cordones para los Terciarios, y estimulaba a todos los buenos cristianos a alistarse en la milicia de la Tercera Orden de San Francisco.

—Éste es, solía decir, un medio seguro de alcanzar la salvación.

La *Tercera Orden Franciscana*, fundada, al decir de Tomás de Celano, de San Buenaventura, de Julián de Spira y de otros de la época, por San Francisco de Asís, es una numerosa asociación, dividida en congregaciones o fraternidades locales, cuyos miembros se comprometen a vivir cristianamente y a trabajar porque reine en todas partes el espíritu cristiano, en las instituciones y en las costumbres. Los hermanos de la Tercera Orden llevan, como distintivos de su afiliación a la Orden Seráfica, el cordón y el escapulario. León XIII la ha recomendado en ocasiones diversas, como eficazísimo *remedio social*.

Cuando llegaba a sus oídos el sonido de la campana que convocaba a los fieles al sermón, sentíase inundado de gozo y se ponía a orar a fin de que Dios iluminase con la luz de la gracia al predicador y a los fieles. A veces se aventuraba hasta a sugerir felices ideas al sacerdote que iba a predicar.

Más aún, él mismo venía a ser un predicador asiduo, que no perdía ninguna ocasión para animar a los otros a obrar el bien.

—Dejaos de juegos, decía a unos, porque perderéis lastimosamente vuestra fortuna y vuestra alma.

—Perdonad a vuestros enemigos cuantos ardéis en deseos de venganza, y reconciliaos con ellos por amor a Jesucristo.

—Jóvenes, dedicaos a la oración. Huíd de los compañeros perversos y de las ocasiones peligrosas, y seréis castos.

—Y vosotros, los que estáis ya con un pie en la sepultura, tened paciencia en vuestras enfermedades y sed para con los demás otros tantos modelos de virtud.

Estas cortas exhortaciones, pronunciadas como de paso por nuestro Santo, con aquella amable sonrisa que animaba siempre su rostro, iban de ordinario derechas al corazón y producían siempre efecto, aun cuando fueran contrarias a la voluntad de los oyentes. No hubo uno siquiera que se resistiese al influjo de su maravillosa eficacia.

Luego iba a pasar el Santo largas horas en oración ante la Hostia sacrosanta. Allí completaba la obra comenzada por medio de sus consejos y de sus prodigios. Puesto de rodillas, se le veía allí, enlazadas las manos, fijos los ojos en su Dios, encendido el rostro en el fuego de un resplandor celeste, y apartado de la tierra por la contemplación y por el éxtasis ...

—¿Cuándo te dignarás, Amado de mi alma, introducirme en la casa de mi Padre celestial?

17

Acercándose al cielo

Había pasado el invierno y la primavera derramaba fecundidad y alegría por todas partes. La «pequeña Venecia», como le decían a Villarreal, estaba llena del perfume de flor de naranjo, y la brisa marina atenúa el ardor de un sol de fuego que se alzaba sobre el horizonte. Los ángeles, en tanto, tejen en el cielo una corona de flores. Unas pocas faltan todavía para coronar al bienaventurado Pascual.

Son días pascales, en los que la Iglesia, vestida con las galas de las grandes solemnidades, canta con alegría el *Alleluia* a su Esposo celeste. Sus últimas notas, este año, van a acompañar al cielo a nuestro Santo. Y Dios, según se cree, le había revelado la proximidad de su última hora.

El 7 de mayo, día de la Ascensión, estando Pascual ayudando a Misa, se le ilumina el rostro de improviso y siente en sus oídos palabras misteriosas que le extasiaban... Por la tarde del mismo día, va el Santo al enfermero y le dice:

—Fray Alonso, ¿quieres lavarme los pies?

El enfermero se sorprende ante tal demanda, pues jamás Pascual había aceptado hasta entonces semejantes servicios.

—Yo puedo enfermar, Hermano, le dice Pascual. Y si enfermo, tendrán que administrarme los Santos Óleos. Así que conviene que mis pies estén muy limpios.

Llegaron el viernes, el sábado, el domingo, y la alegría de las fiestas iba en aumento. El domingo visitó el Santo a todos los bienhechores del convento. Y nunca tuvo

una apariencia tan angélica como en esa ocasión. Al despedirse de una enferma, le dijo:

—Adiós, hermana mía, disponéos convenientemente, porque muy pronto debemos emprender ambos un gran viaje.

La mujer falleció aquella misma semana. Ese mismo domingo por la tarde el Santo se vió afectado de una fuerte calentura, agravada por el dolor de un punto pleurético. Con todo, Pascual disimula de tal modo que ni se llega a sospechar que está indispuerto.

A la mañana del día siguiente tocan a la primera Misa y Pascual no aparece por parte alguna. Un religioso va a la habitación del Santo:

—Vamos pronto, que ya es hora de abrir la iglesia.

—Ahí están las llaves, responde el Siervo de Dios, llevadlas y abrid. Yo no puedo moverme; estoy muy enfermo.

Se avisó inmediatamente al Guardián y corrieron a buscar al médico. La primera disposición de éste fue ordenar que el Santo se despojase de su grosera túnica y se vistiera con ropa de fino lienzo. Hecho lo cual, se le obligó a acostarse en una buena cama. Pascual siente en el alma esta disposición, pero no le queda otro remedio que someterse a ella.

—Os pido por favor, dijo entonces el Santo, que coloquéis el hábito a los pies del lecho, a fin de que no lo pierdan de vista mis ojos.

Se le concede este consuelo, y el hábito queda a su lado. A todo esto la enfermedad va en aumento, como también la paciencia del Santo en soportarla. Los dolores son agudísimos, de manera que apenas si le permitían articular palabra e incluso respirar.

Pascual, sin embargo, no exhala un gemido, ni deja traslucir en el rostro señal alguna de su sufrimiento. Los religiosos se esfuerzan en estar junto a él, sea para sorpren-

der nuevas virtudes que admirar, sea para servirle solícitos. Hasta el mismo médico, hondamente emocionado en vista de la conformidad del enfermo, no resiste al deseo de traer allí a su hijo, a quien presenta al Santo, diciéndole:

—Hermano, bendecid a mi muchacho.

Pascual pone sobre la cabeza del niño su débil mano y exclama:

—¡Que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo te bendigan, creatura de Dios, y hagan de ti un amigo de los pobres!

Así, pues, los pobres eran los que ocupaban sus últimos pensamientos. No había ya duda alguna sobre el desenlace de la enfermedad. El médico se decide a comunicárselo amigablemente:

—Vuestra enfermedad, hermano, podrá tal vez abriros las puertas del paraíso.

—¡Oh, gracias! murmura Pascual. ¡Qué nueva tan feliz me anunciáis! Mucho tiempo hace ya que suspiro por el paraíso... ¿Y cuándo llegará el momento?

—Viviréis probablemente hasta el viernes.

—No, querido amigo, responde sonriendo el enfermo, no estáis en lo cierto... No será antes del sábado... o más tarde aún... cuando a Dios le plazca.

No bien se divulga por la población la triste noticia, multitud de personas solicitan licencia para poder hacerle una última visita. Aquello fue una procesión no interrumpida. Las gentes entraban y caían de rodillas junto al lecho. En tan humilde actitud y embargadas de profunda emoción, contemplaban aquel pecho que se movía con respiración sibilante, aquellos labios consumidos por la fiebre, aquellas facciones, siempre tranquilas, alteradas por el sufrimiento.

—Hermano, le decían, ¿no tenéis algún consejo para mí? ¿no me haréis la promesa de que os acordaréis de mí ante el Señor?

El Santo abría entonces los ojos, sonreía con trabajo y replicaba con voz desfallecida:

—Servid a Dios de todo corazón... Amad mucho a los queridos pobres... Tened una gran devoción al Santísimo Sacramento... No os olvidéis de la Santísima Virgen... Sed fieles a la observancia de vuestra Regla, y no dudéis que, haciéndolo así, tendréis por premio el paraíso.

Para todos tenía el Santo una palabra de aliento y un consejo apropiado a su estado respectivo.

—Más quisiera deciros todavía, agregaba, pero no me es posible proseguir hablando...

Cuando percibía junto a sí los lamentos de alguno, le trazaba con dificultad el signo de la cruz sobre la frente, diciendo:

—¡Que Jesús os bendiga!

Hecho este supremo esfuerzo volvía a cerrar los ojos. El P. Diego Castellio, a quien Pascual había predicho un año antes su elección para definidor del nuevo Provincial, el P. Juan Ximénez, se disponía por aquellos días a marchar a Valencia.

—No saldréis, le dijo el Santo, porque no os será posible.

Y de hecho el P. Diego se vió precisado a continuar en Villarreal a causa de una indisposición inesperada. En cuanto al P. Ximénez, que se hallaba visitando los conventos de su nueva Provincia, sentía vivamente Pascual no poder volver a verle antes de abandonar la tierra.

—Vosotros, hermanos míos, decía a los religiosos, os encargaréis de recordarle que yo le he conducido de Jerez al convento ¿no es verdad?

El enfermero, deseando saber en qué día dejaría de existir, le dijo:

—Fr. Pascual, avisadme a tiempo cuando llegue la hora de vestiros el santo hábito, pues conviene que muráis con él.

—Así lo haré, respondió el Siervo de Dios. Ahora id a avisar al Padre Guardián, pues deseo hablarle.

Luego que llegó éste, le presentó Pascual algunas cuentas indulgenciadas que conservaba en una cajita de madera:

—Bien pronto me será imposible advertir a vuestra caridad cuáles sean las indulgencias aplicadas a cada una.

Seguidamente le explica las indulgencias con que estaban enriquecidas, y concluye, por fin, solicitando le sean administrados los últimos Sacramentos. Con una humildad que hizo llorar a todos los presentes, les pidió entonces perdón por la poco edificante conducta que había observado en la Orden y por los escándalos que les había dado... Después, se recon-centró en sí mismo y se dispuso para recibir a Dios en su corazón.

En el momento de recibir el sagrado Viático, se levantó de su lecho de moribundo y recibió por última vez la Hostia sagrada... Luego se dejó caer de nuevo, embargada el alma en éxtasis. Su rostro aparece transfigurado y radiante de felicidad... Los religiosos permanecen silenciosos, dejándole disfrutar de su gozo, hasta que Pascual de pronto, como despertando de un sueño, exclama anhelante:

—La extremaunción., Y vuelve a suplicar: ¡Concededme mi hábito... y la gracia de ser sepultado entre mis Hermanos!... Y dejadme ahora a solas con Jesucristo, porque debo prepararme para comparecer en su presencia.

Así pasó Pascual la noche del sábado, sin salir de su silencio sino para pedir le diesen un poco de agua: «¡Tengo sed!»

Quisieron los religiosos varias veces atenuar en lo posible los ardores que le consumían dándole algunos refrescos. Pero el Santo les contestaba siempre, cada vez con voz más débil:

—No os toméis esa molestia... No hay necesidad de ello.

Sus ojos apenas se apartaban un momento del Crucifijo y de la imagen de María. Sus labios se movían en silencio.

Llegó la mañana del domingo. Pascual señaló con la mano su hábito y murmuró:

—Ayudadme... por caridad, ayudadme.

Pero los religiosos, creyéndole a punto de expirar y temiendo se les quedara muerto entre las manos, hacían como que no le entendían. Con todo, Pascual insistía de continuo, mirándoles con ojos suplicantes, y los religiosos se retiraban, turbados por una emoción que les partía el alma.

Pascual mira a su alrededor... y se ve solo. Reúne entonces, en un supremo esfuerzo, las pocas fuerzas que le quedaban y logra coger su pobre túnica... Pero al querer pasarla por la cabeza para vestirla, nota que no tiene energías bastantes para ello. Llega entonces el enfermero y le ayuda con toda clase de cuidados a cubrirse con su tan amado sayal...

Cuando volvieron de nuevo los religiosos, se lamentó el Santo con voz apenas audible:

—Jesús murió sobre la cruz... San Francisco sobre la desnuda tierra... ¡Tendedme también a mí por tierra!... ¡Oh, hacedlo, por piedad! ...

Le es negado este consuelo.

—¡Jesús! ¡Jesús! grita luego de improviso, esforzándose por hacer la señal de la cruz... Allí, allí...

Y señala con la mano y con la vista, primero el pie de la cama, luego toda la habitación... Sus ojos desmesuradamente abiertos parecían contemplar una visión terrorífica... Su cuerpo temblaba como hoja sacudida por el viento:

—¡El agua bendita! ¡Rociad con agua bendita... la habitación! ¡Rociadlo todo!

Fué éste un momento aterrador de angustia. Los presentes estaban espantados, porque entendían que sufría Pascual un formidable asalto... Fué, sí, un momento, pero un momento que les pareció un siglo. Luego renació de nuevo la serenidad y la calma.

—¿Han tocado a la Misa conventual? interrogó el Santo con apagado acento.

—No todavía, le respondieron.

Y un poco después:

—¿Y ahora?

—Sí, acaban de tocar, dijo el enfermero.

Al oír estas palabras, expresa su rostro de moribundo un gran gozo, y estrecha contra su corazón el crucifijo y el rosario. El movimiento de sus labios muestra que está orando...

La campana de la iglesia anuncia, por fin, el momento de la elevación. Pascual deja entonces escapar de sus labios, con su sonrisa última, las palabras: «Jesús, Jesús». Y su cabeza se inclina exánime sobre el pecho...

Moría nuestro Santo el domingo de Pentecostés, 17 de mayo de 1592, a eso de las diez y media de la mañana. Pascual contaba a la sazón cincuenta y dos años de edad, veintiocho de los cuales constituyen el círculo de su vida religiosa.

Fray Pascual, hombre de gran fuerza de voluntad, tuvo de ordinario buena salud, a excepción de los cinco últimos años de su existencia, que fueron para él un prolongado y cruel martirio. La muerte no alteró sus facciones, ni con ella perdieron flexibilidad sus miembros.

Dos personas que no le conocieron nunca y que moraban, por aquel entonces, en lugares diversos, atestiguaron después que el día y hora de su muerte habían visto al Santo elevarse a los cielos sobre una carroza de fuego.

18

Vida íntima

Nada nos muestra mejor al Santo en su vida íntima, nada nos descubre tan perfectamente el misterio de su vida, ni nos permite conocerlo con mayor exactitud, como los propios escritos que de él conservamos. En un conjunto de breves frases encontramos la verdadera fisonomía moral del Siervo de Dios. Podremos así conocer cómo entendía el Santo la vida espiritual, y el puesto que en ésta daba a la divina Eucaristía.

*

Pascual se asemeja por su modo de pensar a los grandes místicos de su tiempo, tales como Santa Teresa, San Juan de la Cruz y San Pedro de Alcántara. Para nuestro Santo el fin del hombre es, como para aquellos, *la plena unión con Dios*, fuente de toda felicidad, unión a cuyo logro consagra él todos sus esfuerzos durante el curso de su vida.

Al objeto de alcanzarla, debe el alma recorrer un «camino áspero», al que llama la «cuesta del Carmelo», o bien la «noche oscura». Sus etapas vienen a ser «lugares en los que se reposa un instante para reparar las fuerzas y proseguir la marcha».

*

El punto de partida de este camino consiste en

«despojarse de toda cosa terrena y reducir a servidumbre el propio cuerpo. Los ayunos y las vigiliasson necesarios. Todo el que se echa a dormir o se carga de provisiones no se halla en disposición de hacer el viaje. Es también indispensable,

al efecto, la medida de la mortificación. No puede llevarse uno sino lo absolutamente imprescindible, como no puede tampoco detenerse más tiempo que el preciso para tomar aliento. La penitencia no tiene otros límites que los que le señala la ley de Dios».

*

Una vez puesta el alma en camino, necesita dos cosas: *conocerse a sí misma y conocer a Nuestro Señor Jesucristo*. Pero para ver ambas claramente, es necesaria

«una operación laboriosa del espíritu en busca de una verdad oculta», no menos que la «consideración atenta de las Santas Escrituras».

El alma conoce, gracias a estas consideraciones, «su pequeñez, su miseria, su nada. Arranca de raíz el amor propio y concibe de sí misma un horror grandísimo».

*

Como consecuencia de ello, «siente *sed de desprecios, de aflicciones* y de desaires, desea ser pisoteada y tenida en ningún aprecio». Es el «sufrir y ser despreciado por Ti» de San Juan de la Cruz.

«Sabe el alma que es merecedora por sus pecados de estos ultrajes y aflicciones. De aquí el que, al recibirlos, sienta en ello regocijo a causa de que así se le hace justicia».

Buscar este regocijo y embriagarse de oprobios y de dolores, parecía a nuestro Santo la cosa más natural del mundo. Santa Teresa decía: «o padecer o morir».

*

Quiere el alma entonces *asemejarse en toda a Jesucristo*. Al recorrer las Escrituras,

«la luz de lo que han dicho los Padres y los escritores, representándose como si entonces pasaran ante sus ojos los misterios del nacimiento, de la vida, pasión y muerte de Jesucristo, el alma se enamora de Él y quiere hacerse en todo semejante. He aquí en lo que consiste el ejercicio de todas las virtudes».

Este camino no puede recorrerlo el alma sino en «largos años», llegando por fin al

término de esta primera etapa:

«la unión de la inteligencia y de la voluntad con Dios Nuestro Señor. Ella se ve y se estima en lo que Dios la ve y la estima. Ella quiere para sí misma lo que Dios juzga que más le conviene. De aquí la paz de que goza».

*

A partir de entonces, *el alma «ve a Dios en las criaturas»*.

Las personas y los sucesos aparecen a sus ojos como otros tantos «emisarios de Dios, que ella acepta en la misma forma en que Dios los manda».

Guiada por esta verdad vuelve el alma a continuar su camino. Desde este punto «ilumínala una dulce claridad». La marcha, con todo, continúa siendo «difícil y laboriosa»:

Para proseguirla hay necesidad «de tiempo y de vigorosos esfuerzos. Si bien este camino no la conduce al término del viaje, la aproxima, sin embargo, a él y la coloca en una nueva etapa que será la última».

*

Todo lo ve como don de Dios:

El alma, entonces, «interrogando a su propia experiencia y a la autoridad de las Escrituras, pone su consideración en los beneficios de Dios». Y en vista de estos beneficios, «deplora los pasados extravíos, demanda perdón por ellos y da gracias al Señor».

Entretanto reconoce que Él es el «soberano dueño de cuanto existe, el autor de todo bien», mientras que ella «se hace apta, merced a estos beneficios, para servirle y agradecerle».

Piensa también en «su creación». Por Dios «fue sacada de la nada». ¿Con qué fin? «Con el de que le ame por toda una eternidad. ¡Ella, pues, estaba eternamente presente a Él como ser predilecto!... »

«Padre mío, exclama el alma por su parte, tú estabas enamorado de mí: ¿de ti proviene mi gloria y mi esperanza! ¡Con qué amor tan fiel y tan profundo debo yo amarte!...»

El alma se engolfa en la consideración de «los dones con que la adorna su Soberano: una inteligencia para conocerle, una memoria para acordarse de Él y un cuerpo para servirle». De aquí deduce que «ella se debe toda a Él».

El alma conoce cómo Dios «la ha colmado de gracias». «En vista de los méritos de Jesucristo, Él le ha dado al Espíritu Santo, privilegio de amor, signo de adopción, anillo de esponsales. Este Espíritu le comunica sus dones y sus frutos. Obra de este dador divino son las santas inspiraciones de la gracia y la eficacia inefable de los Sacramentos. ¡Demostremos gracias a Dios por este su don inenarrable!»

Su experiencia, a la vez, le hace ver «la perseverancia con que, sin desalientos, la ha buscado Dios, cómo la ha perseguido como a oveja errante, devolviéndola luego y colocándola en su redil. ¡Gracias, Pastor amabilísimo, por las advertencias que me has hecho, ya en el fondo de mi corazón, ya por boca de las criaturas!»

*

El alma se siente «justificada».

Una dulce confianza, fundada en la bondad de «Dios, que es autor de los pensamientos y de las acciones», le dice que «su voluntad ha cambiado. Ella ama ahora aquello mismo de que antes huía. Y exclama con San Francisco: “¡La amargura se ha convertido en dulzura!”»

El alma prueba diariamente que «Dios la gobierna».

«Ella por sí misma es pobre y desnuda de todo bien. Gracias al Señor se ve rica, se alimenta a saciedad y se fortifica y se alegra».

*

El alma *presiente los fulgores de su futura la glorificación*.

«Sus delicias sobrepujan a cuanto puede humanamente concebirse. Ella va muy pronto a descubrir con sus ojos la hermosura suprema de su Redentor, va a verlo rodeado de toda su gloria en los cielos».

Una tal perspectiva la enardece, así que llega a exclamar fuera de sí:

«¡Oh bondad suprema! ¡Oh eternidad profunda! ¡Oh majestad impenetrable! ¡Oh amor todo fuego! ¡Oh huésped suave! ¡Oh dulzura exquisita! ¡Oh rey de la gloria! Tú bastas para hacerme feliz, tú redimes sobreabundantemente, tú enseñas con sabiduría, tú guardas con solicitud. ¿Cómo podré yo corresponder a tus favores? ... »

«Y el alma lo recibe todo de la casa de Dios

como un presente por el cual da gracias. Y entra en el goce de esta dulce quietud, que es como el fundamento de su vida, posee esta sabiduría oculta que juzga a lo divino de todas las cosas, y gusta las delicias que se sienten en el servicio de Dios».

He aquí lo que constituye como un lugar de descanso en el que se toman fuerzas para recorrer la última etapa. Hasta este punto ha sido conducida el alma por la oración,

«fuente de toda justicia, alma de toda virtud, alimento de su hambre y sostén de su vida. La oración fue para ella lo que son para una ciudad los muros almenados y las torres; lo que para el cuerpo humano los nervios de los que recibe consistencia y movimiento. Prudencia, fortaleza, bondad, paciencia, igualdad de carácter, todo, en una palabra, lo debe a esta santa oración».

«Conversando con Dios, el alma, antes pecadora, ha alcanzado la sabiduría».

*

Le falta ya tan sólo recorrer la última etapa, es decir, «*entrar en la intimidad con Dios*».

«Para ello no hay necesidad de tiempo: basta un instante. Desaparece el trabajo, porque lo suple la ciencia infusa. Todo se reduce al ejercicio de aspiración. Es este estado un fuego que consume, alimentado de continuo por fervientes deseos de amor; fuego divino encendido en el alma amante por la bondad divina y acrecentado por medio de una apacible contemplación. Su término es el cielo».

El alma, que antes era «esclava» y «discípula», es ahora «la esposa que se deleita en admirar las perfecciones de aquel Dios con el cual está unida»... «¡Su Esposo es para ella el principio, el medio y el fin de todas las cosas!»

Él es la belleza que se refleja en la belleza de todas las criaturas, lo mismo en los cuerpos que en los espíritus: la belleza que transporta de júbilo a los ángeles. Él es la majestad que adoran temblando las celestiales milicias, siempre sumisas a sus órdenes. Él, en suma, es el amor. Y este amor es el manantial de todo bien. Es por su naturaleza fuego que quema, que inflama, que ilumina. Siendo Dios amor, crea, enriquece, ilustra, enciende el amor y concede la cal-

ma de una libertad inexpugnable. Él es la actividad fecunda en la calma inmutable.

El alma lo ama y con esto está satisfecha. Lo posee y posee en Él todas las cosas. La posesión de este tesoro la enajena en santos transportes de gozo:

«¡Amor, tú eres mío! ¡Qué dicha para mí el poseerte! ¡Vida, tú eres mi vida! ¡Fin venturoso, yo te entreveo! ¡Oh Dios, mi felicidad y mi contento!»

*

Ante el alma se desarrollan los beneficios de Dios, el amor de Jesucristo y la suprema perfección del Esposo; y entona *el cántico de acción de gracias*. Sus ojos descubren esta sabiduría divina que la ha buscado y que la conduce al término, y no cesa de prodigarle alabanzas.

Contempla la majestad incomparable de su Señor, y lo adora con la frente en el polvo. Se siente aprisionada con lazos de amor y rodeada de un círculo de fuego celeste, y dice a su Dios:

«Tú solo me bastas. Que nada venga ya a distraerme. El mundo no existe para mí. Tú eres mi padre, mi esposo, mi familia. ¡Tú mi anhelo, tú mi amor, tú mi fe!»...

Suplica aún, es cierto, pero a fin de satisfacer los deseos que tiene Dios de otorgarle sus gracias. Pide con amor y por amor: pide a Dios, a Dios únicamente... Y Dios, a su vez, tiene puestos sobre ella sus ojos y escucha, para colmarlos, los deseos de su corazón. La oración es para ella como una prenda de amor que se le exige para mantener la unión. ¡Dios sabe qué útil es al alma su presencia y cuánto le perjudicaría su ausencia, aunque tan sólo durara un momento!...

*

Su oración es entonces *una verdadera «contemplación»*. Muerta el alma para las cosas de este mundo, disfruta de los beneficios de la paz y de la dulzura interior, beneficios a los que nada logra igualar y que

sólo en el cielo pueden gozarse más plenamente.

El alma espera tranquila. Cuando Jesús le diga: «Venid», el alma tenderá sus alas y emprenderá el vuelo. El camino lo ha recorrido ya. Ha llegado al puerto. Sus ojos descubren la patria.

*

Los breves escritos y las plegarias del Santo nos muestran perfectamente *el lugar principal que ocupa la Eucaristía* en este viaje del alma hacia el reino eterno. La Eucaristía es un «Sacramento de amor».

«A su caridad infinita y al amor ardiente que nos profesa, debemos el que Jesús, Hijo de Dios vivo, haya dado a los hombres su Cuerpo y su Sangre en comida y bebida divinas, durante la tarde misma que precedió al día de su muerte».

Pascual juzgaba necesaria *la confesión sacramental* a fin de comulgar dignamente; así que la hacía preceder a todas y cada una de sus comuniones.

Los días que comulga se nota en él un mayor recogimiento y un más profundo silencio, «porque no está bien divulgar el secreto del Rey».

En presencia de Jesús que va a visitarlo, se considera a sí mismo como el «enfermo delante de su médico», como «Zaqueo, el publicano, frente a su huésped», como «el Centurión hacia el que se dirige Cristo». Su conciencia le dice que él es lo que una «casa que necesita limpieza», lo que un «hombre acometido por todas partes y privado de defensa», lo que un pecador «abrumado de crímenes y que necesita le sean éstos perdonados». Por eso, la consideración de su propia miseria le anonada.

«¿Quién soy yo ¡oh Dios grande y poderoso! para que tú te acerques a visitarme?»... «¿Quién es el hombre ¡oh Padre de misericordias! para que tú le hagas descansar en tu propio corazón? No bien es sacado de la nada, lo haces rey y lo colocas en un paraíso delicioso. Una vez redimido le preparas un festín, y en este festín ¡te ofrescas a Ti

mismo! ¡Oh Dios! ¡Cuánta condescendencia! ¡Cuánta liberalidad, en permitir que encierre en mi corazón a Ti, que eres infinito!...»

Y lleno de reconocimiento exclama:

«¡Oh buen Jesús! yo te ofrezco mi pobre alma, mi tibio corazón... ¡Yo, que he pecado! te suplico ablandes mi pecho endurecido y hagas brotar mis lágrimas. ¡Que éstas laven las manchas de mi alma!

«Mi vida no es otra cosa que una larga cadena de faltas, pero tú puedes perdonarme porque eres bueno y misericordioso. Perdón ¡oh amable Señor! pues estoy pesaroso de haberte ofendido y estoy resuelto a servirte en adelante con fidelidad inviolable...»

*

La Eucaristía es el confidente de Pascual durante la primera etapa del viaje.

«Yo soy lo que el pequeño Benjamín sentado a la mesa de su poderoso hermano José.

«Os pido por favor que me tratéis como a uno de vuestros amigos. Yo estoy enfermo ¡curadme! Estoy pobre ¡enriquecedme!

«Aumentad en mí la fe, el amor y las fuerzas, para que os sirva, para que pase mi vida alabándose, ¡para que llegue a poseeros en la gloria!»

La Escritura y su propia experiencia le demuestran asimismo la grandeza de la Eucaristía. Las sagradas páginas le dan a conocer su historia, y la experiencia le suministra las fórmulas de sus plegarias.

*

En la segunda etapa se le representa *la Eucaristía como la obra de Dios más excelente*. Para recibirla dignamente, invoca en su ayuda a la Santísima Trinidad.

«Jesús, por quien suspira mi corazón, yo te estoy preparando la ciudad de Dios, obra grande entre todas. ¡Padre celestial, ayudadme!

«Yo te estoy construyendo un templo consagrado a tu gloria. ¡Hijo de Dios, sabiduría eterna, inspíradme!

«Yo voy a recibir a la santidad por esencia. ¡Espíritu Santo, amor del Padre y del Hijo, sed para mi corazón una llama que ilumina, un fuego que purifica, un soplo que alienta!»

La Eucaristía era para nuestro Santo el manantial de todos los bienes. Él, al recibirla, se considera a los ojos de Dios con derecho al «perdón y a la vida». En ella hallará su fe una «armadura», su experiencia una «garantía», su voluntad una «boca».

La Eucaristía le hará perseverar «firme en el bien», «despreciador de las vanidades», «indemne en los asaltos de la concupiscencia», y será para él un «freno» y una «reforma completa».

«Sed para mí un aumento de caridad, ¡que el fuego sea más ardiente!; de humildad, ¡que mi pequeñez sea más profunda!; de paz, ¡que mi reposo sea más completo!; y de toda virtud, ¡que yo crezca sin cesar y que persevere en el bien hasta el fin!»

*

Durante la última etapa, asimismo, *la Eucaristía es para él causa de toda dulzura y de toda alegría*.

«Tus mismos labios ¡oh Jesús! lo han dicho: “Yo soy el Pan de vida que descendió del cielo; quien me come vivirá siempre”.

«¡Oh Pan, que eres la santidad misma, da a mi paladar la gracia de gustar de ti únicamente! ¡Concédeme que todo, fuera de ti, me sea insípido!

«¡Oh Pan, que eres la misma dulzura! En ti están encerradas todas las delicias y todos los sabores. Tú eres un aroma siempre embriagador. ¡Recibirte a Ti es deleitarse en la abundancia!

«¡Oh Pan, que eres el cielo mismo trasladado a mi corazón, haz que mi alma, rica en poseerte, se embriague con los placeres de los elegidos!...

«Yo te poseo como dentro de un velo. ¡Cuánto tarda en rasgarse a mis ojos ese velo, para que pueda yo contemplarte al descubierto, a Ti, resplandor vivífico y eterno!... ¿Llegará pronto a lucir el día claro de tu luminosa presencia?...»

Sucede con frecuencia que la etapa última del camino de la perfección, no obstante ser la última, no por eso deja de ser etapa. El camino no es el término; la patria está ante sus ojos, pero él no está todavía en ella. Así, pues, gime conmovido:

«¡Oh santa Hostia! ratifica entre uno y otro una unión indisoluble, ¡sé como un nudo que me sujete a ti para siempre!

«Yo estoy unido a Ti. Haz que el pecado no proyecte nunca sobre mi felicidad su sombra siniestra; que me haga insensible al mundo y a sus seducciones, que mi carne sea santa y sumisa, ¡que, en una palabra, mi triunfo sea completo!»...

Y seguro luego de que ha sido favorablemente acogida su oración, prorrumpe conmovido en acciones de gracias:

«Gracias te sean dadas ¡oh eterno Padre! que me has dado en la Hostia a tu Hijo, mi consuelo y mi libertad.

«Gracias te sean dadas ¡oh Redentor mío! que me haces rico con tu propia riqueza, la de tu Cuerpo y de tu Sangre.

«Gracias te sean dadas ¡oh Espíritu Santo, que eres todo amor! Merced al divino Huésped la caridad se desborda en mi corazón. ¡Que los ángeles del cielo, que las criaturas todas del universo, se unan a mí para cantar tus alabanzas!»

Tal es la plenitud de la gloria que comienzan en la gracia.

*

De lo dicho se desprende que *la Eucaristía era el centro y el hogar encendido de la vida interior de Pascual*. Ese amor tan ardiente que sentía por la Eucaristía es lo que, según todos los testigos, le obligaba a pasar todo el tiempo de que disponía al pie de los altares. En la Eucaristía hallaba luz, fuerza y consuelo.

«Sus meditaciones sobre el festín eucarístico, observa León XIII, le hicieron capaz hasta de escribir libros piadosos, de defender valerosamente la fe y de salir victorioso de grandes tribulaciones. El afectuoso ardor de su piedad misma se prolongó más allá del término de su vida mortal» (*Providentissimus*).

¿Dónde hallar, pues, un mejor Patrono para las Asociaciones eucarísticas?

19

Milagros después de la muerte

La gloria de los elegidos de Dios, ya sea en la tierra, ya en el cielo, no comienza sino después de la muerte.

«Diríase, observa Montalembert, que el Altísimo se propone, con solicitud paternal, proteger la humildad de sus Siervos con las sombras del olvido o de las contradicciones de este mundo, en tanto no son sus despojos mortales los únicos que pueden convertirse en objeto de peligrosos homenajes» (*Histoire de Sainte Elisabeth de Hongrie*, cp. XXX).

No bien Pascual entra en el gozo de su Señor, su cuerpo comienza a ser objeto de veneración para cuantos anteriormente le habían conocido. Las gentes se disputan la suerte de apropiarse alguno de los objetos que pertenecieron al Santo. Unos penetran en su pobre habitación, en donde se hallaban solamente una imagen de papel, algunas sandalias que había arreglado para uso de la Comunidad y varios trapos viejos. Otros acuden a rodear su cadáver para venerarlo y para tocar al mismo sus rosarios y otros objetos de piedad.

Fue preciso dejar expuesto en la iglesia el cuerpo del Santo para que no quedasen defraudados los deseos de la mucha gente que aflúa a visitarlo. Durante esos días Dios Nuestro Señor se digna honrar la memoria de su Siervo con admirables prodigios. Del rostro de Pascual mana un sudor maravilloso que no cesa de fluir a pesar de ser repetidas veces enjugado con un lienzo. Muchas fueron las milagrosas curaciones obtenidas mediante el uso de este licor su-

til y perfumado.

La noticia de un tal prodigio atrae a la iglesia multitud inmensa de personas. Todos quieren apreciarlo por sí mismos y pugnan por acercarse al santo cuerpo. Entre los concurrentes está uno llamado Bautista Cebollín, natural de Castellón de la Plana, lisiado de ambas piernas. Apoyado éste en sus muletas, consigue, con no po-co trabajo, abrirse paso hasta cerca del cadáver, y se inclina respetuosamente para besar la mano del Santo... cuando de improviso siente un ligero estremecimiento en todo su cuerpo, y viendo que podía estar en pie sin apoyo alguno, grita con indescriptible emoción: «¡Milagro! ¡Milagro! ¡Estoy curado!»

El grito causa impresión profunda en la concurrencia, la cual, aterrada por el contacto de lo sobrenatural, permanece por un instante muda de estupor, pero que luego, a semejanza de un mar agitado, se precipita con formidable empuje en la dirección de donde ha salido el grito.

Allí está aún Cebollín, puesto en pie y sin el menor vestigio de su pasada enfermedad, tenida por incurable. Profundamente agradecido a la clemencia de su bienhechor, sale al fin de la iglesia, proclamando el milagro y recorre sin la menor fatiga la población, invitando a los necesitados y a los enfermos a que no desperdicien la coyuntura de ir a buscar junto al santo cuerpo remedio para sus males.

Este milagro fue reconocido en el proceso de beatificación, y es mencionado en la Bula de Inocencio XII, *Rationi*.

Poco después se agolpan a las puertas del templo multitud de desgraciados que acuden a los pies del cadáver del Santo al objeto de impetrar la salud. Y las plegarias de muchos de éstos fueron favorablemente acogidas.

La Sagrada Congregación de Ritos reconoció

como auténticas cinco curaciones obradas por el contacto del cuerpo del Santo en los tres días en que estuvo éste expuesto en la iglesia; pero no emitió su juicio sobre el carácter de otros sucesos referidos por los antiguos historiadores.

El pueblo unía con las suyas las súplicas y lágrimas de los enfermos que suplicaban curación. Y los religiosos, profundamente conmovidos a la vista de un tal espectáculo, no pensaron en darle sepultura; cosa que, por lo demás, era casi imposible, dado el concurso del pueblo que acudía a venerarlo. Al anochechar consiguieron, por fin, los religiosos cerrar las puertas del templo y acercarse al santo cuerpo, para dar curso libre a su devoción.

Llegó con esto la mañana del día segundo de Pentecostés, y pronto la iglesia volvió a verse invadida por multitud fervorosa y recogida. Se cantó a eso de las diez la Misa de *Requiem*. Durante la celebración del Santo Sacrificio se acercó al catafalco una familia de Castellón de la Plana, alentada por la curación milagrosa de su vecino Bautista. El padre y la madre conducían a los pies del Santo a su hija Catalina Simonis, que padecía, de muchos años atrás, tumores malignos en la frente, en los brazos y en los pies. Todos los esfuerzos de los cirujanos solo habían conseguido aumentar los sufrimientos de la niña, cuyo cuerpo estaba ya lleno de incurables úlceras.

El padre de la niña ruega al Santo en alta voz y con toda confianza que se compadezca de la suerte de su hija. La madre, en tanto, aplica a las llagas de la paciente un lienzo humedecido en el sudor que mana del rostro de Pascual.

Al llegar al momento de la consagración y de la elevación de la sagrada Hostia, el padre de la niña, exclama levantándose de repente y con el rostro demudado por la emoción: «¡Ánimo! ¡Milagro! ¡Milagro! ¡Fray Pascual abre los ojos!»

Los circunstancias, con estupor fácil de

comprender, vuelven entonces la vista hacia el cadáver. Cuando la elevación del cáliz, ven que el Santo abre de nuevo los ojos, los fija en el altar y vuelve a cerrarlos cuando el sacerdote coloca sobre el altar el cáliz que contenía la Sangre preciosa de Jesucristo.

En este mismo instante obtiene su curación la pequeña Catalina, sin que quede en su cuerpo señal alguna de sus horribles llagas.

Este milagro, atestiguado por numerosísimas personas, fue reconocido en el proceso de beatificación y mencionado por Inocencio XII en la Bula *Rationi*. Y León XIII, a su vez, hace alusión al mismo por estas palabras: «Jacens in feretro, ad duplicem sacramur specierum elevationem, bis oculos dicitur reserasse». (*Providentissimus*, 28-XI-1897). El P. Cristóbal de Arta lo refiere con todo lujo de detalles (*Vita*, I,II, cp. II).

¡Así manifestaba el humilde Pascual, veinticuatro horas después de su muerte, la devoción que había profesado al augusto Sacramento por medio de un prodigio, cuya veracidad Dios garantizaba con una curación milagrosa!

Otros sucesos de esta índole, y no menos formidables, sucedieron en ese mismo día, atestiguando siempre la santidad eminente del Siervo de Dios (*Cft. Bolan-distas*, tom. IV *Sanct., maji, Vita B. Paschalis*, cp. XII).

Todos estos prodigios suscitaron un enorme entusiasmo en el pueblo y también en otros religiosos de otros conventos. En el tercer día después de Pentecostés se pensó en dar sepultura a los restos de fray Pascual, pero era tal la multitud que llenaba la iglesia que no había modo de cumplir este deber. El padre Guardián se vió, pues, obligado a reclamar la ayuda del comandante de la plaza, que acudió con los soldados de la guarnición. La mu-chedumbre fue evacuada de la iglesia a la fuerza. Las puertas se cerraron y los religiosos, tomando el

santo cuerpo, lo co-locaron en un ataúd de madera, recu-briéndolo con cal viva para acelerar su consunción.

Cerrado el féretro, fue colocado en un nicho abierto en el muro, debajo de una imagen de María, ante la cual solía orar el Santo con mucha frecuencia. Una vez terminado el sepelio abrióse de nuevo al público la puerta del templo. La multitud llenó de nuevo la iglesia inmediatamente, y al ver que se la había privado del cuerpo del Santo, intentó destruir su sepulcro, cosa que sin duda hubiera hecho a no habérselo impedido los soldados.

Sin embargo, una nueva curación realizada ante el sepulcro apaciguó la excitación de los espíritus. Nos referimos a la curación de una pobre mujer llamada Catalina Solá, que estaba lisiada a consecuencia de una grave caída. Con esta curación les hacía conocer el Santo que no olvidaba a su pueblo. Y de hecho el Siervo de Dios continuó testimoniando la eficacia de su protección para con los habitantes de Villarreal y para con todos aquellos que confiadamente le invocaban.

Multitud de prodigios, reconocidos casi todos en los procesos de beatificación y canonización, y entre los cuales figuran muchas resurrecciones de muertos, vinieron después a confirmar a los ojos del mundo la santidad de Pascual y la gloria de que gozaba el Santo en el reino de Dios.

Ocho meses después de la muerte del Bienaventurado llegaba a Villarreal el provincial, P. Juan Ximénez, quien ordenó se abriera en su presencia el sepulcro del Siervo de Dios. Se abrió el féretro, salió de él un suave perfume y pudo verse el cuerpo del Santo completamente intacto. Tuvo esto lugar durante la noche, en presencia del Guardián y de dos religiosos del convento. Una vez practicado dicho reconocimiento, el Provincial dispuso que se dejara el ataúd

en el lugar que antes ocupaba y que se cerrase de nuevo el sepulcro (P. Ximénez, *Crónica* cp.LXV).

El cadáver fue exhumado una vez más en 1594, en presencia del P. Diego, provincial, y a petición de los religiosos de Villarreal, que deseaban verlo por vez postrera. Los vestidos estaban, a la sazón, reducidos a polvo, pero el cuerpo no presentaba aún señal alguna de descomposición.

Poco tiempo después llevóse a cabo una nueva inspección del cadáver, el cual continuaba intacto, si bien se notó que, debido a una piedad indiscreta, había sido forzada la cerradura del féretro por la parte a que daban los pies, al objeto de robar al cuerpo algunas reliquias. Esto nos da a conocer la causa de que hayan podido llegar a diversos lugares muchas reliquias del Santo.

Por último, el comisario apostólico, Gesenio Casanova, obispo de Segorbe, abrió el 23 de julio de 1611 el féretro en presencia del P. Ximénez, procurador de la causa, del párroco de Villarreal, de las autoridades civiles y de varios médicos y personas de distinción. El Obispo promulga la pena de excomunión reservada al Soberano Pontífice contra los que se atrevan a apoderarse de cualquier reliquia. El santo cuerpo aparece bien conservado y sin señal alguna de descomposición, y de él se desprende un suave olor que fue sentido por todos los presentes.

La memoria de este justo era un perfume suave, símbolo del buen olor de sus virtudes. Los cuatro médicos y cirujanos presentes escribieron, bajo la fe del juramento, el acta auténtica de este reconocimiento. Atestiguaron que no podía atribuirse a causa alguna natural tan admirable conservación, y redactaron en tal sentido una declaración, que firmaron después, y que fue además confirmada por el Obispo y los demás testigos, y se halla inserta en los legajos de la causa.

A todo esto los milagros iban en aumento, y se realizaban innumerables curaciones, ya junto al sepulcro mismo, ya por medio de las reliquias del Santo. Grandemente impresionados los hijos de San Francisco y las autoridades eclesiásticas a la vista de estas manifestaciones sobrenaturales, resolvieron en seguida iniciar los trabajos para procurar la canonización del Siervo de Dios.

20

Los golpes de San Pascual

Por los años de 1609 habitaba en el convento de Villarreal un sobrino de nuestro Santo, llamado Fr. Diego Bailón. El joven religioso, de una gran inocencia de costumbres y de gran virtud, estaba encargado del oficio de limosnero. Al volver de sus excursiones, solía este religioso pedir la bendición del Padre Guardián, e iba a orar ante el sepulcro de su glorioso tío. Una vez allí le daba cuenta, con ingenua confianza, de los incidentes de su viaje, le recomendaba a los bienhechores y le exponía sus sufrimientos.

No bien terminaba la relación de sus aflicciones sentía en la caja sepulcral un cierto ruido, cual si el Santo acabara de moverse en el féretro. Otras veces llegaban a sus oídos suaves golpes, y entonces

sentía en su corazón un gran consuelo. Los superiores, al conocer estos sucesos, comprobaron por sí mismos la veracidad de lo referido.

A partir de aquella época se repitió el prodigio con frecuencia, hasta tal punto que el P. Cristóbal de Arta, procurador de la causa, pudo reunir más de cincuenta ejemplos, sucedidos por aquel entonces y todos ellos plenamente comprobados (*Vita* I.II, cp.XV).

Transcribiremos aquí algunos de ellos. Durante el asedio de Pontarchi, se oyeron ligeros golpes, salidos del féretro, que anunciaron la brillante victoria obtenida sobre las tropas francesas por las tropas españolas. En 1640 se oyeron a lo largo de quince días golpes formidables, con los que anunciaba el Santo la rebelión de Portugal contra España.

Diego Candel, carmelita descalzo, era muy devoto del Santo, pero no se atrevía a hablar desde el púlpito sobre «los golpes de San Pascual», como ya entonces se les llamaba. Habiendo acudido cierto día a la iglesia de Villarreal, se puso a suplicar al Santo tuviera a bien disipar sus dudas, y sintió luego resonar tres golpes. El religioso, no obstante, prolongó su oración, y el Santo correspondió otra vez con tres nuevos golpes, los que, seguidos por último de otros tres, concluyeron por desvanecer para siempre sus vacilaciones.

La noticia de semejantes prodigios hizo que dos Padres jesuitas decidieran estudiar la cuestión sobre el terreno. Fuéronse a visitar la capilla en donde descansaba el santo cuerpo, y una vez allí pusiéronse a discutir acaloradamente acerca de la imposibilidad del prodigio. Una piadosa mujer que les oía, dirigió interiormente al Santo esta plegaria: «Mi querido Santo, es preciso que deis un golpe formidable con que tapar la boca a estos Padres». No había aún terminado la buena mujer esta súplica, cuando

las santas reliquias hicieron resonar un golpe violentísimo. La mujer entonces, acercándose a los Religiosos les dijo la plegaria que acababa de hacer, y éstos, confusos, cayeron de rodillas ante el glorioso sepulcro, y dieron gracias al Santo por haberse dignado realizar en su presencia tan admirable prodigio.

Muchas otras fueron aún las circunstancias en que se repitieron estos golpes. Muchas fueron, también, las personas de consideración que pudieron presenciar parecidos prodigios, como el arzobispo de Paterno, Pedro de Aragón, y el virrey de Sicilia. Fenómenos semejantes se repitieron, de igual modo, en las imágenes y reliquias del Santo que recibían culto en diversos lugares. Numerosas personas que, en medio de sus aflicciones, recurrían a implorar su protección, fueron favorecidas con estos golpes, en prueba de haber sido atendidas favorablemente sus plegarias.

De este mismo prodigio fueron testigos, en 1669, muchos Obispos reunidos en presencia del Virrey, en ocasión en que se trataba de la canonización del Santo. El Arzobispo de Valencia y los otros Prelados enviaron a la Sagrada Congregación de Ritos una relación circunstanciada de los mencionados sucesos.

«Un tal prodigio, agrega Cristóbal de Arta, es en la actualidad tan frecuente en el reino de Valencia, que llega ya a reputarse la cosa más natural del mundo» (*Vita* I.II, cp.XV). Este fenómeno maravilloso tuvo muchas veces por objeto reavivar la devoción hacia el Santísimo Sacramento del altar, y era conseguido por medio de alabanzas a la Eucaristía. Así, pues, Pascual velaba, aun después de su muerte, por el culto de Jesús en el Sacramento, por el consuelo de los afligidos y por el bien de las almas.

21

Gloria póstuma

Los habitantes y las autoridades de Villarreal, conmovidos ante la multitud de prodigios que se obtenían por intercesión del Bienaventurado Pascual, enviaron en noviembre de 1592 al Obispo de Tortosa una diputación para suplicarle abriese una información jurídica acerca de las virtudes y milagros del Siervo de Dios, fray Pascual. El Prelado accedió gustoso y designó a un oficial suyo y al Prior de los dominicos de Castellón, para que diesen comienzo a las informaciones.

Estos debían interrogar a los testigos y notar cuidadosamente sus declaraciones, después de exigir de los mismos el juramento de que dirían en todo la verdad. Un notario consignaba por escrito estas declaraciones, que debían luego ser remitidas secretamente al Obispo.

Los comisarios diocesanos convocaron a todas las personas que habían conocido al Santo o que habían recibido sus favores. Después de haber jurado éstas decir en todo la verdad, declararon cuanto sabían sobre el Siervo de Dios.

Muchos de los testigos eran pastores y aldeanos que conocieran a Pascual en su juventud, y no pocos religiosos que le habían tenido por compañero en el convento. En esta ocasión fue cuando hicieron sus declaraciones, con varios otros, Juan Aparicio y García, de los cuales hemos hablado en el curso de esta historia. Este proceso diocesano preparatorio terminó en agosto de 1594. El P. Ximénez se valió para su crónica de estas declaraciones, además de sus recuerdos personales.

La Sagrada Congregación de Ritos, habiendo conocido estos documentos, delegó en 1611 al obispo de Segorbe, para instruir un nuevo proceso sobre fray Pascual, esta vez en nombre de la Iglesia romana y como delegado de la Sede Apostólica.

En esta ocasión hicieron sus segundas declaraciones Aparicio y varios otros que vivían aún, y que habían conocido personalmente al Santo. El P. Cristóbal de Arta, postulador de la causa, registró muchas de estas informaciones y ciento setenta y cinco milagros obrados por mediación de San Pascual. Entre todos estos milagros hay uno que merece ser consignado particularmente.

Un hombre de Valencia acababa de asistir al sermón en la iglesia de los franciscanos de la Ribera. Cuando regresó a su casa, refirió a su familia lo que acababa de oír sobre las virtudes y milagros del Santo, y la animó a que eligiese a éste por patrono. Durante la noche enfermó repentinamente y murió. Su mujer, loca de dolor, cayó de rodillas y dijo al Santo:

—Mi buen Santo, haced que mi marido vuelva a la vida, a fin de que pueda recibir los últimos Sacramentos, y tener así una muerte digna de un buen cristiano. Ahora precisamente se está trabajando por vuestra canonización, y es preciso que hagáis este milagro, si queréis que se os tribute el honor de los altares.

Entre tanto los médicos llamados a toda prisa habían certificado su muerte, que atribuían a una apoplejía fulminante. La mujer no por eso pierde las esperanzas, y coloca sobre el rostro del cadáver un pequeño trozo de lana que había pertenecido a la túnica del Bienaventurado.

En aquel preciso momento abre los ojos el difunto exclamando: «¡Jesús! ¡Jesús! ¡Yo estaba muerto!... ¿Cómo es que he vuelto a la vida?...» Pocos momentos después la casa se llena de gente, y son los médicos los primeros en proclamar el milagro. Con todo, el buen hombre se resiste a levantarse, y pide una y otra vez le sean administrados los últimos Sacramentos. Se accede a sus deseos, y en la noche siguiente entrega de nuevo el espíritu al Señor. Su mujer lloraba, diciéndose:

—Si hubiera pedido la vida para mi marido, yo no dudo que el buen Santo me la hubiera alcanza-

do.

El P. Cristóbal de Arta relata con ésta otras doce resurrecciones, casi todas de niños (*Vita* I.III, cp.I). Fray Pascual, aun después de su muerte, procuraba para sus devotos la gracia de morir reconciliados con Dios y fortificados con el santo Viático.

La relación de éste y de otros milagros fue enviada a Roma, acompañada de las súplicas de Felipe III, rey de España y terciario franciscano. La jerarquía eclesiástica de España y la Orden de Frailes Menores unieron sus súplicas a las del rey para obtener la beatificación del Siervo de Dios.

Paulo V acogió su demanda y la sometió a la Congregación de Ritos. Los Cardenales examinaron los documentos y se inició el proceso romano definitivo, que terminó felizmente. Y así, el 29 de octubre de 1618 el Papa Paulo V firmó el decreto de beatificación *In sede principis* por el que se daba a Pascual el título de *Bienaventurado* y se permitía rezar el Oficio y celebrar la Misa en su honor.

Esta facultad, restringida en un principio al reino de Valencia, fue ampliada en favor de todos los franciscanos y del clero de Villarreal y de Torre Hermosa respectivamente, en virtud del decreto *Alias pro parte* del 10 de febrero de 1620.

Un año más tarde muere Paulo V, y su sucesor Gregorio XV ordena a la Congregación de Ritos, que dé dictamen acerca de la heroicidad de las virtudes y de la autenticidad de los milagros atribuidos a Pascual Bailón. Los Cardenales, reunidos en tres sesiones, declararon que se podía proceder a la canonización del Bienaventurado Pascual, cuya fiesta había sido señalada ya por Paulo V para el 17 de mayo, día aniversario de su muerte. Por distintas razones, sin embargo, la causa del Beato Pascual experimenta ciertos retrasos en su proceso.

Finalmente, cumplidas todas las exigencias canónicas, el 16 de octubre de 1690, Alejandro III procede a la canonización solemne, declarando que

«el Bienaventurado Pascual es Santo, y que la Iglesia celebrará su fiesta, según el rito de Confesores, el 17 de mayo, día en que descansó en el Señor».

Su sucesor, Inocencio XII publicó en 1691 la bula de canonización *Rationi congruit*. Así, pues, un siglo después de su muerte Pascual era honrado por la Iglesia con el más alto título que puede recibir un cristiano: el de *Santo*.

La Santa Sede concedió indulgencia plenaria a todos los fieles que en el día de la fiesta del Santo visiten una iglesia franciscana.

El culto de San Pascual se propagó muy rápidamente. Los numerosos favores obtenidos por su intercesión, en especial para la sanación de graves enfermedades, contribuyeron a aumentar la confianza que en él tenían los pueblos. Se venera hoy su sepulcro en la iglesia del convento de Villarreal.

León XIII honró de nuevo de modo excelso a San Pascual, nombrándole el 28 de noviembre de 1897 «Patrono particular de los Congresos eucarísticos y de todas las Asociaciones que tienen por objeto la divina Eucaristía, que hayan sido instituidas hasta el presente o que en adelante se instituyan» (*Providentissimus*).

22

Sepulcro de San Pascual

Nota de la Fundación GRATIS DATE

Los datos que siguen resumen la información que puede hallarse en http://members.es.tripod.de/San_Pascual/historia.htm.

Los Religiosos Descalzos, Franciscanos reformados por San Pedro de Alcántara, de ahí llamados también *alcantarinos*, llegaron a Villarreal en 1577 con el fin de fundar un convento. De la ermita de Nuestra Señora de Gracia, donde moraban, se trasladaron en 1578 a la ermita de Nuestra Señora del Rosario, extramuros, donde se construyó el convento alcantarino. En él vivió sus últimos años fray Pascual Bailón.

Tras la santa muerte de fray Pascual y su beatificación, se dedicó en 1680 al Sepulcro que guardaba su cuerpo incorrupto una hermosa capilla, que el rey Carlos II, al año siguiente, hizo del Patronato Real.

A raíz de la exclaustación de 1835, los alcantarinos tuvieron que abandonar el convento. En 1836 lo ocuparon las religiosas Clarisas, procedentes de su monasterio de Castellón. Estas monjas de vida contemplativa siguen hoy custodiando el Sepulcro y velando el Santísimo Sacramento, expuesto permanentemente en el altar mayor del Santuario.

En 1899, habiendo sido San Pascual declarado Patrono universal de las Asociaciones eucarísticas, una peregrinación nacional, presidida por el Rey, acudió a venerar

sus sagrados restos.

Al inicio de la Guerra Civil, en 1936, fue profanado el Sepulcro e incendiados y destruidos la Capilla Real, el Templo primitivo y el cuerpo incorrupto de San Pascual. En 1942 se inició la reconstrucción del *Templo Votivo Eucarístico Internacional de San Pascual*, erigido junto a los restos del antiguo Monasterio con la idea de restituir la Real Capilla y el Sepulcro, para que allí pudieran venerarse los restos recuperados del Santo, el cráneo y parte de sus huesos. El Templo fue consagrado en 1974.

El 17 de mayo de 1992, IV centenario de la muerte de San Pascual, el Rey don Juan Carlos inauguró la Real Capilla y presidió el traslado de los restos del Santo a su nuevo Sepulcro. Los escudos de Carlos II y Juan Carlos I, en la predela, simbolizan el Patronato Real.

En el centro de la Capilla destaca un sarcófago, de granito oscuro, sobre el que descansa la imagen yacente de San Pascual, de plata, inspirada en su cuerpo incorrupto. Detrás se halla la celda donde murió. Un retablo de 14 metros de altura contiene cincuenta figuras, esculpidas en alto relieve, que representan escenas y personajes relacionados con San Pascual y la Eucaristía.

Debajo, en el altar, está el *Cartapacio*, manuscrito del Santo. Enfrente del retablo, un bajorrelieve eucarístico de bronce sobredorado, adorna el trasagrario. Los espacios laterales, en forma de ábside semicircular, se ornamentan con otros seis relieves, a modo de friso, que narran detalles de la vida y prodigios de San Pascual.

En la planta baja de la Real Capilla se conserva el Pozo de San Pascual, Pouet del Sant, cuyas aguas son muy apreciadas por los fieles devotos.

En 1997, primer centenario del nombramiento de San Pascual como Patrono de todas las Asociaciones eucarísticas, se llevaron a cabo diversas iniciativas. En septiembre, se celebró en Villarreal el Congreso Eucarístico Nacional de España. Y a los lados de la basílica de San Pascual se elevaron dos campanarios gemelos de unos

50 metros de altura, en donde quedó instalada la campana de volteo mayor del mundo y también el carillón más grande de España. Estas obras se han llevado a cabo en su mayoría por aportaciones populares.

San Pascual, Patrono de las Asociaciones eucarísticas

LEÓN XIII, PAPA

Documento Pontificio que nombra a San Pascual Bailón Patrono de los Congresos Eucarísticos y de todas las Asociaciones Eucarísticas.

Para perpetua memoria

La Providencia de Dios (*Providentissimus Deus*) excelsa, que dispone las cosas de un modo a la vez fuerte y suave, atendió a su Iglesia de manera tan particular que, precisamente cuando las circunstancias se muestran menos favorables, le ofrece motivos de consuelo suscitados de la misma dureza de los tiempos.

Esto, que se ha visto con frecuencia en otras edades, puede apreciarse sobre todo en las actuales circunstancias de la sociedad religiosa y civil, en las que, levantándose los enemigos de la tranquilidad pública con creciente insolencia, y procurando con ataques diarios y fortísimos destruir la fe de Cristo y aún toda la sociedad, quiso la Bondad divina oponer a estas perturbaciones los preclaros trabajos de la piedad cristiana.

Lo cual ciertamente manifiestan la devoción al Sagrado Corazón, difundida por todas partes, el celo que en todo el mundo se despliega en acrecentar el culto de la Virgen María, los honores

que se concedieron al inclito Esposo de la misma Madre de Dios, y las sociedades católicas de varias clases fundadas para la defensa incondicional de la fe y para otras muchas finalidades, que promueven la gloria de Dios y fomentan la caridad, ya ejercitándolas, o bien implantándoles donde no existen.

Mas si bien todo esto impresione gratísimamente Nuestro ánimo, creemos, sin embargo, que el compendio de todas las bondades del Señor está en el aumento de la devoción entre los fieles hacia el Sacramento de la Eucaristía, después de los Congresos grandiosos habidos por esta época sobre este asunto. Porque nada juzgamos más eficaz, según ya en otras ocasiones hemos declarado, para estimular los ánimos de los católicos, ya a la confesión valerosa de la fe, ya a la práctica de las virtudes dignas del cristiano, como el fomentar e ilustrar la devoción del pueblo en orden a aquella inefable prenda de amor que es vínculo de paz y de unidad.

Siendo, pues, digno este importantísimo asunto de nuestras mayores atenciones, así como frecuentemente hemos alabado los Congresos Eucarísticos, así ahora, estimulados por la esperanza de más abundantes frutos, hemos determinado asignar a aquellos un Patrono celestial de entre los bienaventurados que con más vehemente afecto se abrasaron en el amor hacia el santísimo Cuerpo de Cristo.

Ahora bien, entre aquellos cuyo piadoso afecto hacia tan excelso misterio de fe se manifestó más encendido, ocupa un lugar preeminente San Pascual Bailón. Quien poseyendo un espíritu grandemente inclinado a las cosas celestiales, habiéndose ocupado con vida purísima durante su adolescencia en el pastoreo de rebaños, y abrazado un género de vida más austero en la Orden de Menores de la más estrecha Observancia, mereció en la contemplación del sagrado banquete recibir tal ciencia que, siendo rudo y sin estudio alguno, pudo responder a cuestiones difficilísimas sobre la fe y aun escribir libros piadosos. Además, entre los herejes sufrió muchas y graves persecuciones, y émulo del mártir Tarsicio, vióse expuesto frecuentemente a dar su vida por confesar pública y manifiestamente la verdad de la Eucaristía. El amor a ésta parece haberlo conservado aún después de muerto, toda vez que tendido en el féretro dicese haber abierto los ojos por dos veces a la doble elevación de las sagradas especies.

Es, pues, manifiesto que no puede asignarse otro Patrono mejor que él a los Congresos católicos de que hablamos. Por lo cual, así como hemos encomendado a Santo Tomás de Aquino la juventud estudiosa, a San Vicente de Paul las asociaciones de caridad, a San Camilo de Lelis y a San Juan de Dios los enfermos y cuantos se consagran a su auxilio, por igual razón, como cosa excelente y gozosa y que redunde en bien de la cristiandad, en virtud de las presentes, con nuestra suprema autoridad,

declaramos y constituimos a San Pascual Bailón peculiar Patrono celestial de los Congresos Eucarísticos, así como también de todas las Asociaciones Eucarísticas existentes o que en lo sucesivo se instituyan.

Y esperamos confiadamente como fruto de los ejemplos y del patrocinio del mismo Santo, que muchos cristianos consagren cada día su espíritu, sus decisiones y su amor a Cristo Salvador, principio sumo y santísimo de toda salud.

...

Dado en Roma, en San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el día 28 de noviembre de 1897, año vigésimo de Nuestro Pontificado.

Bibliografía

En el Convento de San Pascual Baylón, Monjas Clarisas, 12540 Villarreal (Castellón), se pueden obtener las obras siguientes:

Opúsculos de San Pascual Bailón, Vila-real 2000, 280 pgs.

El cartapacio de San Pascual Baylón, Villarreal 1995, 83 pgs.

RAMBLA, Pascual, OFM, *San Pascual Baylón*, Villarreal 1995, 278 pgs.

DE SALES FERRI CHULIO, Andrés, *Iconografía popular de San Pascual Baylón*, Villarreal 1992, 157 pgs.

Novena de San Pascual, 40 pgs.

En http://members.es.tripod.de/San_Pascual/bibliografia.htm, se ofrece la siguiente bibliografía:

ABADÍA, Francisco: *Oración gratulatoria en la solemne acción de gracias que dedico a Dios y a San Pascual Baylon. Don Thomas Azpuru, Arzobispo de Valencia, en reconocimiento del reparo de su quebrantada salud / dixola en el Con-vento de Nuestro Padre San Francisco de Zaragoza, el día 17 de mayo de 1771. Fr., Zaragoza: Francisco Moreno, 1771, 36 p.; 4º.*

ARRATÍBEL, JUAN S. S. S., *San Pascual Bailón*, en *Año Cristiano*, Tomo II, Madrid, Ed. Católica (BAC 184), 1959, pp. 400-406.

BEATIFICACIONES Beati Paschalis Baylon ex Discalceatis Ordinis Minorum Regularis Observantiae Provinciae S. Ioannis Baptistae Regni Valentiae, Romae: ex typographia Camaræ Apostolicæ, 1618, 1 h.; Fol.

BEAUFAYS, P. Fr. Ignacio, O. F. M., *Historia de San Pascual Bailón, de la Orden de Frailes Menores, Patrono de las Asociaciones Eucarísticas*, traducido de la segunda edición francesa por Fr. Samuel Eiján, O. F. M., en Barcelona, Tipografía Católica, calle del Pino, nº 5, 1906, 265 páginas.

BLANCO UNZUÉ, Mª Pilar – ROY SORIA, Antonio – GRACIA BLANCO, Marta – MARTÍN CASTILLA, Rafael: «Hallazgos musicales en el archivo parroquial», *Ador*, 2, La Almunia de Doña Godina: Centro de Estudios Almunienenses, pp. 243-275. Estudio de un manuscrito, fechado en 1884, y que contiene *los gozos* que se cantaban a San Pascual Bailón.

CARCELLER FERRER, Bautista: *Cordonets de Sant Pasqual: 50 artículos sobre el Santo de la Eucaristía*, Castellón: Diputació de Castelló: Servei de Publicacions, 1998, 151 p.: il.; 24 cm.

CASTELLANOS DE LOSADA, Basilio Sebastián: *Vida del glorioso San Pascual Bailón*: publicada en la Biografía Eclesiástica Completa por el director de la misma, Madrid: [s.n.], 1863,

52 p.; 23 cm. Imp. de Alejandro Gómez Fuente-nebro.

COMPENDIO de la vida y novenario de S. Pascual Baylon: según se practica en el Real Convento de San Diego, Franciscos Descalzos, extramuros de la ciudad de Murcia / escrito por un religioso del mismo convento, [Murcia]: en la imprenta de la Viuda de Teruel, 1793, 44 p.; 8°.

EXTENSIO solemnizationi Festi Beati Paschalis Baylon Discelceatorum Provinciae S. Ioannis Ordinis Minorum Regularis Observatiae pro universis Religiosis utriusque sexus eiusdem Ordinis in Hispaniae regnis utriusque Coronae Castellae Aragoniae: «pro cuncto Clero Oppidis ubi dicti Beati Corpus requiescit» natus fuit, Romae: ex typographia Camerae Apostolicae, 1620, 1 h. pleg.; Fol.

FERNÁNDEZ, Antonio Pablo: *El ángel lego y pastor, San Pascual Baylón*. Comedia en tres actos, en verso (manuscrito) [s.a.]

FERNÁNDEZ, Antonio Pablo: *Comedia famosa. El ángel lego y pastor, San Pascual Baylón*. Madrid: Antonio Sanz, en la Plazuela de la calle de la Paz, 1745, 40 p.; 20,5 cm.

FERRI CHULIO, Andrés de Sales: *Iconografía Popular de San Pascual Bailón*, Villarreal: Caja Rural Católico Agraria, 1992, 157 p.: il.; 29,5 cm.

FITA, Pascual: *Sermón del glorioso San Pascual Bailón, que en la solemne fiesta que anual-mente le consagra su ilustre Cofradía* / dixo en el convento de San Juan de la Ribera, extramuros de esta ciudad, el Sr. Dr. D..., el día 22 de mayo de 1809, Valencia: Joseph Estevan, 1809.

GONZÁLEZ LUDEA, Pedro: *Herman Cohen y San Pascual Bailón y Jubera*, Barcelona: La Adoración Nocturna, 1905, 30 p.: il.; 15 cm. Imprenta La Hormiga de Oro.

GOZOS al glorioso San Pascual Bailón, Valencia: Lib. Vda. de R. Ortega, [s.a.], [1] h.: il.; 32 cm.

IOSEPH DE IESUS: *Cielos de fiesta, Mysas de Pascua, en fiestas reales, que a S. Pascual coronan sus mas finos, y cordialissimos devotos, los myy esclarecidos hijos de la ciudad de Valencia, que con la magestad de la mas luzida pompa, echó su gran devocion el resto, en la Fiestas de la canonizacion de San*

Pascual Baylon. Retrátalas en mal formados rasgos, en el visto lienço de los cielos, el toscó pincel de la menos discreta pluma del Padre, Valencia: Francisco Mestre, 1692.

LÓPEZ MELÚS, Rafael María: *San Pascual Bailón*, Sevilla, Ed. Apostolado Mariano, Col. Piedad Infantil, 28; 24 p.: il.

LORTE Y ESCARTÍN, Jerónimo: *Los dos mejores corderos de la grey serafica S. Iuan de Capistrano y S. Pasqual Baylon: Oracion pane-girica, encomiastica o demostrativas de las he-roycas virtudes y enminentes perfeccionnes que les merecieron su canonización / proclamada por el R. P. Fr. Zaragoza: Pascual Bueno, 1692, [4], 40 p.; 4°.*

MEREGA, Rómulo: *Pentagios celebres en las divinas letras, su misterioso epílogo S. Pasqual Baylon: oracion panegirica: que miercoles a 26 de setiembre de 1691 en Alcudia a festejado la canonizacion de S. Pasqual Baylon en el Convento de Santa Barbara / dixo Fr. del Real Orden de N.S. de la Merced, Valencia: Francisco Mestre, 1691, [10], 24 p.; 4°.*

MISSAS. *Paschalis Baylon Confessoris*, Romae: typis Reu. Cam. Apost., 1694, [2] p.; Fol.

NOVENA al Santo del Sacramento San Pascual Bailon: según se practicaba en el Convento de San Diego de esta ciudad, Murcia: [s.n.], [s.a.], 15 p.: il.; 16 cm. Imp. de Pedro Belda. Pedro Belda imprimió en Murcia entre los años 1857 y 1894.

NOVENA de San Pascual Bailon, Madrid: Librería Católica de D. Gregorio del Amo, 1900, 40 p.; 15 cm.

OCA, Diego de: *Del Beato Pasqual Baylon / dixola el Padre Fray Francisco Descalço; el Señor Don Francisco Escoria y Ladron la da a la estampa, Valencia: Geronimo Vilagrassa, 1668, [8], 49 p.; 4°.*

PANES, Antonio: *Vida del beato fray Pascual Baylon, religioso de la Regular Observancia de San Francisco / escrita por fray Valencia: en casa de los hered. de Crisostomo Garriz, por Bernardo Nogues, 1655, [16], 520, [30] p.; 4°.*

PORRENTROY, L. A. de: *Saint Pascual Baylon, Patron des Ouvres eucharistiques*, Paris, 1899.

RAMBLA, Padre Pascual, o.f.m.: *San Pascual Bailón*. Ediciones «Provincia Franciscana de

Cataluña». Barcelona, 1979.

RAMÍREZ, Pedro: *Novena de San Pasqual Baylon, por antonomasia Santo del Sacramento / coordinada y dispuesta por F. de Religiosos Menores Descalzos, Murcia: en la imprenta de Phelipe Teruel, vive en la Lencería, 1763.*

RELACION *svmaria veridica del solemnisismo aplavso, y trofeo glorioso, con que la Sacras Religiones, del Serafin humano Francisco, el Fenix abrasado Augustino, y del Padre de pobres San Juan de Dios, y Coronada Villa de Madrid, celebraron la fiesta de la Canonizacion de los Santos San Juan de Capistrano, Defensor del Santissimo Nombre de Jesvs, açote de los Hebreos, terror de los Hereges, Capitan Protector de las Armas Catholicas contra las Othomanas, Hijo del fecundissimo Padre de Santos Francisco: de San Juan de Sahagun, Luzero de Salamanca, Hijo del Sol de la Iglesia Augustino; del Patriarca San Juan de Dios, y del admirable San Pasqual Baylon, tambien Hijo del Serafin Francisco en la mas estrecha Observancia de San Pedro de Alcantara, hecha por la Santidad de Alexandro VIII el año passado de 1690 en 17 de Octubre; el día 20 de Mayo deste año de 1691, [s.l.]: [s.i.], [s.a.], 4 h.; 21,5 cm.*

RELACION *muy pvntual, y veridica de lo que ocurrió en Madrid el dia veinte de Mayo de 1691 en la celebracion de la Canonizacion de los Santos, San Lorenzo Justiniano, San Juan Capistrano, San Juan de Sahagun, San Juan de Dios, y San Pasqual Baylón. Publicada Sábado a 26 de Mayo de 1691*, Madrid: [Sebastian de Armenda-riz. En la Imp. de Antonio Román, [s.a.], 12 p.

RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, Fernando: *El fanal de Torrehermosa. Vida de San Pascual Bailón.*

SALMERÓN, Pascual: *Vida, virtudes y maravillas del Santo del Sacramento, San Pascual Baylón / escritas en resumen y compendio por ..., Madrid: Alfonso López, [1785], XVI+306 p.; 20 cm.*

SALMERÓN, Pascual: *Vida, virtudes y maravillas del santo del sacramento S. Pascual Bailon / escritas en resumen y compendio por Fr. ... religioso descalzo de N.P.S., Valencia: Librería Española y Extranjera de Juan Mariana, 1858 (nueva ed. corr. y aum.), 278, [4] p., [1] h. de grab.; 20 cm.*

SALMERÓN, Pasqual: *Novena al Santo del Sacramento S. Pasqual Baylon y carta misericor-diosa / por Fr. ... de Religiosos Franciscanos Descalzos, Murcia: en casa de Francisco Fache, en la Trapería, [s.a.].*

SALMERÓN, Pascual: *Novena al Santo del Sacramento, San Pasqual Baylon, [s.i.: s.l.], [s.a.], 63 p.; 8 cm.*

San Pascual Bailón; La torre de la colegia de Santa María; La flor del espio, en Noticia y antología de poetas bilbilitanos, Zaragoza, 1969, pp. 178-183.

SANPASCUAL, VILA-REAL Y LA FILATELIA. Varios autores: *Los orígenes del correo: desde la protohistoria hasta la fundación de Villarreal / Antoni Pitarch Font. El correo de las villas reales valencianas en la época foral: Villarreal (1348-1720) / Vicente Gil Vicent. Prefilatelia: Vila-real 1717 a 1850 / Guillermo Álvarez Rubio. Se funda una asociación / Manuel García Vilanova. San Pascual, ayer / Carlos Sarthou Carreres. El sepulcro de San Pascual. El Zarrón de San Pascual / Salus-Fernando López Orba. La Real Capilla de San Pascual, hoy / Josep-Miquel Francés. Museo de San Pascual / Antonio Losas. Ciudad de San Pascual en Filipinas / Salvador Carracedo Benet. Eucaristía / Salvador Carracedo Benet. Corpus Chisti. El Santo Grial. La Adoración Nocturna. Los Congresos Eucarísticos. Los Congresos Eucarísticos Internacionales celebrados en España. Los Congresos Eucarísticos españoles Nacionales y Locales. Los Congresos Eucarísticos Nacionales y Locales en el mundo. Relación de sellos españoles y ex colonias con el tema: La Eucaristía. Rústica, 162 p.: il. bl. y n. y col. Publicación: 1997 Dimensiones: 17 x 24 cm. ISBN: 8488331320.*

SÁNCHEZ DEL CASTELLAR Y ARBUS-TANTE, Manuel de: *El Samuel de la ley de Gracia de la Religion Serafica en su descalza familia S. Pascual Baylon: sermon primero que domingo a 23 de setiembre en la iglesia de Al-cudia, en las celebres fiestas por su deseada canonización / predico Fr. de la Orden de Nuestra Señora de la Merced; dedicalo Isidoro Colomines, Valencia: Francisco Mestre, 1691, [8], 23 p.; 4°.*

STANIFORTH, O.: *The Saint of the Eucharist*, Londres, 1908.

TALENS, Juan Bautista: *Vida admirable del glorioso S. Pasqual Bailón, Hijo de la Provincia de San Juan Bautista de Religiosos Descalzos de la Regular, i mas estrecha Observancia de N.P.S. Francisco en el Reino de Valencia*. Dispuesta por el P. Fr., Valencia: Benito Monfort, 1761, 20 h., 420 p.; 20 cm.

VIDA de San Pascual Bailón. Costeada por un devoto, Madrid: [s.n.], 1896.

VIDA y novena de San Pascual Bailon, Castellón: [s.n.], 1898, 40 p.; 15 cm. Imp. del Diario de la Plana a c. de Eduardo Climent.

XIMÉNEZ, Juan: *Chronica del B. Fray Pasqual Baylon de la Orden del P. S. Francisco, hijo de la Prouincia de S. Iuan Baptista de los frayles descalços del Reyno de Valencia*, Valencia: Iuan Crysostomo Garriz, junto al molino de Rouella, 1601, 8 h. + 652 p. + 22 h.; 15 cm.

Índice

Introducción, 2.

1. Los primeros años de San Pascual Bailón, 4.
2. El pastorcillo, 7.
3. Entre jóvenes, 9.
4. Ejemplar, 11.
5. Tierra de Promisión a la vista, 14.
6. El ideal de San Francisco de Asís, 16.
7. La vida religiosa, 19.
8. Pidiendo limosna, 21.
9. Grandes penas, 25.
10. Historia de una vocación, 27.
11. A través de Francia, 31.
12. Prolongado martirio, 34.
13. El corazón de un santo, 36.
14. De un convento a otro, 40.
15. Sabiduría espiritual, 43.
16. Apóstol y bienhechor de Villareal, 46.
17. Acercándose al cielo, 51.
18. Vida íntima, 54.
19. Milagros después de la muerte, 59.
20. Los *golpes* de San Pascual, 62.
21. Gloria póstuma, 64.
22. Sepulcro de San Pascual, 66.
23. San Pascual, patrono de las Asociaciones eucarísticas, 67.

Bibliografía, 68.

Índice, 71.